

JACOBO SCHIFTER SIKORA

De ranas a princesas

Sufridas, atrevidas y travestidas

INSTITUTO LATINOAMERICANO DE PREVENCIÓN
Y EDUCACIÓN EN SALUD (ILPES)
INSTITUTO HUMANISTA PARA EL DESARROLLO (HIVOS)

De Ranas a Princesas

Sufridas, atrevidas y travestidas

Jacobo Schifter Sikora

Editorial ILPES

Instituto Latinoamericano de Prevención Y Educación en Salud
(ILPES)

Instituto Humanista para el Desarrollo (HIVOS)

CONTENIDO

AGRADECIMIENTO.....	5
1. EXPULSIÓN DEL EDEN.....	6
2. DE RANAS A PRINCESAS.....	14
Creando la magia.....	14
La ropa.....	14
Maquillaje y pelucas.....	17
Rellenos y hormonas.....	18
Con ojos ajenos.....	20
Más allá de los hombres.....	21
Sentirse princesa.....	22
Algunas triunfan.....	26
3. EL AMBIENTE Y LOS VECINOS.....	28
La zona del Líbano.....	29
Las pensiones.....	29
Los departamentos cercanos.....	31
La emigración.....	33
Desde los barrios finos.....	34
La revolución del “paqueteo”.....	35
4. LA BATALLA POR LA CLÍNICA BÍBLICA.....	38
La zona.....	38
Los travestis.....	39
Los colorientos.....	40
Clientes y vecinos.....	42
La asociación.....	44
El gobernador.....	45
La Defensoría de los Habitantes.....	45
¿La Policía, ni pintada?.....	46
La Sala Cuarta.....	47
5. “PRISCILLA” Y PREVENCIÓN.....	50
No engañan a nadie.....	50
Sin embargo, tampoco se quieren.....	51
Veneno.....	51
Divisiones internas.....	53
Amantes no ayudan.....	54
Homofobia y SIDA.....	55
Para Miami.....	55

6. LA PROSTITUCIÓN COMO NEGOCIO.....	60
Los pobres del Líbano.....	60
Discriminación en el trabajo.....	61
La plata no alcanzaba.....	62
El aumento del dinero.....	64
Hacer “cuechas”.....	66
Mas plata por más belleza.....	67
7. DROGAS.....	70
El crack es rey.....	71
El basuko.....	72
Sexo y drogas.....	74
8. MACHOS DE VUELTA Y ROSCA.....	77
Lo que pasa en un encuentro sexual.....	78
Los travestis son activos.....	81
Por amor no se usa el condón.....	82
Preservativos.....	83
Algunos clientes tampoco quieren usar condón.....	84
Aún mucho sexo inseguro.....	84
9. AMANTES Y MARIDOS EN EL LÍBANO.....	91
Machos.....	91
Oficios.....	93
Drogas y alcohol.....	93
Amantes eran heterosexuales.....	94
No se consideran homosexuales.....	95
Reglas de convivencia.....	95
Amor es sincero.....	97
10. EL CIELO ES EL LÍMITE.....	99
El basquetbolista.....	102
El macho se rebela.....	104
La tristeza de Miranda.....	105
Aunque informados, a veces sin condón.....	106
¡Taxi, taxi!.....	107
Pero, ¿qué enredo es éste?.....	109
Ni las lesbianas escapan.....	111
11. CONCLUSIONES.....	113
¿Es revolucionario el travestismo?.....	114
Una Presidenta travesti.....	115

AGRADECIMIENTO

Deseo externar mi reconocimiento a todas aquellas personas que hicieron posible esta investigación. En primer lugar, al Departamento de Investigación de ILPES, especialmente a Dino Starcevic, quien investigó y redactó partes importantes de los capítulos 2 y 4. Mary Gómez, Directora Administrativa del Instituto, por sus observaciones. Diana Dávila hizo la revisión de estilo, diagramación y aportó ideas importantes para su mejoramiento. Hector Elizondo, coordinador del Grupo 2828 del ILPES, un programa de ayuda a los travestis jóvenes, realizó una serie de entrevistas cruciales y aportó ideas de suma importancia para la redacción final del trabajo. Como conocedor de la realidad de los travestis por su trabajo, Hector proporcionó una contribución riquísima. Herman Loría, coordinador del Proyecto Priscilla, otro programa del ILPES de empoderización y prevención de sida para travestidos, ayudó y sirvió de guía a los entrevistadores y a los etnógrafos. La Junta Directiva de la Asociación de Vecinos de la Clínica Bíblica también fueron muy atentos y respetuosos y nos ayudaron a tomar en cuenta su legítimo punto de vista. Lo mismo que el Gobernador de San José. Finalmente, la colaboración de la comunidad travesti fue fundamental para el éxito del proyecto. No solo nos dieron su tiempo y su paciencia sino que abrieron sus corazones a los profesionales del ILPES. Este libro forma parte de un proyecto para mejorar sus condiciones de vida e iniciar acciones concretas para buscarles nuevas alternativas y oportunidades de trabajo. Es mi forma de expresarles mi solidaridad.

A pesar del apoyo de tantas personas e instituciones, este libro es únicamente la responsabilidad de su autor.

A todos, muchas gracias.

1 EXPULSIÓN DEL EDÉN

La Sorpresa

Fernando se aprovecha de que su madre ha salido de la casa a realizar una visita a una amiga. Una vez que se cerciora que está lejos, el muchacho se mete al cuarto de su hermana y saca un vestido del ropero. Es de algodón con flores amarillas. El joven de 12 años se pinta la boca, se pone un poco de maquillaje, una peluca de su madre y transformado en una linda quinceañera, baila y canta frente al espejo: “Vi pasar un avión y un bello barco...” Fernando no es ya Fernando sino Mona Bell, su cantante preferida. Este ritual lo hace desde que tiene uso de razón. Nadie más que él conoce este secreto y él mismo no puede explicarse su origen. Lo único que sabe es que se siente como una mujercita y le encanta vestirse como tal.

Ese día algo saldría diferente. La madre se ha olvidado de su monedero y regresa a la casa. Mientras Fernando canta una nueva canción, su madre—que ha oído ruidos en el cuarto de su hija— entra repentinamente. “¿Señorita, ¿pero quién es usted?, pregunta asombrada” Fernando siente que le han robado el alma y no puede ni mover la lengua. “¡Pero si sos vos!, grita la madre”. El tiempo se detiene y parece que no transcurre más. Madre e hijo se miran a la cara y ninguno puede reconocerse. Fernando siente frío, mareo, ganas de morir. Su madre, que le han metido un cuchillo en el corazón. “¿Cómo me puedes hacer ésto?”, es lo único que puede decir, gritar, mientras golpea la cara de su hijo. “Mamá, perdón, perdón”, susurra Fernando.

Después de este día, nada volvería a ser igual. La madre le cuenta a su padrastro la verdad. “Imagínate lo que sentí cuando vi a Fernando como una mujer, haciendo como un playo ante el espejo”, llora desconsolada. “¡Pero si lo entrené para que fuera un machito!”, se contesta a sí misma. “Creo más bien que lo tenés muy consentido y por eso el chamaco es amanerado”, responde él. El padrastro sale de su alcoba y se dirige a la habitación de Fernando. El joven llora de vergüenza y de temor en el suyo. Cuando su padrastro entra, no sabe dónde meterse. “¡Vení, grandísimo maricón!, te voy a enseñar lo que es ser hombre. Te voy a sacar lo femenino de una buena paliza. ¿No has visto el daño que le has hecho a tu madre, desgraciado? El hombre se tira encima de Fernando y le revienta el puño en la nariz, en la boca, en la cabeza, en los brazos, en las piernas... El muchacho empieza a sangrar. Su boca ahora es roja pero de sangre. “¡Grandísimo playo, te vas a hacer hombre a la fuerza!”

Han pasado tres años. Fernando nunca más se vistió de mujer. Su madre tampoco volvió a confiar en él. Cada vez que salía, cerraba las habitaciones con llave. Le vigilaba las amistades, le prohibía que anduviera con otros jóvenes, le obligaba a quedarse los fines de semana. El padrastro nunca más tocó el tema. Sin embargo, tampoco lo volvió a abrazar ni a besar en la mejilla. La relación se tornó distante y fría. La única persona que se mantuvo cercana fue la hermana, pero estaba muy metida en sus problemas de adolescente como para servir de ayuda.

Un día el muchacho conoce a un compañero nuevo en el colegio. Se hacen amigos y éste lo invita a la casa. Fernando siente que gusta de él: es varonil y osado. El compañero lo invita a su cuarto y le propone que jueguen póker. El juego consiste en que el jugador que pierde, tiene que poner una prenda de ropa. Fernando va perdiendo las partidas y quedándose desnudo.

Cuando ya solo le queda el calzoncillo, su compañero le pone un tallador y le pinta la boca. Luego, toma una blusa de mujer que saca del closet y le pide que se la ponga. Fernando siente que han descubierto algo suyo que nadie más debería saber, con excepción de sus padres. Pero el placer es enorme. Cuando Fernando no es más ya Fernando y Mona Bell ha vuelto, pero esta vez en un contexto de aprobación, siente que ha descubierto a su verdadero yo. El compañero lo besa apasionadamente. “Nunca más serás Fernando, le dice el joven amante, vos sos desde ahora mi novia”.

La Ayuda Espiritual

El muchacho se siente totalmente contrariado. Busca ayuda en el sacerdote de su comunidad. “Padre, he pecado”, le dice llorando. “Cuéntame Fernando, ¿cuál ha sido tu pecado?”, le pregunta el cura de la familia. Él cree que el religioso le ayudará porque también es un hombre joven. Así nos relata su confesión:

- Padre, estoy atraído a un compañero del colegio.
- ¿Qué significa estar atraído, has tenido contacto carnal con él?
- Sí padre, me ha besado en la boca y hemos estado juntos.
- ¿Qué más han hecho?, debo saber los detalles.
- Pues hemos hecho el amor, como dicen por ahí.
- ¿Han tenido coito?
- ¿Qué es coito?
- ¿Te ha metido él su pene?

- Sí padre, estaba muy confundido.
- ¿Te gustó? ¿Sentistes placer?
- Un poco nada más. Me dolió mucho al principio.
- ¿Han vuelto a pecar?
- Solo dos veces.
- ¿Seguís haciendo el papel de mujer con él?
- ¿Cómo sabe que me visto de mujer?
- ¡No!, te pregunto si él te siguió penetrando. ¿Te vestís de mujer?
- Sí, padre ¿Es ésto pecado?
- Claro que sí. Ambas cosas son mal vistas por Dios. La Biblia prohíbe la homosexualidad, la considera una abominación terrible. El Evangelio, además, condena a los hombres que se visten de mujer, a los que invierten su género. Vos sos un hombrecito y no podés dejar que te usen como a una prostituta. Recordá que Jesucristo le dijo a la Magdalena que dejara de pecar. Eso está muy mal visto, es un pecado grave.
- ¿Pero qué puedo hacer? Desde chiquito me visto de mujer, me siento una muchacha.
- ¡No!, no puedes seguir haciendo ésto. ¿Acaso no sos un hombre normal? ¿Tenés algún problema en tu cuerpo, un desbalance hormonal?
- No, creo que no. Pero me siento una mujer, no un hombre y siempre lo he sentido así.
- Vamos a ver si estás desarrollado normalmente. Bajáte los pantalones para ver tus genitales. Mmmmm. Tu pene es chiquito y veo por qué te puedes sentir como una muchacha. ¿Sentís rico ahora que te lo toco? ¿Dónde sentís más, por delante o por atrás? Enseñame cómo fue que te besó tu compañero. Te voy a dejar ver el mío para que veas la diferencia. ¿Ves lo que te digo? El mío es muy grande en comparación con el tuyo. Puede ser que por eso te sintás un poco afeminado. ¿El de tu compañero es más grande?
- Sí, es como el suyo.
- Bueno, cuando sintás que te vienen las ganas de vestirse de mujer o de hacer prácticas homosexuales, te venís donde mí y te enseñaré el mío para que se te quiten las ganas. Si querés, podés tocarlo para que así el tuyo se desarrolle. No te preocupés, lo que estamos haciendo no es nada malo. Estamos tratando de ponerte por el buen camino. Te voy a repetir lo que te hizo tu compañerito para que veás que en realidad no te gusta y que después de hoy, no lo vuelvas a repetir. Es como una especie de exorcismo para sacarte las ganas, que te las ha metido el mismo demonio. Pero no podés contarle nada de ésto a nadie porque estamos confesándonos y es mal visto por el Señor que uno cuente lo que pasa aquí. Ahora sí, vuélvase y vamos e empezar.

El muchacho sale aún más confundido de esta “guía espiritual”. Años después se dará cuenta de que fue abusado sexualmente por el sacerdote. Sin embargo, no deja la relación con su compañero. Cuando ésta termina, Fernando se queda sin lugar dónde vestirse y sentirse Mona Bell. No le queda otra opción que buscar a otros jóvenes como él que van a fiestas vestidos de mujer. Una noche, decide quedarse vestido así y caminar por la zona de la Clínica Bíblica. Ahí conoce a su primer cliente, un abogado que le ayuda a mudarse de su casa y trasladarse al apartamento de otros travestidos. Él nunca más regresa a su hogar.

Precocidad

Fernando, como otros travestis conforman un grupo que se definió precozmente como diferente. Debido a una mayor feminidad desde pequeños, los entrevistados sintieron que eran distintos de sus compañeros.

Desde pequeña me vestía de mujer: lo que mi papá me compraba de hombre lo botaba al río. Al extremo que llegaba a la escuela con la ropa de mi hermana y los chiquillos me apedreaban y me echaban de la escuela porque no me permitían la ropa (Marlene).

Esta identificación con lo femenino, llamó la atención de otros, lo que incidió posiblemente en una mayor autoconciencia homosexual. De ahí que la edad promedio en que los entrevistados sospecharan que eran sexualmente diferentes sea mucho menor (9.5 años) que la de otros grupos gays (12.3 años) (Cuadro 1, página 20), aunque no exista diferencia significativa respecto a la edad de iniciación sexual, que es semejante en ambos grupos (alrededor de 12 años en promedio).

Ésto significa que los travestidos, quizás por su mayor feminidad, fueron iniciados sexualmente más temprano. Susy relata cómo para un muchacho amanerado la seducción sexual es casi generalizada en el círculo de conocidos.

Empecé después de los 17 años. Pero desde chiquillo lo prostituyen a uno: el carnicero, el pulpero, el panadero, porque le ven que uno es afeminado y le dan regalos y golosinas por dejarse tocar, por enseñarle o verle a uno.

Lo mismo le sucedió a Karina, aunque éste pudo evitar la violación:

Un día llegó (ee) y era cachero (es el que penetra nada más) y le dijo al Sr. que me cuidaba que qué chiquillo más bonito y cuando salí de trabajar me

siguió y me puso a caminar con un revólver y me llevó debajo del salón de baile de Sarchí y me metió ahí. Yo tenía 10 años y no podía gritar porque me tapó la boca y dije 'aquí será que me haga lo que quiera' y cuando me estaba bajando los pantalones, apareció un guachiman que cuidaba el lugar y me salvó.

En otros casos, como el de Roxana, no hubo posibilidades de escape: "La primera vez que tuve sexo fue por violación, eran tres tipos de Guadalupe, los conocía y aún los conozco".

La iniciación sexual de los entrevistados se realizó con varones mayores (promedio de edad=22.6 años) que en el 68% de los casos, era un amigo o conocido. Esta mayor tendencia a iniciarse sexualmente con otro varón, es muy particular del travesti.

Tal fue el caso de Karina, cuya iniciación típica fue con un hombre mayor:

Don (xx) tenía un amigo homosexual (zz) y llegaba y era feliz conmigo. Tenía 27 años y él me sentaba en los regazos... un día llegó a la casa a dejar algo y viera qué batalla: yo corriendo por toda la casa y él me agarró y me "eschingó" todo.

Como sucede con los otros grupos gays, esta iniciación aunque es generalmente realizada por el varón con más experiencia (73%), era algo que la gran mayoría de los entrevistados deseaba (77%) (Cuadro 2, página 21).

Solo en el 4% de los casos se utilizó la fuerza. Este fue el caso de Leticia:

Mi primer relación sexual fue por violación a los 7 años. Tenía que ir a traer la leche y pasar por un río y un muchacho me violó. Trató de introducirme pero muy poca cosa fue. Para mí contar esto era como para que me mataran, veía al tipo a menudo, me acordaré de su cara toda la vida y no me acostaría con él jamás.

La utilización sexual de muchachos amanerados es común en las culturas latinas, como ha explicado Whitam y Mathy¹, en su análisis de la homosexualidad guatemalteca. Las relaciones sexuales entre varones amanerados con otros mayores, generalmente heterosexuales, son más toleradas. Ésto es así porque, a

¹ Frederick Whitam y Robin Mathy, **Male Homosexuality in Four Societies: Brazil, Guatemala, the Phillipines and the United States**, Nueva York, Praeger Scientific, 1986.

diferencia de las culturas sajonas, el varón masculino y penetrador no es visto como homosexual.

¿Podrían Hacerse Las Cosas De Manera Distinta?

¿Qué hubiese pasado si la historia de Fernando hubiese sido diferente? Pensemos, por un momento, un desarrollo distinto.

Fernando está cantando en la habitación de su hermana y oye unos ruidos en la casa. Aunque sabe que su madre ha regresado, no tiene tiempo de mudarse. “¿Fernando, sos vos quien está cantando ahí?”, pregunta ella. “Sí mamá, pero mejor no entrés a la habitación”. Sin embargo, la madre entra de todas maneras y ve a Fernando vestido de mujer. “¿Pero muchacho no creés que ese vestido se te ve muy mal? A mí no me importa que te pongás la ropa de tu hermana pero si lo vas a hacer, escogé algo que se te vea mejor”, dice la madre sin mostrar enojo. Fernando no puede ni mover la lengua. “¿Pero no estás enojada?”, pregunta incrédulamente. “Para nada, mientras no lo hagás enfrente de tu padrastro que es un machista, no hay por qué preocuparse”.

Aunque la madre y su hijo no entienden bien lo que pasa, la comunicación no se ha roto. En otras ocasiones, podrán discutir las alternativas que existen en una sociedad que no acepta el travestismo. Tal vez Fernando podrá vestirse de mujer a veces y no convertirse en un profesional. Quizás lo hará de todas maneras. Sin embargo, mientras se estudian las opciones, ninguno tiene que tomar una decisión drástica, ni buscar el apoyo en el comercio sexual.

La realidad es que para los hombres que quieren travestirse, la única alternativa de sobrevivir es la prostitución. Como la gran mayoría de familias costarricenses actúa como la de Fernando, los jóvenes son echados de sus casas y no tienen otra opción.

CUADRO 1
ASPECTOS RELACIONADOS AL PRIMER ORGASMO Y EDAD DE DEFINICIÓN
(en porcentajes)

Variables	Gays	Travestis Trabajadores del sexo
(N)	(162)	(22)
Total	100	100
Edad promedio a la que sospechó ser sexualmente diferente	12.3	9.5
Edad promedio del primer orgasmo	12.6	12.2
Con quién tuvo la experiencia del primer orgasmo		
Total	100	100
Solo	67.3	18.2
Sueño mojado	4.3	---
Otro varón	24.1	81.8
Una mujer (niña)	2.5	---
Otro	1.9	---
Con base a esa experiencia se definió		
Total	100	100
Sí	22.8	45.5
No	77.2	54.5

Fuente: Jacobo Schifter y Johnny Madrigal, **Hombres que aman hombres**, San José, ILEP-SIDA, 1992.

CUADRO 2
ASPECTOS RELACIONADOS CON LA PRIMERA VERDADERA RELACIÓN SEXUAL CON UN
HOMBRE
(en porcentajes)

Variables	Gays	Travestis Trabajadores del sexo
(N)	(162)	(22)
Total	100	100
Edad promedio de la primera relación sexual con un hombre	15.9	12.2
Edad promedio del compañero a la primera relación sexual	22.0	22.6
Relación con el compañero		
Total	100	100
Amigo, conocido	67.3	68.2
Amante, compañero sexual	8.6	4.2
Maestro	2.5	---
No lo conocía	11.1	---
Prostituto	0.6	4.5
Violación	1.9	4.5
Incesto	0.6	---
Otro	7.5	18.1
Lugar donde tuvo la primera relación sexual		
Total	100	100
Casa donde residía	16.7	9.1
Casa de amigo	40.7	31.8
Escuela	2.5	---
Colegio	3.1	4.5
Lugar aire libre	15.4	36.4
Lugar bajo techo	1.9	---
Hotel	9.3	4.5
Otros	10.5	13.6
Quién dio el primer paso		
Total	100	100
Entrevistado	22.8	18.2
Compañero	66.7	72.7
Otro	10.5	9.1
Era algo que deseaba		
Total	100	100
Sí	69.8	77.3
No	13.6	22.7
No está seguro	16.7	---
Prácticas sexuales realizadas durante la primera relación sexual		
Total	75.9	50.0
Masturbación	59.9	50.0
Sexo oral	57.4	77.3
Sexo anal	88.9	81.8
Juegos sexuales		

Fuente: Jacobo Schifter y Johnny Madrigal, **Hombres que aman hombres**, San José, ILEP-SIDA, 1992.

2 DE RANAS A PRINCESAS

José es un hombre sudamericano de unos 27 años que para salir de la pobreza se vino a vivir a Costa Rica. Es delgado, moreno, afeminado, alto y nada agraciado. Tiene ojos bonitos aunque demasiado grandes para su cara. Sus labios son carnosos y su pelo rizado. La voz es aguda, las manos delgadas y la nariz puntiaguda. Como hombre no es atractivo. En los bares de homosexuales no recibe mucha atención y generalmente va poco a ellos. Es un tipo sencillo. Sin embargo, José es también “Pepa”, uno de los travestis más cotizados. Como mujer, tiene un cuerpo despampanante. Sus caderas contorneadas la hacen verse como Tina Turner. Cuando se pone una licra negra tallada al cuerpo se parece a Grace Jones. Una peluca de pelo lacio negro le da un toque parecido a Ophra. Su boca pintada de rojo carmesí le da a la cara un brillo como el de Whitney Houston y sus grandes ojos, delineados y con máscara, parecieran los de Sofía Loren. Como mujer, José llama la atención. También algo cambia en su personalidad. De hombre José es un tipo insignificante, tímido, nada diestro en la sexualidad. Como mujer, Pepa es un bólide de fuego, capaz de levantar a cualquier hombre en la calle. “La transformación en una princesa es el anhelo de cada una de nosotras”, afirma ella. “Ser princesa es verse fabulosa, hacerse una mujer atrayente”, explica él.

Creando la magia

“Proyectar una imagen”: en esta frase se encierra mucho del mundo en el cual se desenvuelven los travestis y, aunque no lo teoricen, muchos de ellos lo reconocen, como Corintia, para quien “ser travesti es encanto, fantasía, sueños”.

La inversión que los travestis realizan en sus cuerpos es el mayor rubro de gastos en sus vidas, aunque no lo perciban realmente como inversión. En el mundo travesti la ropa, accesorios, maquillaje y pelucas ocupan buena parte de sus preocupaciones.

La ropa

La mayoría coincide en que manejan varios tipos de vestuario: el que se utiliza en la calle, para la prostitución, que es ropa eminentemente de trabajo,

práctica y cómoda, que les permite seducir y que a la vez no sea un estorbo para el trabajo o en caso de emergencia; también poseen colecciones que se utilizan para espectáculos –en el caso de Duquesa- o para acudir a fiestas elegantes y discotecas.

Todas tienen su ropa casual, de diario, en la cual se refleja el manejo andrógino que a veces hacen de sus cuerpos. Cuando Miriam es Hugo, fuera de horas de trabajo, viste con ropas que no pueden definirse como masculinas o femeninas, jugando con elementos como los colores, las hechuras, los accesorios. Duquesa y Alba, en cambio, recurren a ropas masculinas, conservando algunos elementos femeninos, como sus ademanes o la manera de llevar las uñas o el cabello. Corintia, en cambio, viste como mujer.

La ropa de trabajo de Duquesa incluye varias colecciones de vestidos, en su mayoría negros o blancos, y asegura que no todos le traen suerte. Sus vestidos negros para la “putería” son cortos, pegados al cuerpo y “no demasiado lindos”, porque esos no sirven para exhibirse sino sólo para que “los piropeen, sin nada más”. Esa ropa sale de las manos de costureras o costureros a los que les lleva la tela que compra en tiendas. “Tengo una en una tienda que me hace rápido los vestidos, hasta de emergencia”.

Cuando se trata de zapatos, accesorios o vestidos de fiesta, prefiere acudir a tiendas. Duquesa compra muchos de estos objetos en el Mall San Pedro o en lugares como Clásico o Lazo (zapatos de plataforma, de tacón alto o botas), que suelen ser muy caros para sacarlos a la calle y se quedan para fiestas: “no vale la pena echar a perder unos zapatos de ¢17.000 a ¢27.000 por un cliente de ¢5.000”.

Alba hace mucha de su ropa, especialmente la de calle. “Me gusta más la minifalda y los vestidos al cuerpo, porque me veo mejor”. Asegura que los travestis son muy vulgares para la ropa, porque eso le encanta a los clientes.

“Ni las prostitutas, que son mujeres, se visten tan putas como nosotras”, afirma Alba, quien ha salido a la calle vestida tan sólo con hilo dental, sostén y botas, cubierta por un abrigo. También divide su ropa en aquella para prostituirse, la casual para ir a discotecas o fiestas de amigos, y la de gala, para ocasiones especiales. Esta última sale de boutiques y Alba dice “gastar montones en esa”.

Corintia no se complica tanto. Se hace alguna de su ropa ella misma o se la encarga a una costurera, porque su ropa no es cara, sino ligera, “casi miniatura”. “Dicen que con mi cuerpo los engancho”, sonríe.

El otro lado de la moneda es Miriam. Ella manda a hacer su ropa con una modista que tiene desde hace cinco años, a la cual le corta el cabello y a la que no le importó que su estilista se volviera travesti. “Tiene unos figurines preciosos y tengo vestidos copia de Calvin Klein o Christian Dior”, cuando se trata de ropa para ocasiones especiales y cuyas telas compra en tiendas. Su ropa casual sale también de las manos de su costurera, “con acabado de boutique”.

Miriam no compra trajes en tiendas, pero sí va a ellas para probarse ropa y dibujar los modelos que luego lleva a su modista.

“Fui a Sheloky⁶ y me probé un vestido que tenían y que costaba ¢80.000 más impuestos. Copié el modelo de la ventana y con la modista me salió en ¢22.000, porque me cobra barato ya que le corto el pelo, al marido y a los hijos, y me ha tomado cariño”.

Sus gustos se refinan muchísimo cuando habla de sus pasiones. Una es la ropa interior femenina de marca: “he pagado caprichos de los que después me arrepiento, como cuando dí ¢12.000 por un blumer”.

Su otra pasión son los perfumes caros. “Son mi debilidad, me matan... cambio a un hombre por un perfume”, dice ella, quien ha acumulado hasta ¢200.000 en perfumes finos, como el Cartier. Miriam, sin embargo, se enorgullece del impacto que eso ha tenido en su trabajo, ya que nunca ha tenido el disgusto de que un cliente la baje de su auto por sentirse ahogado por un perfume barato, además de servirle como juego de seducción: “el cliente fino dice reconocer mis perfumes y lo reto a probar qué tan buen catador de perfume es, reconociéndolo”.

Silvestre Atelier es propietario de Gipsy Internacional, una tienda en los predios mismos de la zona de la Clínica Bíblica, cuya especialidad son los coloridos, vistosos y muchas veces extravagantes vestuarios que se utilizan en espectáculos.

Cuando Atelier abrió su tienda, los travestis eran su clientela esperada, por eso se ubicó en esa zona. Al tiempo descubrió que no le compraban. “San José es una ciudad pequeña y son pocas. Ellas mismas arreglan su ropa, se les hace más cómodo trabajar así”, dice.

⁶ Una conocida y cara boutique de ropa femenina en San José.

En sus talleres de costura se fabrican ahora prendas que abastecen a bailarinas y a clubes nocturnos heterosexuales, aunque aún acuden a él algunos travestis, sobre todo los que ofrecen eventualmente espectáculos de transformismo. Duquesa ha sido una de éstas.

Hay que tomar en cuenta, también, el costo. Aunque poca de la ropa de Gipsy es importada, Atelier considera que los travestis proyectan una imagen exagerada de sus ganancias. “A unos sí les va bien con sus clientes; otros vienen, encuentran cara la ropa y no compran”.

Las costureras de Gipsy han elaborado para algunos travestis vestidos o conjuntos que pueden alcanzar unos ¢15.000, pero de manera esporádica. “Los travestis no tienen tanto dinero”, dice Atelier.

Maquillajes y pelucas

Otro rubro de inversión es el maquillaje, necesario para crear la ilusión de la femineidad, aunque muchas no se complican exageradamente al respecto.

Alba, Corintia y Duquesa usan apenas lo indispensable: base y polvos translúcidos para el cutis, lápiz labial y esmalte de uñas. Las tres indicaron que lo principal es encontrar la tonalidad adecuada para la piel y cuidarla lo más posible.

Miriam, de nuevo, es un caso aparte. Su constante temor por envejecer y por evitar las arrugas que podría causarle su trabajo la convierte casi en adicta a los productos para el cuidado de la piel: “Invierto mucho en mi cutis porque me trasnocho y la actividad sexual gasta. Vivo el momento, tengo eyaculaciones todos los días porque siento lo que hago, sobre todo si el cliente vale la pena”.

Todo lo que Miriam compra para su cutis es de marca: Christian Dior, Lancome, Payot, Estée Lauder. Ha comprado reparadores de párpados cuyo costo asciende a ¢32.000, cremas faciales para el día de ¢19.000 a ¢22.000 y en cierta ocasión acudió a una tienda especializada en maquillaje donde le valoraron todo un set de productos de una marca suiza por ¢400.000, que finalmente no compró.

A diferencia de su ropa, los productos faciales que usan los consiguen en farmacias o tiendas dedicadas a ello, a las que acuden sin pensarlo dos veces. “Compro en farmacias, sin problemas. No soy acomplejada y me pruebo el

maquillaje ahí mismo; los acomplejados resultan ser los vendedores, si son hombres... las mujeres son más pasables en eso”, indicó Alba.

Hay un elemento adicional en la creación de imagen que conviene anotar: las pelucas. La tendencia general es no recurrir a ellas, ya que muchos de los travestis lucen cabellos bien cuidados y la moda del momento permite a un hombre usar el cabello largo sin problemas: el corte de Alba y Duquesa es aceptable socialmente, tanto en mujeres como en hombres, Corintia lo lleva largo y lo luce porque su apariencia femenina lo requiere, y Miriam tiene una cabellera abundante y bien cuidada que no necesita accesorios postizos.

“La peluca es incómoda. Es un gorro caliente que se usa cada vez menos, pero hay quien la usa porque su pelo no le da, lo tiene muy corto o muy maltratado. Sin embargo, es cuestión de capricho”, aseguró Miriam.

En algunos casos, la peluca puede utilizarse para crear una imagen diferente cada día o en ocasiones especiales, como espectáculos de transformismo. En esos casos, es posible encontrar travestis que tienen verdaderas colecciones: pelucas de distintos colores o cortes, de cabellera larga o corta, postizos o “zorros”, que son colas que se adhieren al cabello propio.

Las pelucas o postizos se consiguen en peluquerías, algunas de las cuales se especializan en venderlas a travestis. “Siempre que vea un zorro en la ventana de una peluquería significa que ahí le venden a travestis”, dice Duquesa. El costo de las pelucas varía según el estilo –postizos o completas-, el corte o el material –de cabello natural o sintético-, pero en términos generales oscila entre los \$5.000 y los \$45.000.

Rellenos y hormonas

Un truco final son los rellenos. Cuando uno es un hombre flaco, sin cadera y de piernas largas existe un remedio para contornearse y curvarse: los forros de espuma, panties o hasta el papel higiénico. Un buen trapo o pañuelo puede hacer que los senos se abulten. Una “enrollada” de papel higiénico en las piernas las engorda. Diez panties puestos uno encima del otro hacen que la cadera aumente y la cintura se vea más pequeña. Unos pantalones rellenos de espuma hacen surgir un trasero que impresiona. Algunos travestis llevan tanta espuma “que hasta duermen en la cárcel con los colchones que hacen de sus pantalones”, nos revela Laura. Muchos de los cuerpos esculturales son así una ilusión: “Un cliente”, nos

cuenta ella, “se quejó de que después que me desnudé quedé más plana que una tortilla. Le dije: ‘No sea tonto, ¿no ve que la belleza es una ilusión? Hasta Cindy Crawford se estiró las tetas’. Sí, me dijo, pero por lo menos va con sus tetas a la cama mientras usted las dejó todas en el piso”.

Un campo poco conocido y estudiado de la realidad travesti es el uso de hormonas femeninas, a las que muchos recurren para moldear sus cuerpos. Las hormonas son muy útiles en el intento del travesti de parecerse lo más posible a una mujer, lo cual explica su marcado interés en las formas externas y visibles de la femineidad, incluyendo senos y caderas, con lo cual logran parecer mujeres sin perder el componente de poder inherente a su masculinidad⁷.

Aunque existe mucha literatura respecto al uso de hormonas y sus consecuencias entre la población femenina, no es así en cuanto a los efectos que pueda tener su aplicación en hombres. Pablo Soto, médico del ILPES que ha impartido talleres a los travestis sobre las consecuencias del uso de hormonas femeninas, señaló que éstos carecen de un esquema de uso adecuado de las mismas, sobre todo de los anticonceptivos a los que recurren.

Las hormonas son de venta libre en Costa Rica y los travestis las consiguen en farmacias, las obtienen gratuitamente de visitantes médicos o de sus clientes, que se las facilitan. Soto indicó que utilizan estrógenos inyectables, anticonceptivos como el Depo-Provera, o simplemente compran lo que se les ocurra.

Según Soto, no es posible estimar los efectos negativos que el uso de hormonas femeninas puede tener en los travestis, dada la carencia de estudios en el país, aunque indicó que uno de ellos puede ser el cáncer de próstata. “Hay que prever los efectos a partir de lo que se conoce en la población femenina, pero los efectos nocivos que podrían estar ocurriendo entre **las travestis** no pueden verse a simple vista”.

Pero el uso de hormonas tiene efectos sociales sobre ellos. Herman Loría, encargado del proyecto Priscilla del ILPES, considera que los cambios físicos que las hormonas provocan en el travesti le dificultan algo tan simple como salir a la calle de día. “Si salen vestidos de hombre se les evidencian sus características físicas, y se burlan de ellos por maricones, si salen vestidos de mujer los maltratan por travestis”.

⁷ Chacón, Laura et al. “Jugar a ser mujer...”

Con ojos ajenos

Lo cierto es que vivir en el filo de la transgeneridad resulta difícil para ellos cuando tienen que enfrentarse a situaciones ordinarias, como el simple hecho de comprar algo. Ante esta situación, sentirse femenina o masculino depende de las circunstancias, en un juego de mutaciones que les permite sistematizar su capacidad de intercambiarse ³. En otras palabras, se sienten femeninas cuando se maquillan, compran o usan vestido, pero se sienten masculinos cuando hacen uso de la fuerza, con su pene o simplemente con su voz.

Alba compra ocasionalmente su ropa en tiendas, donde tiene que enfrentarse con vendedores, ante los que utiliza la fuerza si es necesario. “Voy y compro como cualquiera, si me dicen algo les reclamo porque voy a pagar. Les saco la plata de la cartera y se las restriego”.

Miriam dice ser “cara de barro y medio” cuando va de compras. “Entro a una boutique y me pruebo los vestidos porque tengo todo mi derecho. No voy a pedir fiado ni regalado, yo pago. Las empleadas se quedan con la boca abierta y si no les gusta les tiro el vestido en la cara y me voy”.

Para Duquesa, adoptar su lado masculino es difícil, aún cuando sólo sea vestir pantalón y camisa. “Cuando salgo así de día me afecta para ir a trabajar. Si me pongo vestido y maquillaje cuando anduve de hombre durante el día me siento varonil aún vestido de mujer y no encuentro la forma de ser femenino”. A pesar de eso recurre a su masculinidad cuando tiene que ir de compras.

“Paso a ser muy varonil. Me agrando las cejas, me pongo laca en el pelo, me quito el esmalte de las uñas y camino muy hombre. Así llego a la tienda, a comprar ropa de hombre, y de repente veo un vestido, pregunto por él y empiezo a ‘botar plumas’, entonces las empleadas me lo enseñan”.

Duquesa dice no tener muchos problemas al ir de compras, acaso porque tiene tiendas fijas donde ya lo conocen. “Nunca he ido a un lugar donde me discriminen y una vez, cuando a una amiga un empleado no la quería dejar probarse unos zapatos de mujer, buscamos a la dueña y lo despidieron”.

³ Chacón, Laura; Gutiérrez, Ana Lucía; Ortiz, Maritza; Rodríguez, Ana; Zamora, Alicia. “Jugar a ser mujer en cuerpo masculino. Un análisis sobre la prostitución travesti, prevención y sida”. San José, Universidad de Costa Rica, 1994.

Esmeralda, por su parte, ha recibido las dos versiones de ser obvia. En el Mall de San Pedro, en una tienda de zapatos de mujer, se fue a comprar un par. Al notar el vendedor que Esmeralda dudaba del tamaño le dijo: “Si quiere, pruébeselos, aquí somos de mente abierta”. En otras tiendas, por el contrario, le dicen que “aquí no se les vende a homo sexuales”.

Más allá de los hombres

La creación de la nueva imagen es algo más que ponerse la ropa del sexo contrario. Podríamos analizarlo como el anhelo de ser alguien especial. José y Pepa son dos personas que conviven en un mismo cuerpo: una más sobresaliente que la otra. Durante ciertos momentos del día, en ciertas situaciones, con determinadas personas, José continúa existiendo. En este plano, él trabaja como diseñador y como periodista. En su barrio, es el profesional fino que le cae bien a la gente, pero que nadie se preocupa por conocer. Como mujer, Pepa llama la atención. Verse fabulosa y conocer hombres distintos que lo cortejan como una dama, que lo invitan a bailar, a cenar, a dormir en buenos moteles y que después le hagan el amor, le parece tentador. “Me siento feliz cuando los veo babeando por mi cuerpo, tragando saliva de la tentación”, nos dice orgullosa.

Algunos psiquiatras han visto con malos ojos que una persona desee tener una personalidad adicional. Las películas de Hollywood se han encargado de darnos una visión distorsionada de aquellas con personalidades múltiples. Se les vincula con las peores patologías, como el canibalismo en la película “El silencio de los inocentes”, en la cual un transexual mata a mujeres para hacerse un vestido con su piel, o como víctimas enfermas por el abuso sexual en “Cybil”. Sin embargo, todos tenemos, hasta cierto punto, diferentes facetas, muchas desconectadas unas de otras. La persona que va a misa y se da en el pecho al son de las diatribas antisexuales de la iglesia y que luego mira una película porno con su amante tiene una forma de personalidad múltiple. El actor que interpreta a distintos personajes también. Su inmersión en éstos no es nada distinta a la que hace el travesti: ambos representan a otras personas. Los políticos, con su aura de respetabilidad y decoro, tienen una cara pública y otra privada. Un conocido político costarricense, por ejemplo, le pega a su esposa, sin embargo, defiende las leyes en contra de la violencia doméstica.

Aunque muchos tildarían ésto de hipocresía, podríamos mejor verlo como variaciones del síndrome de personalidades múltiples. ¿Quién puede convencernos de que a los 10, 20, 30 o 70 años tenemos una misma personalidad? Los cambios entre estas edades son tan contundentes como ponerse un día calzones y otro

calzoncillos.

No está claro cuándo se aceptó en Occidente la idea de que la personalidad debe estar “unificada”. Freud contribuyó a esto cuando hipotetizó sobre etapas psicosexuales de desarrollo. El psiquiatra estableció un camino que todo ser humano debía seguir para tener una personalidad normal². Sin embargo, ni Freud ni nadie han podido probar hasta ahora que las personas que encarnan distintas personalidades estén más sanas que las que no lo hacen. Tampoco se nos ha podido demostrar la existencia de una personalidad “unificada”. La filosofía postmodernista actual más bien objeta la existencia de una personalidad independiente de la cultura o de los discursos. Para ella, después de la lluvia de ideas de los distintos discursos, en nuestras cabezas no queda nada. No existe un yo, un punto independiente, una personalidad esencial que nos sirva de referente. En otras palabras, nadie tiene “una” personalidad³.

Los pocos estudios que se han hecho sobre el tema no han podido concluir que vestirse de mujer o de hombre haga a la persona menos o más feliz, eficaz o sana⁴. Tampoco han podido demostrar que el travestismo sea una patología sexual. Hemos visto que los travestis heterosexuales se visten de mujer por razones ajenas a ligar un varón. Lo mismo sucede con los homosexuales. Muchos lo hacen para su propio gusto o para realizar espectáculos para otros homosexuales. No está en su mente hacerlo sólo para conquistar a un macho. El placer lo obtienen de las cosas del otro sexo: pinturas, pelucas, trajes, maquillaje, bisutería y, como veremos a continuación, de un estado mental distinto.

Sentirse princesa

Con todo esto en mente, le pedimos a Pepa que nos cuente qué es “sentirse como una princesa”:

- *Existen personas que dirían que vos estás enferma por ser travesti. ¿Qué responderías?*
- Disfruto enormemente lo que hago. Además, soy una persona productiva. Me gusta mi trabajo de periodista. No estoy haciendo nada malo. Muchas

² Jacobo Schifter y Johnny Madrigal, **Psiquiatría y Homofobia**, Editorial Ilpes, Costa Rica 1997.

³ Jacobo Schifter y Johnny Madrigal, **Las Gavetas sexuales del costarricense**, Editorial Imediex, Costa Rica 1997.

⁴ Bonnie Bullough, Vern Bullough y James Elias, **Gender Blending**, Prometheus Nueva York, Prometheus Books, 1997.

personas me critican no tanto por vestirme de mujer sino por hacer algo que ellos no se atreven a hacer. En realidad, todos tenemos deseos de hacer cosas que la sociedad ridiculiza o condena. Unos querrán tener relaciones en un avión y otros salir desnudos en la playa. Pero por el qué dirán, no se atreven. Entonces cuando miran un travesti, les da rabia que una sí tenga los huevos para hacer lo que quiere sin importarle la sociedad. Creo que esto provoca más cólera que el que nos vistamos de mujer. Por eso nos tachan de enfermas, pero en el fondo lo que disgusta es que seamos más atrevidas. ¿Cuál es el problema con la ropa de mujer? ¿Quién determinó que una tela de seda es sólo para ella? ¿Cómo se estableció que un perfume tiene órganos sexuales como para decir que es de hembra o de macho? Eso es pura mierda. En Escocia, los hombres andan con enaguas y nadie dice nada. Los curas andan con ellas y nadie chista. ¿Por qué una monseñora puede andar divina de traje largo, envuelta en una tela rosada y yo no?

- Pero tenés que disimular con la gente, no podés ser Pepa y José al mismo tiempo...
- No puedo por la discriminación que hay. Sin embargo, existen personas que conocen mis dos caras y se llevan bien con las dos.
- ¿Qué sentís cuando sos José?
- Pues siento que soy un hombre corriente. Como Pepa, soy distinta.
- ¿Distinta cómo?
- Cuando estoy vestida de mujer tengo otra personalidad. Soy muy alegre, coqueta y seductora. Me siento más segura de mí misma y trato con hombres que no son gays, que buscan una mujer. Es una relación muy distinta. Se hablan cosas diferentes, se siente hasta una temperatura distinta en el cuerpo, se mira uno de otra forma. Una no se viste de mujer sólo para agradarle a un chivo. ¡No! Una lo hace porque quiere experimentar algo nuevo, sentir lo que es el lado femenino, suave, delicado y exhuberante de una misma. Una quiere verse bella. Los hombres bugas también tienen este lado, pero les da miedo tocarlo. Entonces se buscan a las mujeres para que, por medio de ellas, se puedan dar el permiso de apreciar una flor, un atardecer, un gesto suave de cariño. Son muy cobardes y muy frustrados.
- ¿Creés que el travestismo hace que la gente se relacione diferente con vos?
- Claro que sí. En primer lugar, cuando estoy vestida de mujer, la gente responde conmigo como si lo fuera. Aún mis amigos que saben que soy hombre, cuando me ven con un traje de luces y toda maquillada, no me hablan de la misma manera, lo hacen con más respeto y consideración. Me ayudan a bajar las gradas o me encienden el cigarrillo. Son cosas que tanto hombres como mujeres aprendemos a responder ante una mujer, sepamos que lo sea o no. En segundo lugar, como te dije, me relaciono con hombres machos. En vez de andar con un homosexual, salgo con un tipo que le gustan las mujeres. Es un hombre distinto, aunque algunos los llamen

homosexuales. No lo son en verdad. No se acostarían jamás con un hombre. Pero una vez que estás con ellos, te tratan como una mujer. Te dicen cosas románticas, cosa que jamás un gay te va a decir, te tocan más suavemente y son más delicados al hacer el amor.

- ***¿Qué sentís cuando tenés que quitarte la peluca y el maquillaje y volver a ser José?***

- Una gran tristeza. Si tuviera que abandonar a José del todo también creo que me haría falta. Pero dejar a Pepa es más difícil porque es más atractiva. Siento un gran vacío cuando no estoy vestido. Mi respiración, pulso, metabolismo, corazón y todo el cuerpo funciona distinto. Te voy a contar algo raro: cuando soy Pepa casi no orino, como es más difícil hacerlo para una mujer en la calle, me acostumbré a aguantar. Lo mismo me pasa cuando me duermo maquillada y pintada en los brazos de un hombre. Sueño diferente. Me salen cosas como la ropa y los colores fuertes que nunca aparecen cuando sueño como José. Mi humor y mi vocabulario cambian de José a Pepa. Soy más ácida como hombre que como mujer. Algunas palabras nunca las digo. No lo hago a propósito pero, por ejemplo, jamás oirás a Pepa decir 'jueputa' o 'playo' o palabras vulgares. No es hipocresía, simplemente no me salen.

- ***¿Existen personas que te conocen de las dos formas y que les pase algo parecido?***

- Una es mi hermana. Sabe que soy travesti y me ha visto vestida. Al principio, la pobre casi se muere del susto. Aunque se lo había advertido y preparado para la ocasión, no pudo resistir el impacto. Pero poco a poco se acostumbró. Sin embargo, me cuenta que ella misma reacciona distinto cuando me ve como mujer. Cuando nos vemos, tiende a hablarme de ciertas cosas cuando estoy como mujer y otras como hombre. Si es Pepa, conversamos sobre la familia, sobre mamá, sobre los problemas de amor. Si es José, hablamos más sobre el trabajo, la política o hasta el fútbol. No es que lo planeamos de esta manera. Creo que sale de manera inconsciente. Algo parecido me pasa con el verdulero que se apunta conmigo. Fijáte que cuando llego vestida de mujer, me trata como una reina. Me regala chicharroncitos, frijoles, zapallitos y todo lo que a mí me gusta. Algunas veces hacemos el amor en su tramo y otras no. Sin embargo, cuando llego vestido de hombre, me vuelve a ver como a cualquier cosa y nunca me regala nada. Soy la misma persona pero él no puede relacionarse con las dos caras.

- ***¿Qué es lo que más te gusta del travestismo?***

Me encanta tener dos caras y poder ser bella en una de las dos. A mí nunca se me ocurriría cortarme el pene porque creo que perdería una fuente de mucho disfrute. Más bien siento que soy afortunada siendo una mujer con

pene. Soy dichosa por poder sentir sensaciones que la mayoría de la gente, por miedo, se las niega. No hay nada más rico que poder dejar que un hombre te haga el amor y después, hacérselo vos a él y sentir lo que él sintió anteriormente. Para mí es sacarse la lotería. Existen miles de hombres que se verían fabulosos como mujeres y que no lo hacen por miedo al que dirán. Seguirán toda su vida como ranas cuando pudieron haber sido príncipes, perdón, quiero decir princesas. --**Hay gente que te diría que el hombre y la mujer están hechos el uno para el otro y que por eso los órganos sexuales son distintos y complementarios.¿Qué dirías a ésto?**

Eso es la farsa más grande. Los machos que me echo se quejan de que aunque les atraen las mujeres, el sexo con ellas es menos satisfactorio. En primer lugar, las mujeres tienen orgasmos de manera muy distinta a los hombres. Duran más, hay que estarlas güeveando para que se rieguen, todo les duele, a veces no quieren. Muchos varones no saben si las satisficieron o no porque son diestras en fingir el orgasmo. Otros no saben cómo funcionan los órganos genitales femeninos y los miran como un “sapo” extraño y misterioso. Mis clientes me cuentan que a veces la chucha de sus mujeres les huele mal. El clítoris les parece extraño y no saben qué hacer con él. El macho, por el contrario, siente más rico cuando penetra un esfínter que es talladito y aprieta más. Con una mujer bien lubricada, no se siente, a veces, nada. La queja de muchos varones es que cuando sus mujeres han dado a luz, quedan muy flojas. Les da pereza tener que aguantar tanto el orgasmo para esperar el de ellas. Con un travesti, no tiene que batear a ver qué le gusta porque conoce su cuerpo y sabe cómo lo lleva al orgasmo. Además, sabe cómo estimularlo porque conoce bien el suyo. Si se quieren regar al mismo tiempo, lo pueden hacer fácilmente. Cuando ambos se vienen, pueden descansar sin que al otro se le vengan un montón de orgasmos en fila, como pasa con las mujeres. En fin, ¿creés que es cierto que el hombre y la mujer disfrutan más?

- ¿Algo más?
- Sí. Cuando escribás tu libro no te pongás a ponernos los nombres de mujer entre comillas, ni a usar el masculino en los pronombres. Si hay algo que me pone como una fiera es cuando los periodistas, para burlarse, nos ponen así los nombres y aún vestidas de mujer nos llaman señores. Eso lo hacen como para demostrar que no somos reales y que estamos engañando a la gente.
- Te lo prometo. Nada de comillas y nada de pronombres en masculino.
- ¿Y lo malo de ser así?
- La discriminación, la burla, la sorna, el desprecio, la falta de comprensión y lo difícil de conseguir zapatos altos de buen tamaño.

Algunas triunfan

Algunas travestis, como Alma Stone, se convierten en mujeres fabulosas. Un hombre de negocios italiano se la llevó nada menos que a Roma, en donde Alma trabaja para una clientela exclusiva. Con sus ingresos, piensa hacerse la cirujía plástica en Bélgica y transformarse en una mujer. Esta es parte de una carta que le escribió a July:

“Estoy feliz en Italia. Los hombres aquí son superguapos y los travestis tenemos mucha aceptación. No se da nada de la polada de allá que te gritan cosas, o que la policía te ande jodiendo. Enrico me introdujo en un bar de primera, “El Búho”, que es sólo para travestis y sus clientes. Cobro \$500 por una noche. ¿Te imaginás lo que hubiera tenido que chupar en Costa Rica para ganarme esta suma? Pues los clientes te tratan como a una reina. Lo que se ve aquí hace que lo que hacíamos en Costa Rica fuera cosa de niñas. Imagínate que hace tres semanas llegaron 14 hombres de un equipo de fútbol de primera, el (...) y nos “alquilaron” a mí y a dos más para un “evento especial”. El evento consistía en que ofrecían \$1.000 para la que los excitara más rápido con un baile sensual. Todos se desnudaron y escogieron al manager para que él decidiera cuál chica había causado más “calor” en los machos. Si hubieras estado aquí, estoy segura que no les hubieras cobrado nada porque estaban guapísimos. La que ganó fue Gina porque mueve la lengua como una boa y con eso los volvió locos”.

Doris Faye, otra travesti que emigró, es dueña de un sofisticado bar en Chicago. Su vida ha sido bien exitosa:

“Me vine a Chicago con una mano adelante y otra atrás. Me puse a limpiar casas, a trabajar de camarera y de recepcionista en hoteles. Estaba ilegal y todo lo que ahorraba lo mandaba a mi familia. Un día un ejecutivo me pidió que saliéramos a bailar. Le dije, con mi mal inglés, que era un hombre, porque no quería problemas. Él me dijo que lo sabía y que deseaba conocerme. Salí esa noche con él y tuvimos relaciones. Al día siguiente, me envió un vestido divino para la noche. Así todas las semanas. En un mes, me propuso matrimonio y me dio este anillo de diamantes. Nos casamos con un pastor gay y hemos vivido juntos desde hace 9 años. Mike me regaló un bar para que me divirtiera. Me ha ido muy bien porque hacemos ‘shows’ de travestis y las muchachas pueden vivir como reinas”.

Gloria Day, un muchacho de San Pedro de Poás, terminó como cantante en bares de jazz en Nueva Orleans. Su apariencia femenina y sus rasgos delicados la hacen verse soberbia como mujer. Cuando vestía de hombre era un muchacho común y corriente. Pero una vez que conoció a Angelita y ésta la vistió, su vida cambió para siempre. “Me miré en el espejo y me dí cuenta de que como mujer era despampanante”, nos cuenta con risa. “Pues nos fuimos esa noche a Cocoloco, en El Pueblo, y conocí a un marinero norteamericano”, nos dice. “Ese hombre se volvió loco conmigo y me invitó a quedarme con él y su compañero”. Pese a que Gloria tuvo sus problemas para ingresar, ahora reside en Estados Unidos:

“El ‘pacho’ principal era que tenía visa para entrar a los Estados Unidos pero mi foto era vestido de hombre. Douglas me dijo que él me acompañaba hasta el aeropuerto y que en el baño me cambiara, porque él no quería entrar con un hombre a su departamento. No me quedó otro remedio que meter la peluca en la valijita de mano, el vestido, los zapatos y cambiarme en el baño del aeropuerto. ¡Te imaginás el rollo cuando me vieron salir vestida de mujer del baño de hombres! ¡Por dicha no había mucha gente a esa hora! En fin, después me presentó a su compañero de departamento y nos llevamos bien. Empecé a trabajar como cantante cuando Douglas se iba en los barcos. Me llegó a gustar mucho y logré hacer dinero. Ahora he podido traer a mi hermana y mi hermano a vivir aquí con nosotros”.

Otras, como Augusta, laboran en academias de modelaje internacionales o como expertas en confección de ropa fina, como es el caso de Mila, quien diseña los trajes de noche para modelos de una famosa casa italiana de costura. Aunque no piensa vivir en Costa Rica, ha podido comprarles una finca a sus padres en Cartago.

Uno que otro travesti logra hacer realidad su sueño de hacerse rica y famosa. Mientras dure la juventud, pueden darse el lujo de disfrutar la vida. No obstante este éxito, son pocas las que terminan bien. El camino de rana a princesa es para la mayoría más largo y difícil de lo imaginado. Una gran parte de ellas debe retirarse después de unos años, con adicciones tremendas a las drogas y en situaciones totalmente marginales, otras mueren de sida, asesinadas o por suicidio.

EL AMBIENTE Y LOS VECINOS

En los últimos diez años se han dado dos patrones de prostitución travesti en San José. En la década de 1980, los travestis se dedicaron a su oficio en el área conocida como el “Líbano” (por un cine de ese nombre), en la llamada “zona roja” de la capital. La mayoría de ellos era pobre y también lo era su clientela, formada por hombres que trabajaban en los mercados, cantinas y negocios de los alrededores y por aquellos de las zonas rurales que venían a San José.

En la década de los noventa ese patrón comenzó a variar, cuando los travestis se trasladarían a practicar la prostitución a la zona cercana al hospital Clínica Bíblica*. Este cambio implicó más que mudarse. En la nueva zona, la clientela estaba formada por hombres de clase media y alta, que poseían autos y estaban dispuestos a pagar más por el sexo, pero también exigieron más belleza y “glamour”.

La explicación de cómo fue que los hombres de clase media desarrollaron un gusto por la prostitución travesti es compleja. Cuando hicimos las entrevistas a profundidad los mismos travestis no recordaron las razones específicas del traslado de lugar. La mayoría tenía conciencia de que la zona del Líbano no ofrecía suficiente vivienda y tuvo que buscar habitaciones en el sector opuesto de la ciudad, donde los precios eran aún bajos, o sea en los barrios del sur y sureste de la capital. Sin embargo, no tienen claro cómo se puso de moda la nueva zona de la Clínica Bíblica.

Lo que sí sabemos es que aumentó la demanda de travestis y esto incrementó los precios de la prostitución y el número de ellos en la calle. Los mayores precios atraerían a muchachos que, vestidos de mujer, lucían impresionantes, sofisticados y atractivos. El travestismo se iría convirtiendo en una opción para jóvenes de clase media.

Mientras tanto, la zona del Líbano decaería lentamente. Los travestis que aún viven en ella llegaron prácticamente a morir. Los antiguos “bunkers” de sexo son ahora “cementeros” para travestis piedrómanos, muchos con sida, que llegan a

* La zona de la clínica Bíblica está al suroeste de la capital. Es un área de mucho tráfico y algo oscura que permite cierta discreción. Existen muchos comercios pero también viviendas. Su atractivo para los travestis radica en que no está en la zona roja, que asusta a una clientela de clase media por su mezcla de prostitución, drogas y crimen.

pasar ahí sus últimos días. Hombres que no llegan a los 40 años vuelven a la zona a morir como ancianos que nadie quiere. “El Líbano es ahora un basurero y un cementerio de travestis”, nos dice Lorena.

La zona del Líbano

La mayoría de los entrevistados vivía en cuartos alquilados alrededor de este antiguo cine, en el sector noroeste de la capital. Otros habitaban en pensiones baratas u hoteles de mala muerte en barrios aledaños. Muy pocos lo hacían con sus familias.

Las pensiones

El lugar típico en esta época era la “Pensión Romántica”, una casa en la cual vivían varios travestis, en una fila de 10 cuartos. Las diez habitaciones comparten un solo baño, pila, y tendedero de ropa. Cada habitación tiene dos cuartos. “¡Mayela María!”, grita un travesti, “¿dónde está el calzón forrado de hule que te presté?” “Aún lo ando puesto, responde la otra, “dejámelo un día más, *please!*” “¡Jueputa loca de mierda!”, responde la dueña del calzón, “¿no es que te ibas a comprar uno solo para vos?”

La decoración que ponen los travestis en sus habitaciones consiste generalmente de fotografías de hombres desnudos, *posters* de actrices famosas y de sus cantantes preferidos, pelucas y ropa de todos colores colgadas en clavos en la pared, las cuales serán utilizadas en las noches, y fotos ampliadas de ellos mismos vestidos como la actriz que imitan. Como cada travesti lleva el nombre de una actriz famosa, la foto preferida es la de él en las mismas indumentarias y poses. “¡Hola!, mi nombre es Elizabeth Taylor”, me saluda una gorda con peluca. “Soy la gatita en el tejado caliente”, me dice señalando una foto grande de la Taylor con Paul Newman. “Ésta parece más bien la chanchita del rabo caliente”, responde otro travesti que sale de la habitación contigua.

La Taylor me invita a pasar a su habitación. Miro cuatro pelucas negras, algo quemadas, puestas en la cama sobre una colcha rosada de una especie de tafetán viejo. Una telita de algodón con estampado de florcitas rojas sirve como puerta de su closet, donde cuelgan varios vestidos de noche. “Éste me lo regaló nada menos que Richard Burton para nuestro segundo matrimonio”, me dice orgullosa. “Sólo lo he usado una vez porque tiene un gran valor sentimental”. El vestido es de terciopelo azul con unas perlititas negras que cuelgan en varias hileras, algunas se han caído por el uso. De acuerdo con Liz, el traje lo compró en el Palacio de Modas por encargo se su ex marido. Sin embargo, Penélope, una vecina suya, nos dice que el vestido se lo robó nada menos que del antiguo Cine Líbano y que no era otra cosa que la cortina del escenario.

Estos pequeños hoteles tienen una puerta blindada para protegerse de la policía, además de las de madera y de metal. Para poder ingresar, el travesti tiene que identificarse con su nombre de mujer, su voz debe ser reconocida y a la vez la persona que toca debe identificar a quien pregunta desde adentro. Sólo después de este procedimiento se abren las puertas. Por su enclaustramiento, a estos lugares se les conoce como "bunkers".

“Soy Cleopatra Emilia”, dice un travesti, “¡abréme la puerta, loca sorda!”. Cleopatra entra exasperada por la lentitud de la seguridad. “¡Fijáte que no me he echado ni un polvo todavía!”, le dice a la que le abre la puerta. “He puteado para arriba y para abajo y nada he pescado. Vengo más pobre que una monjita descalza”, dice con tristeza. “Pues descalza te vas a quedar”, le responde la que le abrió la puerta, “si no me pagás los **dos mil colones** que me debés”.

En el hotel típico, hay una cortina sucia a la entrada, después una sala con muebles rojos -el color preferido-, posters y cuadros de hombres desnudos con miembros “extra large”. El primer cuarto es el de la administración, que sólo tiene un colchón de esponja en el suelo, un mueble que hace de ropero y de caja de empeño, donde se encuentran toda clase de estatuillas de cerámica, floreros, ropa, cadenas, todos artículos empeñados, ya que los travestis empeñan todo lo que tienen para poder obtener drogas. La administradora es la que cambia estos artículos y les suministra los narcóticos.

“Miráme”, me dice un travesti delgado y vestido sólo con un calzón, “este reloj es del Príncipe Felipe, hijo de Juan Carlos. Se lo compré en Barcelona hace cuatro años y tengo que venderlo”. Es un reloj Seiko automático. “El segundero ha desaparecido pero aún dá las horas”, agrega. Liz la interrumpe: “Lo único de Barcelona de ese reloj es que rima con ‘ladrona’, ya que Pepa se lo robó a un cliente”.

Un corredor separa los cuartos. Ninguno tiene puerta de entrada sino cortinas. En ocasiones se usa la cortina porque facilita que un compañero travesti entre a revisar y robar pertenencias de un cliente mientras otro mantiene relaciones sexuales con éste. “¡No!, ¿cómo va a creer usted que alguien le robó aquí su cadena?”, le dice Penélope a un cliente. “Aquí somos prostitutas pero honradas y nadie toca lo que no es suyo. ¡Hasta pagamos impuestos municipales!”, añade. “¡Mirá, grandísima puta”, le responde el macho, “o me la devolvés o te corto las tetas infladas de caca que tenés!”. El travesti lo piensa dos veces y le entrega la cadena. “Ay, fijate que la encontré en el suelo y aquí estaba, perdoná que se me haya olvidado devolvértela”, le dice mientras le entrega la joya. “Si se va a meter con uno de estos playos”, me dice el hombre al salir, “deje todas tus pertenencias

afuera”. El hombre sale y se dirige hacia la puerta. “Ese bruto tiene un puesto de venta de chayotes cerca del Mercado Central”, me cuenta Penélope.

El cuarto de oficio tiene una cama, un par de sillas, un rollo de papel higiénico, sábanas, una mesa pequeña en la cual se prepara la droga. Las paredes y las sábanas están sucias. “Nosotras somos limpias pero ecológicas”, me explica Carla. “¿Por qué así?”, pregunto. “Porque es que les pedimos a los clientes que cooperen en contra del desperdicio de agua, igual que en los hoteles finos, y sólo lavamos las sábanas una vez al mes”. Estas habitaciones se usan también para consumir coca u otras drogas con los travestis de confianza. Como la dueña o el dueño del local es quien la vende, no le importa que los travestis entren a consumirla. Echamos un vistazo y miramos a tres travestis consumiendo crack. “Hola, ¿quierés un bombazo?”, me invita Rebeca. “No gracias”, respondo.

Luego está la cocina, que es un espacio con una mesa redonda con cuatro sillas, decorada también con *posters* de hombres o de artistas, con una pila de cemento roja, una cocina eléctrica con horno, varias ollas y un mueble con adornos de cerámica, que son los que se usan para los empeños. “Mi nombre es Tina Turner y soy la que cocino”, me saluda un tipo cariñoso y afeminado. “Estoy preparando un soufflé de plátano para las reinas de este castillo”, me dice con seriedad. “Vos sabés que son muy delicadas y que no comen sal por el colesterol alto que tienen.” Huelo más bien mondongo. No me atrevo a pedir que me muestre la comida. La cocina está sucia y da asco. Unas cucarachas corren hacia la pila. “Si te sirvo de este manjar y te dan ganas de vomitar no te preocupés que hasta en la realeza se practica”, me dice la cocinera. “No gracias, no tengo hambre”, le respondo, “acabo de almorzar”.

El comedor se usa para "darle al tarro", es decir, consumir la cocaína, aspecto que se analizará más adelante.

El baño tiene un inodoro viejo que no funciona bien y permanece sucio. Está forrado con latas arrugadas, sin cortinas, con puertas que dicen "Adán" y "Eva". Todos usan el de Eva, porque el de Adán está clausurado. Las personas se bañan encima de la taza del inodoro usando un tubo que queda encima de ésta. “Mamita, ¿dónde puedo orinar?”, pregunta un cliente que sale de una habitación. “El baño de los varones está en remodelación, así que eche su miadita en esta botella”, le responde Julia.

Los departamentos cercanos

Algunos travestis compartían, y todavía lo hacen, departamentos con otros colegas en áreas aledañas, como Carla y July. María Antonieta, por ejemplo, vive en un edificio de unos 20 departamentos. El suyo es también típico del travesti, tiene tres habitaciones en el segundo piso que comparte con otros. Abajo está la

sala, el comedor, la cocina y el baño. Hay fotos de artistas y muebles de baja calidad. Los clientes llegaban a su casa como a cualquier prostíbulo.

El cuarto principal tiene una colcha que originalmente fue roja y ahora luce gris con manchas, fotos de las artistas preferidas, recortes de los *panties* de moda, también candelas rojas que velan al santo de su predilección o de sus favores, hierbas aromáticas en una mesa, el periódico “Extra”, un plato con sobras de lo que fue el desayuno, pelucas colgando de la pared, el traje que se usará en la noche en una silla, otra ropa puesta sobre los muebles, un espejo grande quebrado, la foto de su amante de cabeza porque se había ido y de esta manera, según la dueña, “el santo me lo regresa”, libros de brujería y frascos de perfumes afrodisíacos. “Este perfume nunca falla”, asegura. Nos cuenta que tiene a un diputado a sus pies desde que lo roció con el menjurje. “Me he beneficiado de sus gastos de representación”, agrega, “y he visitado hasta Miami. La corrupción me encanta”.

Un día se puede encontrar una alfombra persa y una cerámica de porcelana fina. Tres días después ya no están porque fueron empeñadas. Los artículos de lujo los obtuvieron en las casas de los clientes. “Este cuadro es uno verdadero de César (Valverde), me dice Sonia Marta. “Se lo robaron a un cliente que se quedó dormido”. “Esta estatua italiana de David, ¿de dónde la sacaron?”, pregunto. “¡Ésa se la robaron a un cura!”, responde sin inmutarse. “Anita gusta de las sotanas”, añade con picardía, “es una loca muy católica”.

Comentario:

La convivencia no ha estado libre de problemas. Cuando María Antonieta se mudó al edificio, fue acosado por los vecinos: le apedreaban la puerta, le tocaban el timbre y salían en carrera, se reían de él en la cara, le decían que tenía un pacto con el diablo. Un día Leticia, su amigo, le aconsejó que comprara carbolina y unos perfumes en el Palacio de la Suerte, un negocio que vende este tipo de artículos. Hicieron una mezcla con todo y a las 12 de la noche fueron a cada uno de los 20 departamentos y la rociaron en sus puertas. La mezcla olía tan mal que los vecinos entendieron el mensaje y dejaron de molestarlo. Era como una advertencia. Aunque persisten pequeños problemas, María Antonieta admite que la situación ha mejorado:

“La gente de aquí me trata bien; cuando me pasé no me conocían pero ahora sí. Tengo dos años de estar aquí, mis vecinos al frente son homosexuales y no se meten con uno, a la vieja de a la par la saludo, los otros no los soporto. Todos nos

* Periódico amarillista.
* Pintor costarricense.

aceptan, ¿qué les queda?, si paso y se ríen, les digo ‘¿por qué no se ríen del mico de la madre que los parió?’. Los vecinos de abajo no se meten con uno”.

La emigración

Gradualmente, algunos travestis empezaron a abandonar la zona del Líbano. En la década de los ochentas, muchos iniciaron un lento proceso de traslado hacia barrios josefinos de clase media baja. Al principio, dice Leticia, las cosas en el barrio eran muy difíciles:

“Vivo en la León XIII . Me encanta vivir aquí, todos me conocen pero era terrible cuando llegué: no me gustaba para nada pero ahora sí no tengo problemas con los vecinos. Tengo dos alternativas: o me agarro o me hago la maje”.

Kristina se mudó cerca de una iglesia en un barrio de San José. Al principio, tuvo grandes pleitos con un sacerdote.

“A mí me contaron que el padre ese que se siente como una estrella de televisión me llamaba en sus sermones ‘pecadora’, ‘degenerada’, ‘mujer caída’. Un día lo paré y le dije muy clarito: ‘Mire padrecito, ¿qué problema tiene usted con los travestidos?’ El gran cobarde se quitó y me dijo que nos amaba porque éramos todos hijos del Señor. Pues le dije, ‘mire, usted sabe que yo sé que a usted le gusta güevear a los muchachitos y no ando diciéndolo a nadie. ¿Por qué no acusa a ese montón de degenerados que se meten a curas y me deja a mí en paz?’”.

Otros se fueron a prostíbulos heterosexuales. Este es el caso de Patricia (q.e.p.d.), quien laboró en uno de ellos y compartió la vivienda con otras prostitutas de las cuales dice que no le dieron problemas y que no revelaron su sexo a los clientes. “¿Pero qué pasa cuando el cliente descubre que no sos una mujer de verdad?”, le preguntamos extrañados. “Pues es muy simple, les digo la verdad. Algunos están tan borrachos que ni siquiera saben si están con hombre, mujer o fiera. Otros se molestan y se van. La mayoría se queda y hace como que no oyó nada”.

Algunos, como Lucero, establecieron prostíbulos homosexuales, los cuales estaban más sujetos a la represión:

* Barrio josefino de clase baja.

*“No tengo amistad con los vecinos de a la par, aquí en el vecindario hay mucho chismoso, los niños me gritan ‘homosexual’, ‘playo’, montones de cosas. Me siento muy mal ya que soy **tranquila**, no aparento lo que soy en la calle. Aunque aquí recibimos clientes, la verdad es que lo mejor es pulsearla en la Bíblica porque los hombres con carro tienen la harina. Además, los vecinos dicen que es mal ejemplo que aquí vengan hombres”.*

Uno de los lugares más famosos era la casa de Ana Karenina, situada cerca de un parque deportivo. Aún en los años noventa la vivienda seguía siendo compartida por varios travestis. En su hogar viven nada menos que 6 travestis, todos dedicados a la prostitución. Ellos ocupan la planta alta de un edificio que tiene, abajo, un bar heterosexual. El departamento tiene cinco cuartos y en cada uno de ellos vive un travesti, ya sea con su amante o con una amiga. En algunas ocasiones se dan roces entre los clientes del bar y los travestis, sin embargo, ésto es la excepción. Ambas clientelas han llegado a aceptar ser vecinas a la fuerza como su sino. “Al principio no te voy a negar que era difícil”, nos dice Ana Karenina, “pero pronto hicimos las paces. Nosotras no ponemos un pie en el bar y los borrachos no nos molestan arriba”. Aunque esta tácita tolerancia mantiene la paz, existen momentos en los cuales las tensiones afloran:

“Una noche alguien gritó que había fuego en el edificio. No sé si fue más bien Angélica que estaba echando humo por atrás. Sin embargo, las locas tuvimos que salir a la calle en calzones y en talladores, todas desarregladas. Los borrachos del bar nos empezaron a molestar y a gritar cochinas: ‘Mamacita, arrimáte aquí para que te rocíe con esta manguera’ y vulgaridades parecidas. Pues Ágata, que no aguanta ni mierda, se fue contra uno de ellos y le bajó los pantalones. ‘Ésto no es manguera’, gritaba la loca, ésto es un meneío’. Así nos dejaron de joder”.

Desde los barrios finos

Los travestis viven ahora, en su mayoría, en barrios marginales de la capital. Han logrado salir del área del cine Líbano y de la “zona roja”. De la misma manera que en la década de los ochenta, deben vivir solos o con otros travestis porque sus familias no los aceptan.

En la medida en que más jóvenes de clase media y alta se ven atraídos hacia esta vida, aumentan los casos de hombres de familias ricas que se prostituyen en la zona de la Clínica Bíblica. Uno de ellos es Marilyn, un travesti proveniente de Rohrmoser, uno de los barrios ricos de la ciudad. Otro es Mónica, quien reside en Escazú. Ambos viven con sus padres de clase acomodada, que jamás sospecharían

que sus hijos se visten de mujer y se dedican a la prostitución. Marilyn lo explica así:

“Soy de una buena familia de San José. Sin embargo, me encanta vestirme de mujer y prostituirme en la calle. Tengo toda la ropa en uno de los bunkers cerca de la Biblia. Ahí llego y me cambio totalmente. Nadie me reconoce como mujer. Una vez me levantó nada menos que un amigo de mi papá que es médico igual que él. Lo conozco desde hace años, pero a él no le pasa por la mente que el hijito flaquito de su compañero de consultorio es nada menos que esta voluptuosa rubia devoradora de hombres. A veces llega a mi casa y ni sospecha que conozco su secreto”.

El visible aumento en la calle del número de travestis no se debe a que “nazcan” más de ellos en la actualidad. Según Esmeralda, “cada fin de semana aparecen 5 nuevas travestis. ¿De dónde sale tanta loca?”, nos interroga. Sin embargo, no es una máquina lo hacer travestis lo que responde a su pregunta. El fenómeno se debe a la combinación de dos factores: la aceptación del travestismo (entre los clientes y entre los mismos jóvenes) por parte de la clase media costarricense y, como veremos más adelante, la imposibilidad del Estado de censurar y encarcelar a los travestis.

La revolución del “paqueteo”

El hecho de que la zona del Líbano llegara a agotarse como lugar de residencia y de que los travestis emigraran a otros barrios no es un fenómeno inusual. Lo que sí resulta necesario explicar es por qué este traslado produjo cambios en los clientes y en los amantes. En otras palabras, ¿por qué estos clientes no se trasladarían con los travestis a la nueva zona de trabajo? **La respuesta parecería sencilla: porque los nuevos clientes tenían más dinero y ofrecían mejores precios y condiciones de vida. Sin embargo, queda sin aclarar un interrogante: ¿De dónde salieron los nuevos clientes?**

Aparentemente, éstos surgieron del grupo de hombres heterosexuales que recogían a las prostitutas mujeres en la zona de la Clínica Bíblica. Esta clientela motorizada utilizaba estas discretas calles para ligar a las trabajadoras sexuales. En cierto momento histórico, que ninguno de los entrevistados recuerda con precisión, los travestis “tomaron” estas calles y se ligaron a estos hombres. El ingreso de travestis a la zona no representó, entonces, un mero cambio de poblaciones. Lo que se dió, en realidad, fue toda una revolución de orientaciones sexuales. En términos

psiquiátricos tradicionales, los heterosexuales se hicieron, de la noche a la mañana, bisexuales. En otras palabras, dejaron de recoger mujeres y optaron por hombres travestis.

¿Puede ser ésto posible? ¿Es tan elástica la orientación sexual como para que los travestis hayan logrado “convertir” así de fácil a hombres que hasta ese momento eran heterosexuales? La respuesta es sí y no. Por un lado, es evidente que la nueva clientela debió surgir de algún lado y no por generación espontánea. Los clientes del Líbano no tenían carro, ni dinero, ni forma de trasladarse a la otra zona. Como vimos, se trataba en su gran mayoría de jornaleros y desempleados. Los nuevos clientes de la zona de la Clínica Bíblica, según se desprende de las entrevistas con los travestis, no solo poseen vehículo (indicador de que pertenecen a la clase media en países tercermundistas), sino que son profesionales y empleados de cuello blanco. Por estas razones, la clientela es “nueva” en el sentido de que no proviene de la anterior. Por otro lado, la “conversión” de estos nuevos clientes no fue inmediata ni estuvo exenta de problemas.

Cuando indagamos con más detenimiento acerca de quiénes fueron los primeros travestis que se trasladaron a la zona de la Bíblica, percibimos una posible respuesta a nuestra inquietud: los pioneros fueron los travestis que “paquetean”. Ésto significa que eran tan femeninos que “engañaban” a cualquiera. En otras palabras, un primer paso hacia la conquista del nuevo espacio se dio por medio de los travestis que parecen mujeres. Éstos “engañaron” a los clientes de las trabajadoras del sexo e iniciaron su apertura sexual.

Susy, por ejemplo, recuerda que en los primeros años “me iba solita y me paraba con otras prostitutas en la zona de la Bíblica”. Según ella, al principio “nadie sospechaba que era un hombre”, ni los clientes ni las trabajadoras del sexo. Cuando se montaba en un vehículo, algunos clientes solían “echarme” cuando **averiguaban** la realidad. Sin embargo, poco a poco “entró la coca y los tipos se moteaban con una y empezaron a dejarse tocar”, nos relata. “Después de unos meses”, continúa, “tenía varios clientes que me decían que sentían más rico conmigo que con las prostitutas. Éstos me recomendaban con sus amigos y me pedían que llevara a otras compañeras. Al principio, invité a otras que ‘paqueteaban’ pero gradualmente fui llevando otras más masculinas, hasta que la voz se regó de que los clientes querían travestis de todo tipo”.

Ésto mismo sucedió con Zoila. Ella nunca recurrió al Líbano para ligar porque es tan femenina que ningún hombre, a simple vista, puede reconocerla. Su lugar de ligue era la zona de la Bíblica y el Paseo Colón (una de las principales

avenidas de San José). Ella confiesa que “años atrás había más dificultad para ligarse hombres machos pero ésto se hizo cada vez más fácil”. De acuerdo con su percepción, “los travestis se pusieron de moda en el comercio sexual de la calle. Las prostitutas no eran competencia porque estaban muy deterioradas y eran poco ingeniosas en la cama”, concluye ella.

Los nuevos clientes pasaron por un cambio gradual de gustos y de preferencias sexuales. El fenómeno parece surgir por accidente. De no haber emigrado a esta zona de trabajo uno que otro travesti, estos hombres posiblemente seguirían ligando con trabajadoras del sexo. Al principio, posiblemente opusieron resistencia al encontrar que habían sido “paqueteados”. Sin embargo, los clientes aprenderían a disfrutar de los travestis y a incrementar su demanda. Un tiempo después, la zona se llenaría totalmente de travestis y las trabajadoras del sexo debieron emigrar hacia otros lugares. La “conversión” se hacía realidad. No obstante, deberíamos hablar de una “conversión” a medias ya que la mayoría de los clientes, como veremos, continuaría con un comportamiento predominantemente heterosexual, con visitas esporádicas a los travestis.

Este fenómeno merece una explicación. Para este estudio no fue posible entrevistar a una buena cantidad de clientes como para poder corroborar su conversión a la bisexualidad. La evidencia la obtuvimos indirectamente. Una ha sido la anotación de placas y modelo de automóvil que han hecho los vecinos del barrio (el tema se analizará más adelante) para denunciar a los clientes. En estas listas se nota claramente que los vehículos pertenecen a personas de clase media y alta. Otra prueba es la información que nos dan los mismos travestis sobre sus clientes. Ellos aseguran que son hombres casados y profesionales. Los entrevistados que vivieron en la zona del Líbano, además, aseguran que estos clientes son distintos de los que visitaban su antiguo lugar de trabajo. Los mismos dueños de casas en la zona de la Bíblica indican que muchos de los clientes que acuden a ligar travestis les eran conocidos. En otras palabras, eran los mismos que recogían a las prostitutas que antes ocupaban estas calles. Finalmente, el fenómeno del “paqueteo” pudo ser visto en funcionamiento en una nueva ola de desplazamiento: **los bares heterosexuales. Como se analizará más adelante, una nueva generación de travestis que “paquetean” -la mayoría panameños- ha incursionado en lugares hasta ahora exclusivamente heterosexuales. Sus entrevistas demuestran que, como sucedió años atrás en la zona de la Bíblica, los engaños han dado frutos y que una nueva clientela está ingresando al comercio sexual travesti**

LA BATALLA POR LA CLÍNICA BÍBLICA

La zona

En el corazón de San José se levanta el Teatro Nacional, centenario edificio con estatuas de mármol, estucos dorados, cristalería, pinturas y bien cuidados jardines, verdadero ícono de la cultura oficial costarricense. En los amplios espacios abiertos de la plaza a su alrededor, centenares de palomas revolotean mientras niños sorprendidos y turistas curiosos se deleitan.

Un poco más al sur se levanta otro ícono, esta vez educativo: el Colegio Superior de Señoritas, donde la “crema y nata” de la sociedad femenina del país ha recibido instrucción durante un largo siglo. La línea clásica del edificio, sus barrotes torneados, la piedra de sus muros empiezan a sufrir los golpes del acelerado crecimiento y pauperización de la capital: aceras dañadas, embotellamientos de autos, basura en las calles.

Conforme se camina hacia el sur las cosas cambian. Las calles se vuelven estrechas, el humo de los vehículos asfixia a los peatones, el agua de los bajantes cae en medio de las aceras. Es una zona comercial, pero muchos se resisten a dejar sus hogares, donde han vivido décadas. Casas que se adivinan construidas hace medio siglo o más, de un solo piso, con techos a dos aguas, se protegen con barrotes en puertas y ventanas.

De repente, a sólo unas cuantas cuabras del centenario Teatro Nacional, aparece la Clínica Bíblica, otro hito geográfico capitalino. Construida en 1929 por protestantes, es el centro médico privado más conocido y uno de los más caros. El viejo y recio edificio, de color celeste y a punto de cumplir 70 años, se mantiene en pie junto al nuevo complejo de varios pisos, de vidrio y concreto, de la clínica. A su alrededor pululan farmacias, consultorios médicos privados, parqueos.

Hace unas décadas, ésta era una de las zonas residenciales más distinguidas de la capital, antes de que su crecimiento se la tragara. Cuando cae la noche, el área acoge a nuevos inquilinos. De repente, reinan la falda corta y los “**pantaloncillos calientes**”, las gasas y los trajes de lentejuelas, los zapatos de tacón alto, los pronunciados escotes y los abrigos.

A lo largo de diez cuadras, entre el Colegio Superior de Señoritas y la Clínica Bíblica, un número fluctuante de travestis (unos dicen que 60 activos, otros alargan la cifra hasta 100) llegan al sitio, noche a noche, a “pulsearla” ante un enjambre de clientes que saben dónde encontrarlos.

Los travestis

Recorrer esas calles, en una noche en que la llovizna cala los huesos, es hacer un inventario de bellezas e ingenios: el elegante traje azul de lentejuelas de Miriam comparte acera con el cortísimo vestido blanco de Corintia, que deja ver sus torneadas piernas; las gasas negras, la cuidada cabellera y el perfume de marca de Aurora contrastan con el traje simplísimo y el pelo apenas recogido de Verónica, o con la timidez y extremada juventud de Paulina.

Caminan o esperan a sus clientes solos o en grupos de dos o tres. La mayoría son nacionales, pero hay extranjeros, sobre todo panameños, que han llegado al país atraídos por el menor nivel de machismo de los costarricenses. Corintia es uno de ellos. Llegó a Costa Rica hace cuatro años y asegura que prefiere a los clientes de aquí; en su país, para ser travesti tiene que pasar por mujer las 24 horas del día o enfrentar agresiones constantes. Miriam, en cambio, tiene otra explicación: en Panamá hay que ser blanco y de ojos claros para ganar bien en la prostitución travesti; aquí, los travestis panameños son bellezas exóticas y jactanciosas, fáciles de lengua, que les gustan a los clientes.

Los travestis tomaron la zona de la Clínica Bíblica hace nueve años, después de realizar su actividad en los alrededores del cine Líbano.

Las cosas han cambiado. Aunque algunos travestis viven en la misma zona, sus lugares de origen son variados, como Pandora, quien vive en casa propia en San Pedro (al este de la capital), o Miriam, quien alquila un departamento cerca de la zona de la Bíblica pero pasa las tardes en casa de su madre, en Desamparados (ciudad al sur de San José).

Su método de trabajo también es distinto. Aunque gran parte se realiza en las mismas calles, con clientes de a pie, lo común es que el contacto sexual se realice en el auto de quien los contrata o en un motel al cual acuden. Muchos de ellos reciben clientes en sus casas o departamentos. La calle, sin embargo, no es todo dinero y buenos clientes. Los travestis trabajan noche a noche en un campo de batalla creado, justamente, por su presencia en la zona de la Clínica Bíblica.

Es un campo de batalla con oponentes claramente definidos: grupos de individuos que acuden al sitio con el único fin de agredir a los travestis, aquellos que aún viven en los alrededores de la Clínica Bíblica y que se han organizado para expulsarlos de allí, y la policía, su eterno **enemigo**.

Los colorientos

La Pepa Carrasco llega en la noche a la zona de la Clínica Bíblica. Se para en una esquina, cerca de la verdulería. Luce un traje negro corto, una chaqueta de tela de encaje también negra, un peinado lacio y sencillo y una sombrilla negra para resguardarse de los chapuzones. Se ha puesto un perfume delicado y se ha maquillado discretamente. Es una noche mala y no se ven muchos carros. Sin embargo, uno se le acerca con tres hombres jóvenes. “¡Loca hijueputa, zorra, puta, fea, mamáme ésta, grandísima sodoma!”, le gritan y le tiran huevos podridos. La pobre Pepa queda embarrada de huevo y con el tiempo justo para mandarles una pedrada. Su vestido, su maquillaje, su perfume y su noche quedaron arruinados.

Monique, por su parte, es abordada por cuatro hombres que le piden que se suba en su vehículo. Una vez en las afueras de San José, cerca del túnel Zurquí, los tipos la violan y la dejan tirada en la carretera. “¡Putas de mierda, no te merecés ni un cinco, por playo y por espantosa que te vé!” le gritan al empujarla. Monique tiene que pedir aventón y regresar en un camión que transporta banano.

A Mimí unos estudiantes del también cercano Liceo de Costa Rica le gritaron “Soltemos el gato para que cace ratones” y le tiraron una piedra en la cara rompiéndole un diente. En el Hospital Calderón Guardia no la querían atender. “No, señor, usted seguro está infectado de sida y no quiero tocar su sangre”, le dijeron en el laboratorio.

Ana Karenina fue bañada en orines por un hombre que le tiró la bolsa desde su moto. “¡Perra inmundada, payasa, prostituta, hereje, arrepentíte de lo que hacés, ponéte con Dios!”, le dijo. Cuando Esmeralda hizo su “debut” no sabía que debía protegerse de los carros con vidrios oscurecidos y a gran velocidad: “Me gritaron no sé qué cosas y me tiraron una botella y me rompieron la cabeza. Terminé con cinco puntos”.

Pese a esta violencia, los travestis son acusados de ser delincuentes que andan con piedras o con cuchillas. Es la misma táctica de siempre: acusar a la

víctima. En Costa Rica, en los años cuarenta, a los judíos se les acusaba de comunistas para racionalizar conductas similares por parte del pueblo, a los negros se les prohibía entrar a los lugares “finos”; a los indios se les trata como ciudadanos de segunda clase. A las mujeres víctimas de violencia sexual se las llama “histéricas” y se les acusa de causar o desear sus violaciones.

Ahora las autoridades acusan a esta nueva minoría de andar armada. Pero, ¿quién inició la violencia y quién la continúa? La respuesta es sencilla: los que odian a los travestis. Tanto la Iglesia como el Estado, con su virulenta homofobia, permiten que los ciudadanos comunes vayan a agredirlos. Cada sermón en la iglesia en que se acusa a los homosexuales de pervertidos y de pecadores es munición para azuzar el odio. “Debemos eliminar las lacras morales de la sociedad como el homosexualismo, la prostitución y a los travestis”, dice un cura por la televisión. Otro los acusa de “inmorales, corruptos, pecadores”. Con este veneno, la Iglesia no tiene que ir directamente a tirar las piedras; ni siquiera durante la Inquisición tuvo que ensuciarse las manos. Con sólo perseguir ideológicamente a las minorías basta para que otros hagan el juego sucio. A los herejes los mataban las autoridades civiles, mientras que los curas sólo decidían quiénes lo eran. Lo mismo hicieron durante el período fascista. Las iglesias cristianas no hicieron el Holocausto pero brindaron la excusa moral e ideológica para que otros lo hicieran. La “excusita” de que “odiamos el pecado pero amamos al pecador” es, según Pepa, “pura mierda”. “A los judíos los llevaron a las cámaras de gas porque los alemanes no distinguieron más entre el pecador y el pecado.”

“Colorientos” es el nombre que se les da a estos grupos de hombres, usualmente jóvenes, que acuden a la zona de la Bíblica en sus autos para insultar y, a veces, agredir a los travestis. “Se les llama colorientos porque pasan por el lugar gritándoles ‘playos’ y otros insultos a los travestis, ‘dándoles color’ de homosexuales”, afirma Herman Loría, coordinador del proyecto “Priscilla” del ILPES, el cual trabaja con esta población.

Los “colorientos” llegan apertrechados con bolsas preparadas llenas de orines o excremento, piedras y hasta con rifles de balines. Las paredes de la zona y las cicatrices en el cuerpo de varios travestis dan cuenta de estas agresiones. Muchos “colorientos” detienen sus autos y fingen querer contratar a los travestis; cuando éstos se aproximan aparecen los puñales con que los agreden.

“Es todo un deporte para ellos; les libera de la tensión de la semana, reafirman su masculinidad y sueltan su homofobia. Es toda una catarsis para los colorientos”, indica Loría.

En su opinión, el ya tradicional rechazo hacia el homosexual se ve reforzado cuando el hombre se viste de mujer, por lo cual se recurre a la burla y al insulto como método correctivo. “Quizás con mi burla logre corregirlo, porque se nos ha enseñado que por medio del castigo se puede corregir, educar. El mensaje es claro: si vos cambiaras, no me burlaría”, añade.

El ataque provoca respuesta, ya que los travestis suelen esperar a los “colorientos” con piedras que irán a parar a los carros, a sus parabrisas.

Cientes y vecinos

La zona de la Clínica Bíblica no es un sitio acogedor y se mantiene así hasta altas horas de la madrugada. Usualmente, Emperatriz abandona el lugar a la 1 o 2 de la mañana, Miriam permanece allí hasta las 3 a.m., en promedio; si le va bien, Corintia se marcha a las 2 a.m., media hora después si le va mal; Pandora, quien después de casi dos décadas de prostituirse sólo acude viernes y sábados, permanece hasta las 3 a.m. pero a veces se queda hasta las 6 de la mañana, “pulseándola”.

La presencia de los travestis ha atraído a centenares de hombres que llegan a buscarlos por una u otra razón, en sus vehículos. El constante ruido de carros se une a los gritos de los “colorientos” y a las respuestas igualmente agresivas de los travestis. A altas horas de la madrugada algunos individuos llegan al lugar y encienden equipos de sonido y los travestis bailan en las aceras. Finalmente, una parte considerable de su actividad se realiza en las mismas calles, en sitios oscuros y apartados como lotes baldíos o quicios de puertas.

En este ambiente están inmersos, noche a noche, los vecinos que aún viven en el lugar, que en otra época fue uno de los barrios residenciales de la capital, y muchos de sus antiguos ocupantes –algunos con 30 o 40 años de residir allí- lo consideran su único hogar, invadido por una situación que se les ha vuelto intolerable.

“Tenemos nueve años de padecer una enfermedad que no nos deja vivir tranquilos”, comenta no sin cierta nostalgia doña Olga, cuya casa –que comparte con sus ancianos padres- se encuentra situada a dos cuadras de la Clínica Bíblica:

“Le toca a una ver sexo oral, a un hombre masturbando a otro, preservativos como si fueran flores de mayo, por todos lados; excrementos y orines en nuestras puertas; después de cierta hora empiezan a tomar licor, asaltan, usan drogas. Ésto nos ha hecho la vida imposible. Su presencia aquí nos ha traído muchos visitantes incómodos, como los muchachos que vienen en carro a gritarles, a apedrearlos, con un vocabulario insolente. El circo empieza a las 6 p.m. pero a las 10 p.m. ya es intolerable. Los días de pago y los fines de semana es peor. Hasta el domingo..., es todo el tiempo. Si nos asomamos a la ventana lo consideran pecado mortal. Si vamos caminando por la acera y las vemos, nos gritan. Si no las vemos, nos gritan. No se les queda bien con nada”.

Los vecinos alegan no sólo problemas con el comportamiento de los travestis y su mundo sino conflictos meramente económicos: el problema de la zona ha devaluado las propiedades. “Nadie alquila, nadie nos va a comprar nuestras propiedades”, se queja doña Priscilla, una vecina.

Según una participante en la Asociación de Vecinos de la Clínica Bíblica, las escenas que se observan son peores que el cine porno:

“Oí ruidos a las tres de la mañana en la ventana. Pensé que un ladrón estaba por entrar. Cuando corrí la cortina de la ventana que da a la calle, veo un pene erecto negro en ella. ¡Dios mío!, grité despavorida. ¡Qué es ésto! Pues desde afuera oigo a una travesti que me grita: ‘No te hagás la mae, que vos sabés muy bien qué es ésto. Le grité indignada: ‘Tenga piedad de nosotras que somos mujeres mayores y que no podemos ver estas cochinas en nuestra propia casa. La grandísima vulgar me contestó: ‘Dígale entonces a este negro que tenga piedad de mí porque no vé que me la quiere meter”.

Lupita, ama de casa, nos cuenta que su hijo de ocho años le vino a preguntar qué era un “polvo” . “Pues un polvo, mi amor, es una especie de arenita blanca que se usa para el maquillaje”, le respondió inmediatamente. “¿Y por qué entonces la travesti de afuera los vende a 5.000 colones?”, preguntó el muchacho confundido. “Porque fabrica unos especiales”, contestó la mujer no sabiendo qué más decir.

José, otro integrante del grupo de vecinos, nos informa que algunas veces se practican escenas de “sexo completo” en la calle. “Hace tres semanas una travesti se metió en un carro y empezó a tener relaciones. No sólo los quejidos no nos dejaban dormir sino que cada vez que el tipo se corría, tocaba el pito del carro. Salí furioso y le grité: ¿Por qué no venís a jalarme el pito a mí?, ¡degenerado!. Pues desde el carro se oyó que la travesti me gritaba: ‘Andáte a dormir, pervertido, ¿quién te tiene a vos asomándote a la puerta?”. Doña Soledad tuvo una experiencia

similar. Una noche un travesti besaba apasionadamente a un cliente frente a su misma puerta. “¿No puede, señorita, ir a besarse a otro lado?”, le preguntó con suavidad. “¡No, grandísima bruta!, ¿no ve que me ha costado parársela a este viejo y si nos corremos se le baja?”, contestó el travesti.

La asociación

Los vecinos han intentado solucionar su problema por diversos medios, acudiendo a las autoridades y a las cortes. Han recurrido a la Gobernación de San José, que desde hace casi cuatro años está abocada a un plan de “limpieza” de la capital que se dirige a prostíbulos y a lugares de expendio de alcohol, entre otros; han interpuesto recursos de amparo ante la Sala Constitucional, los cuales han sido rechazados; han acudido a la Defensoría de los Habitantes y a las instituciones que hacen trabajo comunal con los travestis.

Hace cuatro años decidieron constituir la Asociación de Vecinos de la Clínica Bíblica, con el fin de presionar como grupo y así han acudido a instancias como la Asamblea Legislativa, donde hacen cabildeo para cambiar la legislación y endurecer las penas contra las prácticas sexuales en las vías públicas, por ejemplo.

Pero su solución es otra y única: que los travestis se vayan del lugar, una decisión que ha exacerbado los ánimos de éstos y los ha puesto en pie de guerra. Alrededor de ambos bandos, diversos grupos se ponen en favor o en contra.

Para Loría, la democracia en Costa Rica no se practica como se predica, pero los travestis tienen a su haber garantías constitucionales que no pueden obviarse, como la que les permite el libre tránsito. El especialista del ILPES reconoce que existen comportamientos irregulares en la zona y que el malestar de los vecinos es comprensible, al punto de que muchos de los travestis lo reconocen.

“No podemos decirles que eso no es incómodo. Los vecinos no las quieren, pero los travestis tienen todo el derecho de estar allí y de hecho están empeñadas en no moverse del lugar”, agregó.

Hace unos tres años se llegó a un acuerdo: los travestis respetarían la zona residencial y trabajarían solamente en la comercial, pero la constante llegada de otros nuevos ha hecho que muchos sigan donde hay vecinos viviendo.

El gobernador

Jorge Vargas es actualmente (1997) el Gobernador de San José y el principal impulsor de la campaña de “adecentamiento” de la capital, la cual le ha valido aplausos y críticas igualmente encendidas. Él sostiene una tesis: “primero en tiempo, primero en derecho”. En otras palabras, los vecinos tienen la razón en vista de que ocupaban la zona antes de la llegada de los travestis.

Lejos de calificar el problema desde un punto de vista moral –en lo que respecta a la inclinación o comportamiento sexual de las travestis-, Vargas se parapeta en su cargo para justificar sus acciones. Su obligación, dice, es hacer que impere el orden, y la actividad nocturna de los travestis genera un evidente desorden público e intranquilidad para una comunidad que por años ha estado asentada en ese sitio; “estoy obligado a evitar un conflicto de mayores repercusiones”, asevera.

Para ello, el funcionario ha promovido reuniones con las partes en disputa y en ellas se han planteado posibles salidas al conflicto. Consciente de que está legalmente imposibilitado para confinar a las travestis en un área específica e impedido de crear una “zona de tolerancia”, Vargas, junto con la Dirección de la Fuerza Pública y la Defensoría de los Habitantes, ha propuesto a los travestis su traslado a una zona no residencial de San José para que allí desarrollen su actividad.

En algún momento se pensó en su traslado a la zona de la Plaza González Víquez, pero la cercanía del Liceo de Costa Rica –específicamente por la presencia de los jóvenes estudiantes y la posible reacción de su cuerpo de profesores- hizo desechar la idea. La otra opción es el parque frente a la otrora sede central de la Estación del Ferrocarril Eléctrico al Pacífico, relativamente cercano a la zona de la Bíblica, pero donde prácticamente no existen residencias.

La Defensoría de los Habitantes

Esta última opción es avalada por la Defensoría de los Habitantes, que se encuentra mediando en el conflicto y ante la cual los travestis han interpuesto tres solicitudes de intervención en su favor, por distintas razones.

El Defensor Adjunto de los Habitantes, Rolando Vega, quien ha seguido de cerca el conflicto, afirmó que aunque todos los habitantes pueden gozar de sus

derechos, eso no puede hacerse pasando por encima de los de otros. El caso presenta una confluencia de derechos: por una parte el de los travestis al libre tránsito, que podría ser lesionado, y el de los vecinos a vivir tranquilos, “que están siendo lesionados”.

“Nuestro gran conflicto es cómo conjugar ambos derechos, porque estamos de parte de ambas partes. Los travestis tienen que entender que la situación es inevitable para los vecinos y que su permanencia les genera problemas a pesar de que tengan derechos. La salida que veo es el traslado a otro sitio, que es una solución inteligente al problema”, señala Vega.

Actualmente, el problema se plantea en esos términos. Los travestis no están dispuestos a sacrificar su lugar de trabajo, su sostén económico, construido después de años de haberse establecido en la zona de la Bíblica; en tanto, las autoridades se empeñan en que el traslado a un área no residencial es la única salida razonable al conflicto.

Mientras tanto, en el aire flota la sensación de que las cosas pueden agravarse. Los vecinos no han escatimado esfuerzos en su intento de librarse de los travestis. En una época, recién fundada la asociación, se dedicaban a anotar las placas de los vehículos que llegaban en busca de los travestis e identificaban a sus propietarios, a los que llamaban telefónicamente para comunicarle que sabían de sus actividades, e incluso llegaron a pensar en hacer públicos los números de las placas.

Otras medidas más agresivas empiezan a considerarse. “Por mi parte no cogería ni un garrote pero muchos nos ofrecen ayudarnos”, señala una vecina. Hay vecinos que han dicho que habrá un enfrentamiento, que piensan en “tomar un revólver y matar a un hijueputa de esos. La gente está cansada de esperar soluciones que nadie pone. Hay quien nos ha recomendado pagarle a alguien para agredirlos y nos han ofrecido hasta brigadas de choque, pero no queremos hacerles daño. En nuestra desesperación, acudimos hasta al Movimiento Costa Rica Libre ²”.

La policía, ni pintada

En algo coinciden vecinos y travestis, aunque por distintas razones: ninguno parece querer la intervención de la policía.

² Movimiento político de extrema derecha, con entrenamiento paramilitar.

Los primeros dicen estar decepcionados de la inutilidad de ésta en librarlos de los travestis, ya que no les presta la atención que dicen merecer. Aunque quisieran que los policías se los llevaran, los vecinos reconocen que muchos de ellos los agreden, les roban el dinero y “hasta se aprovechan sexualmente”. Por su parte, la razón de los travestis es contundente: la policía es la constante represora en sus vidas.

Hasta hace poco tiempo, la policía tenía luz verde para proceder en contra de los travestis y quienes trabajan a favor de ellos alegan que esas acciones respondían a órdenes superiores que la policía recibía de “limpiar” la zona de la Bíblica, con el fin de controlar una criminalidad que asocian a menudo con la presencia o mera existencia de los travestis. Era común para los travestis permanecer varias horas detenidos en las comisarías sin que mediara parte policíal o explicación alguna del arresto por parte de las autoridades.

Aunque los derechos constitucionales de los travestis, como los de cualquier ciudadano, han estado siempre vigentes, la mayoría de ellos nunca ha tenido acceso a la Constitución Política o a la Convención Americana de Derechos Humanos, debido a su baja escolaridad. Según Loría, “ni siquiera se creen merecedores de derechos”.

La creación de la Sala Constitucional (Sala Cuarta) sin embargo, cambió las cosas. Los travestis han interpuesto ante ese tribunal tres recursos a su favor, alegando flagrantes violaciones de sus derechos; dos de estos fueron declarados sin lugar, pero uno fue acogido y sancionado por los magistrados.

El recurso en cuestión –un Hábeas Corpus contra las Comisarías tercera y quinta de San José– fue interpuesto por cuatro travestis, en contra de una detención que calificaron de arbitraria, ocurrida en mayo de 1997, cuando dos policías en motocicleta les detuvieron.

A pesar de haber presentado en regla sus papeles de identificación, los policías ordenaron la detención de los travestis, no sin antes haberlos chantajeado a cambio de dinero. La detención se llevó a cabo sin registrarla, como dicta la legislación, y los travestis fueron sometidos a diversas vejaciones, según argumentaron en su recurso.

La Sala Cuarta

Los travestis, sin embargo, decidieron actuar y acudieron a la Sala Constitucional, alegando la violación de los artículos 22 y 39 de la Constitución

Política, y el 7 y 8 de la Convención Americana de Derechos Humanos, que garantizan el derecho al libre tránsito de los ciudadanos.

Los artículos constitucionales invocados garantizan que todo costarricense puede trasladarse y permanecer en cualquier punto, y que ninguna detención puede realizarse sin que medie “la necesaria demostración de culpabilidad”.

Los magistrados del más alto tribunal costarricense dieron la razón a los travestis y en la actualidad la policía está impedida de actuar en contra de éstos sin que medien razones justificables. En razón de esa decisión judicial, la policía sólo puede realizar las investigaciones pertinentes cuando media denuncia sobre escándalos públicos, daños a la propiedad o asaltos, y sólo puede realizar arrestos si comprueba la falta y únicamente sobre aquél o aquellos señalados como culpables. Las redadas colectivas han cesado y el trato policial ha sido modificado, equiparándose al que se aplica a cualquier otro ciudadano. A pesar de ello, el papel represor de la policía está clavado en la conciencia de los travestis.

La relación entre el policía y el travesti es totalmente violenta. El policía no respeta al travesti por considerarlo un ser inferior que ha roto todos los esquemas morales por ser hombre, vestirse de mujer y prostituirse. “Los policías tienen la impresión de que con dejarlos vivir hacen mucho y no les otorgan ni el derecho de hablar”, expresa Loría.

Los travestis, por otro lado, ven en el policía a la figura de autoridad por excelencia, que siempre les ha hecho la vida imposible. El policía significa huida, humillación, detenciones, ofensa, pérdida de dinero.

El caso típico de esta relación violenta es el arresto al cual se veían sometidos hasta hace poco los travestis. Una noche cualquiera aparecen dos policías y les ordenan movilizarse bajo amenaza de detención. Cualquier oposición **significaba** la llegada de un camión policial, bastonazos, patadas y golpes si hay oposición al arresto.

En el hirviente camión policial –el “cajón” como se llama popularmente-, los travestis se sofocan y se golpean con los frenazos repetidos y premeditados del vehículo. Después de un largo rato llegan a la Comisaría, donde, si tienen suerte, se llena la boleta de ingreso: se han perdido tres recursos de amparo en favor de los travestis debido a que no quedó registro de su detención.

Una vez en las celdas, si la suerte sigue de su lado pasarán varias horas para luego ser liberados. Si no hay suerte, seguramente serán desnudados y puestos a desfilar ante todo el que esté de turno, bajo amenaza de ser golpeados. Su cuerpo será el blanco principal de burla, un golpe bajo para su autoestima. En todo caso, saldrán al clarear el día, con la noche de trabajo arruinada.

“PRISCILLA” Y PREVENCIÓN

No engañan a nadie

El grupo travesti es uno de los más abiertos como homosexual, con altos índices de socialización. Esto es así porque el amaneramiento y el travestismo hace de ellos los homosexuales más obvios en Costa Rica. Ana Karenina nos cuenta que cuando él no se viste de mujer siempre lo confunden con un hombre homosexual.

“Soy tan maricona, tan quebradita que aunque me vista de hombre y trate de hacerme la machona, a nadie engaño. Un día me fui a comprar unas verduras y me puse toda agresiva, hablando como hombre. Sin embargo, después de hacer las compras el verdulero me dijo: ‘¿Machita, no quiere ver la yuca que tengo aquí para usted?’, dice Ana Karenina.

Kristina experimenta lo mismo. “¿A quién voy a engañar cuando ando pantalones si tengo este par de tetotas?, exclama. Otros pueden ser confundidos pero no con hombres. Ana Luisa nos cuenta que un día se vistió de hombre para ir a la primera comunión de su sobrino. Se sentía todo contento porque creía que había “engañado” a todos los invitados. Tan bien jugó su papel de macho que fue a orinar al baño de varones. Sin embargo, Ana Luisa oyó que comentaban: “¿Quién es esa tortillera que se metió a mirar aquí?”.

Los travestis son reconocidos como homosexuales, estén o no vestidos de mujer. El 73% de los padres de los travestis conoce su orientación sexual, mientras que en el caso de los gays sólo el 24% lo sabe. El 100% de las madres de los travestis lo sabe, en el caso de los gays sólo el 52%. El 95% de los hermanos de los travestis está enterado, pero en el caso de los gays sólo el 44% (ver Cuadro 3) conoce su identidad.

En vista de que los familiares conocen su homosexualidad y de que en su gran mayoría no la aceptan, ellos se ven forzados a vivir solos o con otros travestis. Solo el 14% vive con sus padres. Los travestis constituyen el grupo gay que más vive con amigos, la mayoría homosexuales (Cuadro 3).

Sin embargo, tampoco se quieren

No obstante, los travestis acuden en menor grado a otros travestis en caso de tener problemas. Cuando se les pregunta si buscarían el apoyo de otro travesti, el 45% dijo que no lo haría y sólo el 18% respondió que buscaría siempre ese apoyo. En el caso de los gays, solo el 10% no acudiría nunca donde sus amigos en caso de problemas (ver Cuadro 4).

A pesar de la intensa socialización entre los travestis, aparentemente ellos ven a sus colegas como competencia y rivales en la captación de clientes, lo cual los lleva a desconfiar unos de otros.

Los travestis, por ejemplo, están más de acuerdo que los gays con frases culpabilizantes como que el sida se debe a la promiscuidad (el 41% está muy de acuerdo, mientras en el grupo de gays sólo 14%), que no se puede confiar en la gente homosexual (el 64% está algo o muy de acuerdo, contra 31% en los gays), que el sida es un castigo de Dios (el 50% está muy de acuerdo, contra el 9% de los gays) y que no existen relaciones estables porque la gente homosexual es infiel (el 64% está muy de acuerdo, contra 23% de los gays).

Cuando les preguntamos cómo ven ellos a los otros travestis, las respuestas fueron negativas:

“Aquí todas son terribles, casi ninguna se respeta pero si alguna me quiere gritar algo yo también les contesto”. (Patricia (q.e.p.d).

“Existen muchas intrigas e hipocresía. Si a uno le pasa algo te dicen que ‘pobrecita’, pero es por zalamería. En el ambiente nadie quiere a nadie y antes me hacían maldades, me querían pegar, cosas así, después vi cómo era y ahora ya me defiendo”. (Marlene)

“No hay nada peor que una hijueputa loca de éstas. Las odio a todas y es que son un reguero de desgraciadas y cochinas”. (Marilyn)

Veneno

El “veneno”, o ataques furibundos a la autoestima de la otra persona, es algo típico de la cultura travesti. Como la sociedad enseña a odiar al travesti, éste también aprende a odiar a sus compañeros y a sí mismo. Lucrecia cree que es

imposible unirse para ningún fin porque “las locas se odian todas entre sí; una le roba a la otra, otra le quita el marido, aquella habla mal de ésta, ésta engaña a sutana, ninguna es amiga de nadie”. Rosa ha tratado de organizar a las travestis para ayudarse pero, como nos dice “pronto empieza la envidia, la serruchada de piso, la rencilla, el veneno...”. Adriana cree que el travesti ha aprendido demasiado bien la lección de la sociedad: “somos nuestras peores enemigas y las jueces con menos misericordia”.

Hay muchas evidencias de que este odio se encuentra por doquier. Pepa es conocida como “La Rotweiler” porque dicen que así parece vestida de mujer. Lola tiene como apodo “La Reina Madre” porque es la más vieja. A Anabel se le puso el apodo de “Micky Mouse” por los “ratones” que se le ven en las piernas. A Ester se le dice “La Chupacabras” por su gusto por el sexo oral. Penélope es “La Machetaza” porque es la que cobra menos. Nidia es “Doña ETS” porque la infectaron con sífilis y gonorrea.

Pero las armas preferidas no son sólo los apodos. Los travestis suelen robarse entre ellos mismos, malinformar a sus compañeros, agarrarse a puñetazos o a cuchilla, quitarse los clientes y amantes, denunciarse los unos a los otros y hasta matarse. A Pepa, por ejemplo, le encanta mandar anónimos a la policía en contra de sus compañeras. Mirna le cuenta a Sonia que Lulú le robó 5.000 colones, algo que ella sabe que no es cierto. Antonieta le quebró un diente a Rosita “porque no me devolvió un par de zapatos que le presté”. Miriam le echó ácido en la cara a Flor porque “la comemierda esa se creía que era la más bonita”. Enriqueta dice que no se acerca a la Bíblica porque “como paso por mujer, las travestis caras de burras esas no me lo perdonan”.

Tachira asegura que en la comunidad hay muchos celos e intrigas y que “nos apadrinamos sólo para las broncas”. Corintia coincide con él al decir que las relaciones entre los travestis son malas e incluso llegan a la agresión física. Loría resume amargamente la situación así:

“A la más bonita o a la más inteligente la critican o la marginan porque va a tener mejores clientes y esa competencia implica hasta violencia física: si está muy linda la hacen fea aunque sea con cuchillo. A la más fea la tratan mal”.

Divisiones internas

Hasta hace poco el conflicto se daba a niveles generacionales, ya que los “nuevos” que llegaban a la zona debían pasar por un proceso de prueba para ser aceptados, lo cual incluso implicaba golpes.

En la calle es posible encontrar un amplio abanico de edades; algunos comienzan desde los 16 o 17 años y ya hacia los 40 años “se queman” y ellos lo saben. “Si fuera un cliente no me llevaría a una travesti de 40, acabada y sin lozanía, habiendo chiquillas con más virilidad y potencia”, dice Valentina.

A los 27 años, este travesti dice conservarse bien pero asegura que Costa Rica es un mercado pequeño, con poca demanda. “Aquí es un pueblito, hay 20 travestis en la calle por cada cinco viejos cara de barro”.

Una noche, un grupo de travestis de la zona de la Clínica Bíblica llegó a agredir a otros más jóvenes que se reunían en otro lugar. La razón: los más “viejos” dicen que las travestis “jovencillas” se acuestan por precios de hambre y que les hacen una competencia desleal. “Ese reguero de hijueputas de locas jóvenes muertas de hambre maman hasta por 300 pesos, si quieren seguir vivas, que se pierdan de aquí”, les amenazaron con una cuchilla. En otras ocasiones, la discriminación se canaliza contra los travestis extranjeros.

Actualmente las cosas han mejorado y los conflictos generacionales son mínimos. Los que se incorporan a la calle se aproximan tímidamente hasta que son aceptados por el grupo. “La calle es escuela de la vida; cuando llega una nueva nosotras le damos escuela para que se defienda. Muchas son muy inocentes y tienen que aprender que no todo es color de rosa”, sentencia Tachira.

Pero cuando bajan las tensiones de edad aumentan las de nacionalidad. “El problema de las ticas es la competencia de centroamericanas y dominicanas, que vienen a putear a Costa Rica. Es lo único que nos faltaba, tener un montón de refugiadas nicas y panameñas que vengan a quitarnos el pan y los hombres. El gobierno debería prohibir la entrada de tanta puta extranjera”, nos dice indignada Azulita.

Si no es la competencia generacional o foránea, es la geográfica la que enciende la mecha. “Las de la Clínica Bíblica somos la ‘high class’ de las travestis”, asegura Leticia, “aquí no nos gusta que se vengan a meter las

pedrónamas del Líbano, que asustan de feas y sucias. Si esos cadáveres se paran por aquí, ¿quién nos va a volver a ver a nosotras?”.

Finalmente, existe poca solidaridad por parte de las prostitutas mujeres. Serios pleitos se han presentado entre travestis y trabajadoras del sexo. Los travestis consideran que las mujeres deben dejarlos tranquilos en las calles que han asumido como propias, “ya que las mujeres tienen todo San José”, como dice Penélope, “nada tienen que venir a hacer”. Las trabajadoras del sexo, por su parte, resienten la competencia de hombres que suelen tener mejores cuerpos que ellas mismas.

Pero si el odio es común entre travestis, peor es el que sienten muchos de ellos contra los gays y las lesbianas. Algunos no perdonan que los gays sean masculinos. Asumen que todo homosexual es en potencia un travesti y que los gays no quieren admitirlo.

“¿Cómo crees que a uno no le va a dar cólera que no nos dejen entrar en ese bar de playos si el dueño es una loca de mierda, que se viste de mujer y que se hace la macha ahora”, se queja Luci.

Los gays sienten deseo por el mismo sexo, pero la mayoría no quiere convertirse o verse como una mujer. De ahí que piensen que los travestis no tienen cabida en su cultura. “No dejen entrar a travestis”, nos explica el dueño del bar gay, “porque son una chusma terrible, adictos a la coca, maleantes, borrachos y, además, prostitutas y ladrones. Mis clientes gustan de lo masculino y no de esas cosas horribles vestidas de mujer que parecen salidas de una película de los Monsters”.

Amantes no ayudan

La actitud negativa de sus amantes posiblemente influya en cercenar aún más las relaciones entre los travestis. El hecho de que los amantes no sean percibidos por los travestis como homosexuales sino como heterosexuales, hace que esta fuente de apoyo no sea catalogada como gay. Otra razón es que los **travestis** prefieren no socializar con otros que no sean su pareja.

Como veremos más adelante, los amantes de los travestis conforman un grupo específico de hombres. Muchos de ellos han sido amantes de otros travestis, por lo cual existe una historia de parejas formadas en un pequeño círculo, el cual estimula la competencia. Los celos se canalizan no hacia los clientes sino hacia los "cacheros" y los travestis mismos. En otras palabras, los compañeros de los

travestis no celan a los clientes sino a otros compañeros de los travestis, y estos últimos temen que otro travesti sea el que les quite a su pareja.

José, el compañero de Leticia, dice que él se mantiene aislado de otros travestis porque “hay intriga entre ellos, la mayoría son gente dedicada a los chismes y los cuentos, tratan de separar a las parejas que viven bien, me dan ganas de buscarlos y pegarles”.

Luis dice que prefiere no ir a la zona de la Bíblica porque Silvia, su compañero, lo cela con los otros travestis, “que me miran”. Delio, compañero de Cintia, dice que a éste no le gusta “que le hable a otros travestis” y a él que “ella le hable a otros cacheros”. Moisés dice que Miriam lo cela porque “soy muy perro con los otros travestis”.

Homofobia y sida

Estos celos y la desconfianza en el grupo **que más socializa entre sí ¿?** deben analizarse dentro del concepto de homofobia interiorizada, el cual surge como un factor importante a la hora de explicar la incapacidad de protegerse del virus del sida. Aparentemente, las personas que menos aceptan su identidad como homosexuales tienden a no identificarse como grupo de riesgo, se aíslan de otros homosexuales que les podrían dar apoyo y entrenamiento en el sexo seguro o buscan castigos inconscientes por su identidad sexual.

¿Para Miami?

“No empujen, señoritas, para todas hay campo en LACSA, la aerolínea costarricense. Recuerden que nos encanta la gente y más si son jóvenes hermosas”, dice un muchacho vestido de aeromozo. “Enseñen sus pasaportes y su visa para los Estados Unidos”, agrega. La fila es larga y las muchachas están impacientes. “¿Solo llevás la cartera de equipaje?”, pregunta Sonia a Lulú. “Pues es que voy de compras a Dadeland y no quiero, por traer mucha ropa, que me decomisen la valija”, responde la otra. Detrás de ambas, Enriqueta y Ágata sostienen una discusión que logramos oír completa:

- *¿Dónde pensás quedarte en Miami?*
- Pues seguro en el Hilton porque odio tener que quedarme en hoteles de tercera.
- ¿Y vos?
- *En el Marriot, donde tengo un departamento. ¿Vas a asolearte?*
- Vos sabés muy bien que voy sólo de “shopping” porque el sol te arruga la piel.
- *Pues yo creía que no te asoleabas por la celulitis que tenés en el trasero.*
- ¿Celulitis yo? ¡Jamás! Mi trasero es tan firme como la roca.
- *Pues será la roca lunar, llena de huecos.*
- Si mi trasero es una roca lunar, el tuyo es un agujero negro espacial.

Las jóvenes que fingen que van para Miami no se montan en un avión de LACSA, más bien se suben a un bus viejo y medio destartado que se conoce como “Priscilla”. El nombre se le puso en recordatorio de la película del mismo nombre que trata sobre unos travestis australianos en viaje por su país. Pero este bus funciona como “avión” y el viaje consiste en un paseo por las afueras de San José. Los pasajeros no son otros que los travestis y el aeromozo y el chofer son funcionarios del ILPES. “Priscilla” es un novedoso proyecto de prevención de sida para esta población.

“Muchachas, póngansen los cinturones que vamos a despegar”, les dice el coordinador. “Ahora, les voy a dar las instrucciones:

“Este viaje es totalmente seguro y necesitamos tener puesto el condón. Como viajaremos a la altura de muchos pájaros, puede que haya turbulencia. Debemos estar siempre listas a ponernos el hule. Muchos pasajeros han muerto porque un socollón los sorprendió sin usar este dispositivo. Como vamos a volar sobre el agua, no se olviden de inflar sus chalecos salvavidas. Se meten en la boca el pito y empiezan a echar aire, no se hagan las majes, porque ustedes son expertas”.

¿Por qué el simulacro de un avión para enseñar la prevención contra el sida?, le preguntamos al coordinador del proyecto, Herman Loría. “Porque es una forma divertida, fantasiosa y cómoda para llegarle a un grupo que trabaja en la calle y que no frecuenta otros lugares de reunión. Además, los travestis tienen muchos problemas para movilizarse y el bus los lleva a pasear, a respirar aire puro”, nos explica.

“El proyecto utiliza la fantasía del travesti y hace que se diviertan en una especie de ‘show’ en el que el mensaje de la prevención está siempre presente”, continúa. No sólo hablamos de la necesidad de usar el condón sino que también tratamos de lograr que busquen ayuda para su adicción a las drogas. Los travestis, además, están sujetos a los caprichos de los clientes y los amantes, por lo cual tratamos de convencerlos de que se organicen en un sindicato. De esta manera,

todas pueden ponerse de acuerdo en precios y en no hacer concesiones sobre el condón. Queremos también que formen microempresas, como la de venta de shows para lugares finos. Así tendrían otros trabajos fuera del comercio sexual”, añade.

Mientras Loría nos informa sobre el proyecto, los travestis se divierten a lo lindo. “Mayela, ¿puedes pedirle al aeromozo que me preste su pluma para llenar el formulario de migración?”, le dice Julia a Tomasa. “En este momento la tengo en la boca, ¿no te dás cuenta?”, responde la otra.

El ILPES se las ingenió para establecer un proyecto que utilizara el humor y el sarcasmo del travesti para realizar la labor educativa, que contrarrestara la desconfianza y la rivalidad existente entre ellos. Uno de sus objetivos es abrir nuevos espacios. Una alternativa es fomentar que los travestis desempeñen otros oficios. Ésto no ha sido fácil por los problemas ya descritos.

Sin embargo, existen islas de solidaridad en las lagunas de la homofobia. Un factor que une a travestis, trabajadoras del sexo, gays, lesbianas, clientes, patronos y otras minorías es la discriminación policial. El hecho de que la policía abuse, reprima, persiga y acose a todos estos grupos es la chispa que enciende cualquier conflicto y que establece un vínculo en común.

Otro son las organizaciones de apoyo mutuo que se han establecido. El ILPES ha abierto programas y los participantes aprenden sobre cómo el odio entre ellos es ganancia para sus enemigos comunes. Las victorias judiciales en contra de las redadas arbitrarias y el acoso policial han servido y protegido a todos por igual.

La organización de grupos antitravestis, como la de vecinos de la Clínica Bíblica, es otro elemento que influye en que ellos tengan buenas razones para unirse. Esta asociación vecinal es la primera en el país que se crea para revertir las victorias de los travestis en las cortes. Su intención inicial es sacarlos de la zona de la Clínica Bíblica, pero de no lograrlo los vecinos buscarán otros medios para reprimirlos.

Otros grupos conservadores podrían aprender de este movimiento antitravesti a frenar el avance de los derechos gays, como ha ocurrido en los Estados Unidos.

CUADRO 3
PERSONAS CON LAS QUE CONVIVE LA MAYORÍA DEL TIEMPO Y OCASIONALMENTE
(en porcentajes)

Variables	Gays	Travestis Trabajadores del sexo
(N)	(162)	(22)
Total	100	100
¿Con quién vive la mayoría del tiempo?		
Solo	17.3	31.8
Padres o parientes	54.9	13.6
Esposa-pareja femenina	---	---
Pareja masculina	11.1	9.1
Amigos	13.6	45.5
Otros	3.1	---
Personas con las que vive ocasionalmente		
Solo	4.9	---
Padres o parientes	10.5	4.5
Esposa-pareja femenina	---	---
Pareja masculina	8.0	---
Amigos	13.6	40.9
No vive con otros	61.7	54.5
Otros	1.2	---

Fuente: Jacobo Schifter y Johnny Madrigal, **Hombres que aman hombres**, San José, ILEP-SIDA, 1992.

CUADRO 4
FUENTES GENERALES DE APOYO, AYUDA O CONSEJO
(en porcentajes)

Variables	Gays	Travestis Trabajadores del sexo
(N)	(162)	(22)
Total	100	100
Amigos		
Siempre	29.0	18.2
Muchas veces	20.4	4.5
A veces	31.5	22.7
Rara vez	8.6	9.1
Nunca	10.5	45.5
Organizaciones Gays		
Siempre	1.9	0.0
Muchas veces	1.2	4.5
A veces	5.6	4.5
Rara vez	8.0	9.1
Nunca	79.6	81.8
NS/NR	3.7	0.0
Organizaciones no Gays		
Siempre	1.2	4.5
Muchas veces	0.6	0.0
A veces	4.3	0.0
Rara vez	9.3	4.5
Nunca	80.9	90.9
NS/NR	3.7	0.0

Fuente: Jacobo Schifter y Johnny Madrigal, **Hombres que aman hombres**, San José, ILEP-SIDA, 1992.

LA PROSTITUCIÓN COMO NEGOCIO

Las pobres del Líbano

En la época del Cine Líbano, los travestis pertenecían a un sector marginal de la sociedad costarricense. Su extracción era de clase baja urbana o rural y la mayoría había padecido grandes necesidades económicas. Existían pocos casos de personas con niveles económicos altos. Éstos últimos eran las aparentes excepciones.

Karina perdió a su madre desde muy joven y fue criado como niño arrimado a una familia adinerada de Alajuela:

"Me vine porque mamá murió cuando tenía ocho años y sufría muchas necesidades con mis hermanos. Vine a dar a Naranjo con una gente de plata, los (...), y después me conocieron los (...) en Sarchí y ahí me crié hasta los 14 años..., sufrí mucho en mi infancia. Todos ellos abusaban de mí. Por unos frijoles querían usarme todo el día. Entonces fue cuando decidí que era mejor vender el cuerpo pero por algo más que frijoles y techo".

Gina es un individuo de extracción muy humilde que trabajaba en una fábrica, pero el dinero que ganaba no era suficiente para mantenerse, por eso debió buscar una mejor alternativa:

"Tengo 30 años, vivo en Limón. Antes de llegar aquí al lugar, trabajé en una fábrica hasta cumplir los 18 años; después me dediqué a la prostitución...En la fábrica laboraba como una esclava, con apenas media hora al día para almorzar. Nos pagaban una mierda a mí y a mis compañeras. Además, una tenía que sometérsele a los capataces. Varias de mis amigas, con tal de no perder el trabajo, tenían que meterse con ellos. Uno de ellos era famoso porque se había volado casi a una docena de trabajadoras. Cuando se dio cuenta que era un travesti, me mandó a llamar a su oficina y me exigió que me desvistiera para ver si era verdad. Le dije que fuera a eschingar a su propia madre y renuncié".

Para Antonieta, la prostitución era una necesidad ya que el corte de pelo (la otra profesión en la cual los hombres afeminados son tolerados en el país) no le dejaba lo suficiente para vivir:

"No me gusta la prostitución, lo hago para vivir. Me gusta ser travesti y me gustaría trabajar..., lo que más me gusta es la relación con la gente. Sería feliz de presentadora de noticias. Admiro mucho a las periodistas que dan las noticias. Me imagino algún día sentada a la par de una Amelia Rueda (destacada periodista de radio y televisión) dando el pronóstico del tiempo: 'El día está muy templado por la mañana, mejor quédese en la cama. En la noche, la retaguardia estará muy caliente. Les recomiendo que la enfríen con una vergapirina'. Sería fabulosa, mágica, ingeniosa, pero ¿quién le va a dar trabajo a una pobre travesti?".

Discriminación en el trabajo

Parte del fenómeno de la prostitución y el travestismo es que, en una sociedad como la costarricense, aquellos individuos que sienten necesidad de vestirse de mujer únicamente tienen una manera de hacerlo y es mediante la prostitución. En otras palabras, no han existido, **y aún son escasas**, alternativas para que estos individuos puedan trabajar vestidos de mujer. La asociación entre ambas profesiones se hace así inevitable. Si un travesti, por ejemplo, pudiera trabajar en una tienda o empresa vestido de mujer, recurriría menos a la prostitución. Lulú pudo por un tiempo engañar a su jefe y laborar como secretaria:

“Me sentí feliz porque era la primera vez que tenía un trabajo distinto, honrado. El patrón no sabía que era un hombre. Al principio me costaba un poco escribir a máquina pero después lo aprendí ya que lo que había que hacer era llenar solicitudes. El problema empezó con los clientes. Siempre me invitaban a salir y a tomar un trago. Me negaba para que nadie supiera que era hombre. Un día uno de los choferes de la empresa me empezó a seguir cuando salía del trabajo. Se me apareció en la casa y me dijo que sabía que era un travesti y que quería tener algo conmigo. Le dije que era una secretaria y que por favor no me buscara en la casa. ‘Secretaria, secretaria, la que mama, coge y no habla’, se burló de mí con esta canción. Le dije que me dejara en paz y se fue por ese día. Pero al siguiente, ya le había contado a mi patrón y me tenían la carta de despido. Pues ni modo, ¡a putear de nuevo!”.

Así opinó July cuando se le preguntó por qué creía que era un travesti trabajador del sexo:

“Creo que soy travesti porque así soy desde niño. Venía con inclinaciones más de niña que de niño, ya en mi destino venía ser así; cada una de nosotras tenemos nuestro mundo. Si pudiera ser una estrella de Hollywood, preferiría eso que andar mamando hombres, de seguro. Pero, ¿quién me va a dar trabajo? Creo que sería una muy buena anfitriona de hotel. Un día fui al Sheraton a buscar trabajo como directora de eventos especiales. Cuando me presenté, bien vestidita y recatada, me preguntaron que si era un travesti, así de buenas a primeras. ‘¿Por qué, se me nota?’, pregunté. ‘No mijita, no se le nota nada. Lo único es que se le ven los huevos por su faldita’, me respondió el tipo odioso ese. Me hicieron echada como una perra”.

Para Elvetia, dejar la profesión resultaría ser más difícil de lo que creyó:

“Empecé hace seis años en la prostitución; tengo 30 años. Mis amigas me dijeron una vez que me vistiera de mujer; lo hice y me fui a bailar y de ahí me seguí vistiendo así. Los primeros años varios hombres creían que era una mujer; para que me creyeran tenía que enseñarles mis genitales. Creo que soy travesti porque cuando me empecé a vestir, me sentí distinto y me sentí mujer, pero ahora me estoy agüevando. Estoy harto de putear, quiero vestirme de hombre para conseguir trabajo. Sin embargo, no puedo hacer los trabajos de varones. Lo

único que me ofrecen es un oficio de construcción o de jardinería. ¿Te imaginás a esta pobre loca jalando sacos de cemento? Una vez traté de hacerlo y cuando me presenté donde el capataz, me dijo que lo esperara chinga en su oficina. ‘¿Pero no comprende que vengo a trabajar?’, le dije furiosa. ‘Pues mijita, con esa pinta de loca que tiene, usted sólo sirve para que le rellenen su tunelcito’, me dijo el desgraciado”.

Pandora también creía que la prostitución la ejerce porque es algo que deseaba hacer desde niño, como si vestirse de mujer implicara prostituirse. La historia de Leticia no difiere de las demás, su iniciación se dio cuando disfrutó vestirse de mujer:

“Empecé en la prostitución hace ocho años, tengo 32. Me inicié por medio de una amistad que tenía, Ana Yanci, por mero vacilón. Me gusta ésto y me divierto. Gano más o menos, me mantengo. Antes trabajaba en una fábrica maquilando talladores. Sin embargo, siempre me molestaba el jefe, un chino que era terrible. ‘Vení a mi oficina’, me decía, ‘tenel algo pala usted’. Como era tonta le creí y me fui a ver qué era la cosa. Pues el chinito se me deschingó y dijo ‘Mamal todo lo que quiela, te legalalé tles talladoles’. ‘¡Ah grandísimo desglaciado’, le dije, ‘vaya a vel que mula lo mama!’ y me fui furiosa. Al otro día, la pobre puta ésta quedaba ‘sin tlabajo (sic)’”.

La excepción que confirmaba la regla es Karina, que era un travesti tan femenino que pasaba fácilmente por mujer y de ahí que no debiera ejercer la prostitución. Los hombres no se daban cuenta de que era un varón y así la presión por prostituirse aminoraba y él podía emplearse en otros oficios.

Plata no alcanzaba

Los travestis tenían niveles de educación bajos. Un tercio de ellos (36%) apenas había concluido los estudios primarios. Su promedio de escolaridad era de 7.4 años. Casi ninguno de ellos había aprendido un oficio que no fuera el corte de pelo y eso hace que no pudieran obtener otros tipos de trabajo.

Los travestis trabajadores del sexo tenían ingresos que, a simple vista, parecieran ubicarlos en un sector de clase media baja. En 1990, el 59% de ellos reportaba recibir entre 15.000 y 35.000 colones mensuales, el 27% recibía menos de 15.000 colones, mientras el 14% tenía ingresos superiores a 35.000 colones (el salario de un trabajador de clase media baja en ese mismo año).

El hecho de que un tercio de ellos ganara menos de 15.000 colones mensuales indica que, como tenían que compartir los gastos de habitación, alimentación y vestido y, además, como señalan algunos, ayudar a sus familias, era imposible vivir con estos ingresos más allá de la mera subsistencia.

¿Qué es pertenecer a un sector marginal? Cuando le hicimos esta pregunta a Karla, replicó que es “tener sed, mirar una Coca Cola bien fría y no poder tomarla”. Los travestis de la zona del Líbano debían contentarse con mirar la clase media sin poder alcanzarla.

“Ser pobre es estar obsesionada todo el día por el dinero. Éste es otra droga para uno. ¿Cómo lo conseguiré, cómo lo usaré, cómo lo mantendré?”, nos cuenta Luisa. Otros lo ven como tener pasaporte de otra Costa Rica, vivir ilegales en su propia patria, ser como “los indios del siglo XX, de quienes se espera que desaparezcan un día”, según Cleopatra.

Los travestis tenían acceso a observar la riqueza, a sentarse en el televisor frente al programa de alguna de las tías que cocinan rico y recomiendan comprar todo fresco.

“Fijáte que sufro cuando la Arlene (un programa de cocina por televisión) se queja de que los camarones están por las nubes. Un día nos dijo molesta que estaban tan caros que solo íbamos a utilizar un cuarto de quilo en la receta”, cuenta Chepa, la cocinera. “¿Y qué hiciste?”, preguntamos con curiosidad. “Pues como no tengo ni mierda de plata para comprar un camarón, opté por reducir los chiles dulces que uso en vez de ellos”, nos confesó. Penélope, por su parte, mira alélada las ventanas de las tiendas de lujo en San José. “Entré nada menos que al Palacio de Modas (exclusiva tienda de ropa) y le pregunté al vendedor que cuánto valía esa faja divina de cocodrilo salvaje. Cuando me dijo que 10.000 colones le repliqué: ‘Salvaje es el precio que usted cobra, ¿no ve que tendría que echarme como diez viejos para pagarla?’”.

AnaYanci sufría su pobreza en la pulpería. “Fui de compras con lo que me gané con el borracho”, nos cuenta con tristeza, “pero cuando voy a pagar no me alcanzó el dinero para pagar los frijoles y la mantequilla. ‘¿No me fía hoy?’, le preguntó al dueño. ‘Claro que sí muchacha, ábrase de piernas para firmarle con este bolígrafo su valecito’”.

Los clientes, por su parte, tampoco querían pagar lo justo:

- *Mamita divina, ¿cuánto me cobra por llevarme al Cielo?*
- ¡Ay mi amor!, no me vengás con tanto romance, para ir al Cielo se puede llegar de muchas formas. Necesito que me digás en qué clase querés viajar porque esta aerolínea es muy cara.
- **Lo único que he viajado es en bus, rica, ¿qué sos vos, LACSA o una sádica?**
- Soy una sádica pero doy servicio de primera. El precio por el viajecito a Miami es de dos mil colones, con derecho a ir bien montado en primera fila y ser atendido por mí, que me encanta la gente.
- *¡Qué estafadora, ni que éste fuera el primer viaje! Estoy seguro que ese*

- motorcito está bien abierto y chimado.*
- ¡Bueno, basta ya! Usted tampoco tiene cara de virgen, cobro dos mil con todo, ¿lo toma o lo deja?.
 - *No, mamita, vea, le doy mil pero usted solo se prende a mi freno de mano, ¿entiende? No quiero montarme ni nada.*
 - Está bien, como estamos fuera de temporada y tengo algunos espacios vacíos, te hago la rebaja, pero sólo por hoy...
 - *Sí mamacita, está bien, ¿pero que otros espacios vacíos tenés fuera de la falta de dientes?*

El aumento del dinero

Pero las cosas cambiarían para algunos en el primer lustro de los años noventa. La lenta evolución hacia la prostitución callejera, no vinculada con los “bunkers”, depararía mejores ingresos. En la calle, los travestis empezaban a relacionarse con una clientela media y alta, capaz de pagar un precio mayor por el contacto sexual.

“Te voy a explicar por qué subieron los precios. En realidad, es muy sencillo y se debe al proceso de globalización”, nos dice Tirana. “Los travestis nos pusimos de moda después de que Hollywood descubrió nuestros ‘globos’ e hizo películas sobre nuestras vidas. Entonces, vimos que más clientes ricos querían meterse con una”.

Troyana sólo sale a “pulsearla” dos veces por semana, pero su mejor día es el viernes, aunque reconoce que en la zona lo mejor es trabajar los días 15 y 30 de cada mes, los días de pago. Ella tiene de cuatro a cinco clientes en cualquier viernes y suele ser directa con ellos: “les pregunto si quiere mamarme o que lo mame, que me penetre o penetrarlo, o si quiere servicio completo”.

El cobro lo realiza de acuerdo al auto del cliente. Para uno fino son de ¢5.000 a ¢8.000* por sexo completo y ¢1.500 a ¢2.500 por sexo oral; un carro menos fino recibe ¢3.000 a ¢4.000 por servicio completo, y de ¢1.000 a ¢1.500 por sexo oral; cualquier otra cosa se paga adicional, como maquillar al cliente o prestarle su ropa, algo que parece ser común en estos casos. Usualmente dedica una hora u hora y media a cada uno y cobra ¢2.500 por cada media hora adicional.

* En 1997 un dólar equivalía a unos 245 colones.

Como a todos los travestis, a Troyana le cuesta calcular sus ingresos, pero dice obtener de ¢40.000 a ¢50.000 mensuales.

Miriam es reconocida por muchos de sus compañeros como uno de los pocos travestis que tiene una marcada tendencia al ahorro, costumbre difícil de encontrar en el mundo de la prostitución homosexual.

Como con otros hombres dedicados a la prostitución ⁵, la entrada y salida de dinero de los travestis es prácticamente inmediata y casi sólo tienen conciencia del ingreso diario. Existe en ellos la idea de que el dinero ganado en la prostitución es malhabido y debe gastarse rápido para aminorar la culpa por la forma en que se obtuvo. Como se ha señalado, el dinero se gasta primordialmente en lujos o excesos y es raro el ahorro.

No es ese el caso de Miriam, quien tiene un marcado concepto de la ganancia y el ahorro, quizás porque, como él dice, “amo el dinero. Si me dicen que en un barranco hay cinco mil colones veo la forma de bajar y agarrarlos”. Sea como sea, sale casi todas las noches a “putear” y en promedio tiene unos cinco clientes, “aunque otras veces he salido y ni una peseta, ni hola me dicen”. En un mes malo puede hacer de ¢95.000 a ¢100.000, aunque asegura que su promedio es de ¢150.000 mensuales, de los cuales mete al banco entre ¢70.000 a ¢80.000.

Miriam dedica unas dos horas por cliente y cobra la tarifa básica de ¢5.000, en tanto puede negociar de ¢2.500 a ¢3.000 por sexo oral. Igual que los otros, los clientes deben pagar por cualquier gusto adicional.

Colirio coincide en el promedio de cinco clientes por noche y, como Troyana, negocia sus tarifas de acuerdo al auto del cliente: “si veo un Mercedes le cobro más, pero si viene más humilde puedo negociar, si me trata bien”.

Ella cobra de ¢6.000 a ¢7.000 por sexo completo y de ¢2.500 a ¢3.000 por sexo oral. “No, no saco cuentas de cuánto hago, un buen día es el de ¢10.000, uno super bueno es el de ¢20.000”, afirma.

Elena es más explícita en cuanto a tarifas y servicios. Su promedio son tres a cuatro clientes por noche, a los cuales dedica de media a una hora. Su tarifa por sexo con penetración es de ¢5.000 y de ¢1.500 a ¢3.000 por el sexo oral, que en su opinión es el servicio que se brinda con más frecuencia.

⁵ Schifter, Jacobo. “La casa de Lila. Un estudio sobre la prostitución masculina”. San José, Editorial ILPES, 1997.

Además, ella ha participado en “shows” sexuales que involucran a dos travestis, o un travesti y una “zorra” (prostituto homosexual que viste como hombre y se prostituye en parques), incluso para parejas de clientes. Por ésto puede cobrar de ¢15.000 a ¢20.000. Cualquier acto adicional se cobra por aparte.

Elena ha tenido clientes que le han pagado de ¢10.000 a ¢20.000 en una noche y, aunque dice que es difícil que aparezca uno que pague ¢30.000, asegura que en cierta ocasión uno le dio ¢85.000 de una sola vez.

Varias de las personas entrevistadas coincidieron en que en el mundo travesti se exagera mucho la cuestión de las ganancias, para tratar de ganar imagen. Versiones que han circulado en medios de comunicación y que atribuyen ganancias de hasta ¢350.000 a ¢400.000 mensuales fueron categóricamente desmentidas por travestis como Miriam, uno de los que mejor se cotizan.

Hacer “cuechas”

En este mundo de negocios la competencia tiene características específicas. Los travestis coinciden en que la peor competencia la hacen los que rebajan sus tarifas hasta límites intolerables. “En las diez cuadras en que estamos encuentra de todo, buenos cuerpos, buen maquillaje, miradas exóticas, buenas pelucas, fachas. El travesti que cobra barato es el que nos hace perder clientes”, afirma Elena.

Hacer “cuechas” es el término que usan para referirse a este tipo de competencia. Una “cuecha” es una tarifa rebajada por el mismo servicio: ¢1.500 o ¢2.000 por sexo completo (el precio usual es ¢5.000) o ¢500 por sexo oral.

Los que hacen eso merecen, usualmente, el desprecio de sus compañeros. “La picha no tiene ojos”, dice Miriam. “Les cobro ¢5.000 a los clientes pero se llevan a una de ¢500..., esos sólo quieren descargar sus aberraciones, no son nada selectivos. No creo que eso sea competencia, es cuestión de saber qué se ofrece y tener suerte”.

Por la misma senda va Elena. “Siempre hay alguien que cobra más barato y esa es la peor competencia. Tuve un cliente fijo que me lo quitó una que le bajó la tarifa..., a mí no me molesta, porque no fue a mí a quien quemó”.

Aunque en las calles es evidente el esfuerzo por atraer al cliente, cada travesti tiene su estrategia. Colirio afirma que no compite con nadie, “sólo con el cliente”. “No creo en bellezas, creo en la suerte. Si la tienes te lleva cualquiera, por más fea que seas. En todo caso, hay cosas que otras tienen y yo no y hay cosas que tengo y ellas no”.

“En la calle no vale belleza, cuerpo, mirada o pelo. Nada cuenta, excepto cobrar. Si no le robo a mis clientes, ellos vuelven”, dice Elena.

Para Troyana, la clave está en “verse femenina, hablar femenina, verse aseada y decente”. Hay que saber adaptar el comportamiento y el discurso al cliente, porque no es lo mismo “estar con un abogado que con un mecánico”.

Miriam apuesta por el “caché”, el refinamiento, convencido de que la imagen que el travesti proyecta atrae a los clientes:

“A mí no se me acercan pachucos porque la imagen que brindo atrae más a clientes cultos. El pachuco se lleva a la que anda el cepillito en la mano y mascando chicle, porque se identifica con ella. El cliente fino que viene a mí me reconoce el perfume, la ropa”.

Marilyn nos dice que puede cobrar fácilmente de 10.000 a 20.000 colones por un ligue sexual. “Prefiero dólares porque el colón está muy devaluado y hasta cheques de viajero acepto. Aún no he incluido las tarjetas de crédito porque soy muy anarquista y no quiero pagar impuestos”, nos confiesa. Elvetia ha cobrado \$150 o \$200 por noche: “te digo el precio en dólares porque no tengo tiempo de estar con la calculadora para ver cuánto se devaluó el colón”.

Más plata por más belleza

Mabé opina que “ahora una puede vivir mejor por medio de la prostitución”. Según ella, “los clientes pagan más pero quieren a mujeres más bellas. Ya no aceptan a las locas horribles del Cine Líbano. Ahora exigen travestis que parezcan estrellas de cine”.

Que el dinero ha aumentado en la comunidad travesti se hace evidente. En lugar de vestidos, pelucas y maquillajes baratos, los travestis se visten con ropa importada de Estados Unidos, pelucas de pelo real, maquillajes profesionales y perfumes finos. Pili ha podido darse el lujo de hacerse una cirugía plástica para implantarse senos de silicón. “Estas tetas me han costado una fortuna. Antes me

inyectaba hormonas pero decidí hacerme la plástica”. Corella se ha depilado, arreglado su nariz y enblanquecido sus dientes, mientras que Marlene se hizo la liposucción para mejorar su cintura.

El embellecimiento de los travestis se hace posible por el mayor apetito de los clientes ricos por “mujeres” fabulosas. Lulú nos cuenta que los clientes quieren mujeres hermosas, iguales a las del cine. “Sin embargo, las mujeres costarricenses son pequeñas y con mucha cadera. Sólo un hombre delgado y alto puede darles un cuerpo fenomenal”.

Cuando observamos a Sharon vemos a una mujer muy alta, con un cuerpo ideal para la “pasarela”. “Mirá, la verdad es que ninguna puta de clase media puede verse tan glamorosa como yo. A mí me vuelven a ver los hombres, les gusten o no los travestis”, nos dice orgullosa. La competencia de las mujeres trabajadoras del sexo es “muy poca”, según Angelita. “Las prostitutas están muy avejentadas, con hijos, se ven baratas, gordas”, agrega.

Pero los travestis no sólo compiten con las mujeres por sus estaturas y figuras más esbeltas sino también por ser hombres, aunque ésto suene paradójico. Como varones, los travestis conocen mejor y saben más sobre los cuerpos y deseos de otros hombres. Penélope considera que sabe lo que el macho “desea” y “cómo un hombre siente con diferentes toques”. El travesti cree que una prostituta mujer no sabe cómo masturbar, hacer sexo oral y hasta penetrar a un macho. Tampoco sabe “cómo al varón le gusta que le hablen, le respondan y le actúen en la cama”. “A mí un macho no me tiene que decir qué es lo que le gusta que le hagan”, dice Lola, “porque tengo un cuerpo igual al de él, sé cómo volverlo loco”.

El travesti no sólo vende un acto sexual sino un “show” para los clientes. Algunas, antes de las relaciones, modelan, cantan y actúan. Conocedoras de los secretos de los varones, pueden explotarlos para ganar miles de colones. Eva cobra hasta 10.000 colones por hacer el papel de una niña que va a ser violada por su patrono. El cliente paga por algo más que un acto sexual: su fantasía más secreta. Esther hace el papel de Marilyn Monroe y hasta tiene un vestido parecido al famoso de la falda al viento. Kristina canta en mímica como Gloria Estefan y cobra 13.000 por el show. A Fresa le gusta hacer el papel de monja y hasta tiene un traje y un rosario para hacerlo más real.

A pesar de esta aparente “bonanza” económica, pocos travestis pueden surgir en esta profesión.

Como veremos más adelante, la adicción a las drogas les roba gran parte de las ganancias, lo mismo hacen sus amantes y los policías. Como la prostitución dura lo que una mañana de primavera, la edad las saca del negocio antes de que hayan aprendido a ahorrar un centavo. Muchas, después de haber tenido fama y dinero, terminan muriendo de sida en el mismo lugar de donde salieron hace diez años: los tenebrosos “bunkers” cerca del Líbano.

DROGAS

El hecho de que los travestis consuman drogas no debiera sorprendernos. Si nos pusiéramos en su lugar y recibiéramos el 10% de las burlas, agresiones, atropellos e insultos que ellos reciben a diario, también recurriríamos a ellas para anestesiar el dolor de ser la “mona” del circo costarricense.

- *¿Por qué consumís drogas, Pepa?*
- Cuando me paro en una esquina sola para ver qué pesco y no sé que pasará, si amaneceré muerta, degollada o violada, siento una gran ansiedad. Pasan los vehículos y una no sabe si la van a untar de caca o invitarla a un baile. Una vive el cuento de Cenicienta pero al revés. No sabés si terminarás casada con el príncipe azul o con el zapato atragantado. De ahí que me sea necesario estar “moteada”. Cuando estoy totalmente encubrada, cuando me gritan improperios, oigo alabanzas: “Putá de mierda” me suena a “Piedrita de mármol”, “Sodoma perra” es “Sabrosa pera”, “Hereje del Diablo” es “Hermosa Dulcinea”, en fin, me vale verga lo que me gritan. Si me tiran una piedra, la miro como una rosa roja. Una cuecha es una bendición con agua bendita, un huevo podrido es un ramo de girasoles. Si me meten en la cárcel, estoy vacacionando en el Caribe. Una violación, un entrenamiento de aeróbicos.
- *¿Te ayuda la droga a no ver la homofobia?*
- No es que no la veo, es que me importa menos. ¿Crees que una no sabe lo que se burlan por verte vestida de mujer? Es muy difícil salir así a la calle. Hay que tener muchos huevos para hacerlo. Para poder subsistir ante el atropello, una tiene que encumbrarse. Si no lo hacés, sientes la mierda en todo tu cuerpo.
- *¿Quién es responsable, entonces, de que ustedes consuman drogas?*
- No te voy a decir que la culpa es totalmente de los demás. Pero gran parte se debe a lo difícil que nos hacen la vida. No nos dejan en paz. ¿Qué diablo estamos haciendo para que tengamos que recibir tanto golpe? ¿Por qué ninguna organización de derechos humanos alza la voz por el tratamiento que recibimos?.

Pepa no está sola en el consumo de drogas:

“En vicios como el cigarro se me van a diario unos 150 colones y en tomar 800 a 1.000; en coca 5.000 o 10.000 colones”. (Karina)

“En fumar se me va diario 150 colones y en tomar de 800 a 1.000, en coca 4.000 a 8.000 colones. Con la cocaína gasto 8.000 o 10.000 colones por mes. Cuando tengo drogas las comparto con mis compañeras de trabajo. Mis clientes regularmente las ofrecen, aparte del dinero que me pagan”. (Leticia)

“Me gusta la marihuana. El gasto depende pero varía entre 100 a 200 colones diarios; lo hago desde que me inicié. He conocido varias drogas y usado algunas, pero fija la marihuana. Se me van hasta 10.000 colones si es una fiesta”. (Susy)

*“Prefiero la marihuana, tengo como 17 años de hacerla y a la coca un año. La marihuana la hago todos los días..., la coca es muy cara para agarrarla a diario, para el sexo lo ideal es la coca. Gasto 10.000 colones en marihuana y 15.000 en cocaína al mes”.
(Apolonia, q.e.p.d.)*

El crack es rey

Con las entrevistas realizadas por el etnógrafo se comprobó que la droga más popular desde 1980 es el “crack”. El crack es una combinación de cocaína con bicarbonato y agua. Todo se mezcla en una cuchara, se prende una candela y se calienta la cuchara con el líquido. Con un fósforo, se le da vuelta hasta que hierva; al hacerlo se apaga la candela y se le sigue dando vueltas al contenido de la cuchara hasta que forme una piedra dura, similar a una calza de muela por el color oscuro que adquiere del humo de la candela. Entre más pura sea la coca, más blanca sale la piedra. Se prefiere a veces quemar con el mismo cartón de la cajetilla de cigarrillos, en vez de la candela, para que no emita tanto humo. La cajetilla se corta de manera que quede alargada y así se va quemando poco a poco. Una vez endurecida la piedra y asida al fósforo, se despega de éste.

Mientras se realiza este proceso, los otros travestis han estado fumando cigarrillos corrientes de los que conservan su ceniza. Ésta se guarda en la tapita de la cajetilla de cigarrillos. Luego, se coge un tarro de jugos “abrefácil” (los que tienen una abertura para beber de ellos directamente). Se le da un golpe en el costado para arrugarlo y dejar una parte plana. En esa parte plana, se perforan tres huecos para poner la ceniza en ellos. La piedra que se ha obtenido y desprendido del fósforo se divide entre los participantes. De un gramo se pueden sacar de 6 a 7 piedritas. Se

pone la ceniza en los huequitos y la piedra encima de ésta, se arrima a la boca y se colocan los labios por la abertura de la lata de jugos. El fósforo encendido se pone sobre la piedra y se aspira profundamente hasta que la piedra desaparezca sobre la ceniza. Si sobra algo, se pasa al compañero diciéndole “está viva, apúrese”, esto quiere decir que todavía queda algo de piedra.

Los tarros son muy codiciados. Si alguien obtiene uno lo guarda, escondiéndolo. Cuando no hay, se utiliza un vaso con la mitad de agua. Se forra en papel de aluminio y se le hacen unos diez huecos en un borde y uno por el otro extremo, que es el que se usa para aspirar, luego se mete la ceniza y la piedra en los diez huecos y se aspira por el otro. Sin embargo, este método no es el preferido porque el agua retiene parte de la piedra.

Basuko

Otra de las drogas populares es el basuko. No es sino un puro corriente de marihuana con cocaína: se enrolla la marihuana con un baño de coca rociado encima y se fuma de la misma manera.

A las personas que van a discotecas se les hace difícil fumar drogas en esos lugares. Lo que hacen, entonces, es extraer el tabaco de los cigarrillos corrientes, mezclarlo con coca y luego fumarlo como cualquier cigarrillo, de esta manera nadie los detecta. La marihuana no se usa en los lugares públicos por el fuerte olor que desprende. La mayoría prefiere la coca ya que así pueden fumar una “rayita” o una línea en el baño sin ser descubiertos.

La mayoría de los travestis prefiere “llevarlo todo en la mente”, como dicen ellos, o sea salir sin nada en la mano e ir ya “encumbrados”, así evitan problemas con la policía.

También existen las “pajillas”, que son pajillas de papel cortadas en pedazos que contienen un cuarto de gramo de cocaína cada uno, sellados mediante calor por los dos extremos (así las venden). Si los travestis tienen que caminar por la calle no las llevan en la mano o en la ropa sino en la boca.

En la zona del Líbano existían varios lugares donde se expendían drogas. El hombre que vendía la coca la recibía pura y la mezclaba con pastillas “Roche” para los nervios y anfetaminas. En los cuartos de los prostíbulos el

etnógrafo observó, en 1990, cómo se mezclaba todo esto en un moledor y se metía después en las pajillas o era envuelto con el papel de aluminio que trae la cajetilla de cigarros.

Para la marihuana, si no se consigue una “boleta” (el papel en que venden los cigarros amarillos en el cercano **Mercado Central**), se utiliza el envoltorio del papel higiénico, que es lo más parecido a la boleta, o el papel de envolver el pan.

Cuando un cigarro de marihuana llega a su final, es muy difícil fumarse lo último, o sea “la tocola”. Entonces lo que se usa es “la matadora”: se trata de una caña de bambú delgadita y hueca en la cual se meta la tocola para aspirar por el otro lado y así no perder nada de la droga. Todo se aprovecha.

Según se desprende de las respuestas a las preguntas que hizo el etnógrafo en 1990 a los travestis que consumen drogas, ellos no podían dejar su adicción. Si se quedaban sin dinero salían a la calle y en 20 minutos ya habían robado algo de valor; esto era empeñado a la proveedora o al “médico” (se les conoce así porque son los que “recetan”) y así conseguían más droga.

La situación para 1997, en la Bíblica, es aún peor. Muy pocos travestis son los que no han terminado adictos. Aunque los “bunkers” del Líbano no son ya los que proveen las drogas, éstas se consiguen fácilmente en la calle, en departamentos y en casas privadas.

Los travestis se han descuidado físicamente y el que “hace al tarro” adelgaza con mucha facilidad. Algunos, como Peggi, que siempre ha sido gordo, ahora está delgadísimo. Su excusa es que el “tarro” lo adelgazó mucho. El problema que tiene ahora es la tos y en los exámenes de pulmones que se ha hecho en el INISA* sale muy afectado. Casi todos los que “hacen al tarro” tosen constantemente y lucen demacrados como cadáveres. Algunos travestis utilizan esto para adelgazar y dicen que en poco tiempo se van a ver como “modelos”, aunque se estén consumiendo por dentro. De los 100 travestis que hay en la zona de la Bíblica, unos 75 le “hacen al tarro”.

* Instituto Nacional de Investigación en Salud (INISA), entidad oficial que realiza pruebas de VIH y ofrece tratamientos a los portadores del virus.

Sexo y drogas

Varios estudios en otros países han demostrado que las personas que se intoxican antes o durante las relaciones sexuales tienen más prácticas sexuales inseguras. En el caso de los travestis, en 1990 el 68% había consumido alcohol alguna vez en su vida.

Sin embargo, cuando se analiza el consumo de otras drogas -como marihuana y cocaína- el consumo entre los travestis es mayor: el 77% ha fumado alguna vez marihuana. Del grupo que ha fumado alguna vez la droga, el 76% la fuma de alguna a muchas ocasiones antes del sexo, y el 53% de alguna a muchas ocasiones durante el sexo. En el caso de la cocaína, el 73% de los travestis la han probado. Ninguno de los travestis reporta usar drogas intravenosas.

El mayor consumo de drogas entre los travestis, especialmente crack, cocaína y marihuana, está relacionado con el tipo de trabajo que desempeñan. La prostitución es una actividad que requiere mucha energía física y una actitud psicológica que demanda un estado alterado de la conciencia. La represión social y policíaca a la que está expuesto el travesti hace que la droga tenga el efecto de un anestésico contra el dolor.

En las entrevistas a profundidad se confirma el alto consumo de drogas y la mayoría de las veces se pone en evidencia un consumo que va de lo ocasional a lo amplio. Es posible que, debido a la más íntima relación que se estableció para las entrevistas a profundidad, los travestis se sintieran con más confianza para admitir su consumo de narcóticos.

La mayoría de los travestis consume más de una droga, siendo las preferidas, por orden, la cocaína-crack, la marihuana y el alcohol. Cada una de ellas o su combinación se hace con propósitos diferentes y no todos los travestis sienten los mismos efectos.

Aparentemente, el crack y la cocaína son utilizados principalmente para alargar la relación sexual y estimularse para soportar más relaciones. Marlene así lo demuestra cuando dice que “la coca me sirve para hacer el amor” y la marihuana para estar “distráido”. Ésto mismo siente July, quien cree que la coca lo hace sentirse “más excitante... y más loca en la cama”, la marihuana, en cambio, no le atrae tanto. Patricia (q.e.p.d.), por el contrario, dice no ser fanático de ninguna, pero prefiere la coca y la consume “para no sentirse solo”. Leticia usa la coca para resistir y disfrutar más el sexo:

“He hecho el amor con drogas. Me gusta con cocaína. A la hora de que me lo hagan disfruto, puedo hacerlo y no siento malestar. Puedo disfrutar hasta 2 horas; cuando inhalo cocaína, disfruto más el sexo”.

Lo mismo opina Antonieta, aunque con más ambivalencia:

“Me gusta más la cerveza que una droga. No me gusta la cocaína, no la tengo como vicio. Cada fin de semana, sin embargo, hago dos rayitas de coca y me conformo. Por eso digo que no es vicio. Con la cocaína el sexo me fascina. Uno se vuelve muy perro, pero he estado con hombres que lo hacen con marihuana y dicen que es riquísimo”.

Adelita es de la opinión de que la coca sirve para ponerlo más “loco” en la cama, **aunque hace daño, según admite.**

“Ser travesti no hace que usemos más drogas. No fumo ninguna droga, las he probado pero no me gustan. Los clientes sí lo hacen; una vez hice el amor drogada con un hombre que le hacía a la cocaína y me dio un beso y me untó en la lengua y me la durmió y sentía la lengua más grande y él me decía untáte en el pene y sentía el pene grandísimo y se lo metí en el recto y lo sentía grandísimo. Lo disfruté pero él no se excitaba. Creo que la droga lo pone a uno más loco pero lo destruye a uno por dentro, se pierde el control en la cama”.

Eso mismo opina Apolonia (q.e.p.d.), quien estima que “para el sexo lo ideal es la coca”. Para otros, la marihuana es más excitante. Marlene dice que la prefiere para “entonarse” mejor, mientras Susy afirma que la coca le hace perder el poder de eyacular y por eso prefiere la marihuana, que “es más rica y con ella me alboroto más”. Algunos de los entrevistados prefieren la cerveza y el alcohol. Otros, como Gina y Karla, aunque han probado drogas, casi no las consumen.

A pesar de los gustos y efectos diferentes de las drogas, los testimonios evidencian que los travestis utilizan ahora más la cocaína, porque ésta les permite resistir más en sus relaciones sexuales y mantener un número más alto de contactos sexuales.

Uno de los problemas con el uso de drogas es que intoxican tanto que les hacen perder el control de la prevención contra las enfermedades de transmisión sexual. Susy dice que la droga la hace no usar el condón:

“He estado muy drogada y muy excitada y he sentido cuando se me ha roto el preservativo pero lo he dejado así y he seguido con la relación y no me ha preocupado”.

Pero hay otros que, como July, afirman que aún intoxicados no han dejado de practicar el sexo seguro.

Aunque en 1997 no realizamos una encuesta **específica sobre este aspecto**, el consumo de drogas entre los travestis no se ha reducido, más bien se podría decir que aumentó.

Los travestis adictos acuden cada vez en mayor número a los servicios de desintoxicación del ILPES. Muchos de ellos llegan a solicitar comida y dinero a los programas de prevención del instituto, como el Grupo 2828 y el Proyecto Priscilla. Otros han ido a los antiguos “bunkers” de la zona del Líbano a terminar sus días. El sida ha hecho estragos en esta población y son varias las decenas de hombres travestis que han muerto en esta década a causa de la enfermedad.

MACHOS DE VUELTA Y ROSCA

Los travestis mantienen un elevado número de contactos sexuales, debido a que ejercen la prostitución. Cuando en 1990 se les preguntó por el número de compañeros sexuales durante toda su vida (ver Cuadro 5) se obtuvo un promedio de 9.371, y para los últimos cinco años un promedio de 4.835,4. Para los últimos 12 meses la cifra promedio es de 830,4, lo cual significa 15,9 compañeros semanales. En los últimos 30 días el número de compañeros es de 44,8, o sea 11,2 individuos semanales aproximadamente. Este alto número de relaciones sexuales no ha variado en los últimos años.

Aunque las cifras parecieran excesivas, las entrevistas a profundidad corroboran que los contactos sexuales son elevados. En un fin de semana, un travesti puede tener ese número de compañeros, ya que algunos reportan hasta 6 contactos en una noche.

Si calculamos que existen de 100 a 150 travestis en San José (de acuerdo con las estimaciones de ellos mismos) y cada uno tiene en promedio 4 compañeros sexuales, tenemos que aproximadamente unos 600 hombres utilizan sus servicios sexuales en un sólo día.

Muchos de los clientes utilizan los servicios de distintos travestis y por eso es difícil calcular el número de ellos que acude por semana, mes o año.

En 1990 se interrogó a los travestis sobre el grado de satisfacción en diversas prácticas sexuales, con la premisa de que el sida no existiera (ver Cuadro 6). Su práctica sexual preferida es la penetración anal activa hasta eyacular. El 91% la encuentra muy excitante. Un porcentaje menor, el 68%, encuentra igual de excitante la penetración anal pasiva. Contrariamente a muchos de los prejuicios y estereotipos, ésto significa que los travestis hacen más el papel de “hombre” que de “mujer” en la relación sexual. En otras palabras, a ellos les gusta penetrar a sus clientes.

¿Y quiénes son los clientes? En 1997 le pedimos a Sonia Marta que nos contara cómo son los clientes y qué les gusta hacer. Según ella, los gustos no han variado. Además, le solicitamos que grabara una sesión típica de sexo, si el cliente estaba de acuerdo.

Según ella, los hombres que usan sus servicios no son homosexuales. Ella, como los demás travestis, considera que sus clientes son varones “machos” que gustan de las mujeres. “No son playos”, dice Sonia. “Son machos de pelo en pecho, hombres casados, con hijos, tipos comunes y corrientes”. Ella nos dice que jamás tendría sexo con un homosexual: “A mí no me gusta hacer tortillas, para éso las lesbianas”.

La mayoría de la clientela, entonces, es ajena a la comunidad homosexual costarricense. Sin embargo, podríamos clasificarla como bisexual, aunque con reservas. En general, muchos de ellos no tendrían relaciones sexuales con hombres vestidos de hombres. Su atracción es hacia lo femenino y no hacia los dos sexos.

Lo que pasa en un encuentro sexual

Sonia Marta le pidió permiso a varios de sus clientes para grabar un encuentro sexual. Solo uno de muchos aceptó, siempre y cuando se borrara la grabación después de transcribirla. Ésta es la condensación del diálogo:

- *¿Cuánto cobrás, machita?*
- Cinco mil colones por lo que querás. Pero me han pedido que te grabe por tres mil colones, así que si estás de acuerdo, sólo te cobro dos mil. Es una promoción del negocio.
- *¿Para qué es la grabación? ¿Estás grabando ahora?*
- (Se detiene la grabación y se vuelve a reiniciar)
- Es para un amigo que está haciendo un libro. Te copian y borran el cassette.
- *Bueno, a mí no me importa. Es más, me gusta la idea que hagamos un “show”. Pero nada de nombres, ni descripciones del carro o mías.*
- Está bien, no te preocupés, de por sí habría podido meter la grabadora en mi cartera, porque es así de chiquita, sin que vos te hubieras dado cuenta. Te lo digo porque no hay nada raro.
- *¿Qué te gusta hacer?*
- Me adapto al cliente pero me gusta coger principalmente.
- *Bueno, subíte al carro. ¿Cómo te llamás?*
- Sonia Marta
- *¿Y desde hace cuánto estás trabajando aquí?*
- Hace como año y medio.
- *Nunca te había visto.*
- Es que no estoy todas las noches.

- *¿A dónde vamos, mamita?*
- *Prefiero ir a un motel, ¿qué te parece El Paraíso?*
- *Está bien, pero te agachás cuando entramos. ¿Okey?*
- *Sí, está bien.*
- *Estas teticas, ¿son de verdad?*
- *Sí, son todas mías y tuyas por un rato.*
- *¿Desde hace cuánto es que sos travesti?*
- *A mí me gusta vestirme de mujer desde chiquita, como a los seis años.*
- *¿Y qué es lo que te gusta de verte como una hembra?*
- *Es que a mí me gustan los hombres y quiero que me traten como una dama o como a una puta.*
- *¿Qué es lo que te gusta de los hombres? ¿Cómo te parezco yo?*
- *Pues a mí me gusta que sean varoniles y machos, como sos vos. ¿Te han dicho que sos muy guapo?*
- *La verdad es que sí. Tengo suerte con las mujeres.*
- *¿Sos casado?*
- *Sí, desde hace cuatro años.*
- *¿Y qué buscás conmigo entonces?*
- *A mí me gusta el sexo rudo, fuerte, me gusta una mujer salvaje, agresiva, atrevida y caliente en la cama.*
- *¿Y cómo sabés que soy así?*
- *Es que se te ve una boca muy labiosa y un culo todo parado y duro. A mí me vuelve loco el trasero de las hembras. Tocáme la verga, fijáte cómo me tenés de templado.*
- *¡Qué bruto! ¿Todo ésto es tuyo? Sos muy bien dotado.*
- *¿Te gusta? Es toda para vos. Te la vas a comer completa.*
- *Voy a abrirte el zipper y sacarla, ¿está bien?*
- *Sí, pero con cuidado que estamos pasando cerca de la policía.*
- *(Se oyen gemidos por unos segundos)*
- *¡Mamita rica!, si seguís así no llegaremos al motel, mejor te detenés un rato, ¡qué bien mamás!*
- *Es que vos me gustás, sos un hombre muy rico, muy varonil. ¿Te han dicho que los ojos tuyos son muy lindos?*
- *Mmmjjjjú.*
- *¿Qué tenés en mente en cuanto a la relación? ¿Qué querés que haga?*
- *Cuando lleguemos al motel, quiero que te bañés primero porque a mí me gustan que mis hembras huelan bien. Luego, pediré unos tragos y unas bocas y quiero que me salgás en ropa íntima. No tenés que esconder nada mamacita, sé lo que tenés en medio de las piernas y a mí no me molesta.*

- Bueno, como ya sabés la verdad, te repito que a mí me gusta penetrar a los clientes, especialmente si son varoniles como vos. Tocáme el miembro, poné la mano aquí. ¿Ves que estoy también desarrolladita?
- *¡Qué tamaño! ¿Quién diría que sos una mujer tan grandota?*
- Por eso a mí me buscan muchos clientes. A ellos les gusta una mujer bien dotada.
- *A mí también, rica. Eso de tener en la cama una hembra tan bien equipada me vuelve loco. Bueno, ya estamos llegando. Baje la cabeza machita, para que no nos vean.*
- (Se oye que se pide por teléfono licor, comida, condones y lubricante)
- *Métase en el baño mamita y se va limpiando. Enjabónese bien. Esperaré por los tragos y la comida. Además, me iré quitando la ropa. Me gusta estar cómodo, ¿entendés?*
- ¡Sí, claro!
- (Suena la ducha y solo se escucha la música de la habitación por unos minutos. Luego, un timbre anuncia que ha llegado lo encargado)
- ¡Ya estoy limpia y bañada! ¿Dónde estás? ¡Qué bárbaro, ya te quitastes toda la ropa!
- *Venga mamita, antes de comer y tomar, préndase de ésta que es su obsesión. Sí, sí, así se hace. ¡Qué lengua, mi adorada! ¿Quién te enseñó a lamer como una perrita? ¡Sos toda una carnera, una sádica...!*
- ¿Me quito el calzón?
- *Quítese toda lo que quiera, mamita, déjeme mirar su rabito. Primero la voy a castigar por ser una chiquita mala. Luego, usted se pone este lubricante y el condón y me lo hace muy suavemente. Párese frente al espejo para que pueda verla por detrás.*
- Como estamos grabando, quiero decirle al público que estoy entrando poquito a poco, con mucho cariño. ¿Verdad que no te duele? Está toda talladita, pareciera una doncella. ¿Qué sentís mamita?
- *Siento algo muy grande, bandido. Me duele mucho. ¡Ay, no sea tan concho!*
- No se mueva nada. Déjeme que sea quien haga de todo. Párese de la cama y vamos a caminar como estamos, como dos perros, frente al espejo.
- *Ahora sí, vamos a cambiar de papeles y usted me hace lo mismo a mí. Póngase el condón y se unta lubricante. Con cuidado, no hay prisa, ahora hágalo suavemente, no sea sádica, piense en cómo se lo hice de rico.*
- Agáchese un poco para poder hacerlo bien y no se mueva.

- *¡Ay qué rico! ¡Mamita, usted es toda una señora que sabe hacer las cosas! Muévase ahora pero despacio. Siempre he creído que las mujeres saben penetrar porque están acostumbradas. ¿No es cierto? Hágalo como se lo hice a usted, usted sabe cómo, así que debe hacerlo bien. ¡Ay que rico! Cuide que no se le salga el condón.*
- (Se oyen gemidos y gritos de placer hasta que ambos alcanzan el orgasmo minutos después)

Los travestis son activos

En las entrevistas a profundidad se hace evidente que los travestis, con pocas excepciones, practican la penetración anal activa o la pasiva, y a veces las dos, con los clientes que son compañeros habituales. Una de las atracciones que tienen los travestis para los clientes -la mayoría de ellos hombres casados o con gran actividad heterosexual- es precisamente que los ven como mujeres con pene. Por esta razón, el hecho de que penetren a los clientes es muy, si no lo más, popular. Existen casos de travestis a los que no les gusta penetrar a otros hombres, pero son la minoría. Una gran mayoría informa que la demanda principal es la penetración activa y que incluso aquellos que no gustan de hacerlo tienen que practicarlo por negocio.

Roxana reconoce que en su gremio “hay quienes les gusta meterla”, aunque a él “no”. Julieta siente lo mismo, pero admite que la gran atracción es su pene y que “los clientes casados me dicen que les gusta y se lo chupan” Gloria informa que “a algunos clientes les gusta que les hagan el amor y hay que hacerlo”, principalmente a los “mayorcitos y casados”. También así lo reconoce Karla: “a la mayoría les gusta que uno les haga el amor, ya sean casados, divorciados o solteros”. Stefany dice que a los clientes les gusta que les hagan el amor y que ellos “saben con quién se meten”. Él prefiere hacer el amor a que se lo hagan. Carla lo describe de esta manera: “Hay hombres que por primera vez lo hacen con uno y uno cree que son todo un hombre, pero cuando llegan a la cama se comportan como toda una p... Ni uno lo hace pagando. Les digo que se pongan boca abajo y les doy... Prefiero los machos, pero todos son iguales”. Antonieta también acepta que la mayoría de los señores “me dan el c...” y que es mejor meterla a que se la metan. Marlene no se desilusiona “cuando me acuesto con un hombre masculino y me pide que me lo coja”. Pandora también tiene sus clientes casados y con hijos y les gusta que “uno les haga el amor” y a otros “que les pegue”. July relata que con los diez clientes que tiene, la mayoría casados, inicialmente ella era quien hacía el papel pasivo, pero luego cambió:

“Al principio lo buscaban y uno era la mujer; actualmente uno es el hombre y ellos la mujer, eso ha cambiado porque seguro sienten rico; ellos se comportan aparentemente como hombres hombres, pero en la cama son mujeres mujeres... como en 80% a mí me gusta penetrar, al principio no me gustaba, pero uno se acostumbra”.

Aunque los travestis usan el preservativo más que otros grupos minoritarios, sus prácticas sexuales siguen conteniendo un alto grado de riesgo, tanto por la mayor frecuencia de penetraciones activas y pasivas como por el número de veces que no usan el preservativo. Aunque ellos han iniciado prácticas seguras, el alto porcentaje de prácticas inseguras con que algunos continúan los sitúa en una situación de peligro.

Si se incorpora el condón en la práctica sexual, los travestis no parecen desilusionarse del acto sexual. El 82% considera igual de excitante la penetración activa, y más bien un porcentaje menor, el 77%, la encuentra igualmente excitante cuando no se usa el condón. En otras palabras, no usar el condón resulta más bien menos excitante para ellos, posiblemente por la ansiedad ante el riesgo de contraer el sida (Cuadro 6).

Esto resulta más evidente en el caso del sexo anal pasivo. Si se usa el condón, los entrevistados lo llegan a encontrar muy excitante (82%), 13 puntos más que si fuese sin condón. Si no se usa el preservativo, el porcentaje de personas que lo encuentran muy excitante se desploma a 59%.

Por amor no se usa el condón

Información adicional sobre el preservativo indica que los travestis muestran una actitud más favorable a no usarlo si se quiere al compañero⁵.

Cuando se indagó sobre los factores que se toman en cuenta a la hora de usar o no el preservativo, en aquellos que no lo usan siempre, el 86% de los travestis considera si el compañero es o no conocido. Si la pareja es el amante, el 86% de los travestis lo toma en cuenta como factor para usar o no el condón.

Es muy importante señalar este aspecto. Los travestis constituyen un grupo que hace más excepciones en el caso de usar el condón con los amantes o compañeros habituales. Esto representa un factor de riesgo. Como se analizará más adelante, la razón de este comportamiento se debe al tipo de vínculo que establecen fuera de la relación comercial sexual.

⁵ Jacobo Schifter y Johnny Madrigal, **Hombres que aman hombres**, IMEDIEX, San José, 1992.

Preservativos

La información revela que los entrevistados han continuado teniendo sus prácticas preferidas, la penetración activa y pasiva y la masturbación, sin más modificaciones que la incorporación del preservativo en el repertorio, el cual no ha disminuido la percepción de placer en la mayoría de ellos. Vemos entonces que esta aceptación del condón está muy asociada al hecho de que no es visto como un obstáculo para el placer. Por el contrario, el que porcentajes mayores consideren el acto sexual como más placentero si se usa el preservativo refleja su aceptación, aunque hay excepciones. Varios travestis reportan en las entrevistas a profundidad repulsión hacia éste. Leticia es un ejemplo de ello:

“Con el preservativo, si se ponen uno, dos o tres, se produce chimazón. Para mí el preservativo es una tortura china porque hacerlo con preservativo es como comerse un confite envuelto en papel, un banano con todo y cáscara. Pero por la situación hay que hacerlo, me gustaría que existiera otra cosa”.

Susy tiene una opinión parecida:

“Con el condón, algunos son apretados entonces siento que pierdo placer; además, cuando quiero chupar pido que sean secos, porque algunos saben mal”.

Los travestis, en las entrevistas a profundidad, muestran conocer el valor del preservativo. Carla, por ejemplo, relata que desde la aparición del sida lo usa siempre. Aún cuando “los clientes le dicen a uno que no sienten nada, es mejor usarlo que morirse”.

Lo mismo reporta Gina, quien dice que lo usa “porque tengo que hacerlo” y “porque el sida es una enfermedad que mata, me protejo con el preservativo”. Eso también lo tiene claro Karina, cuando dice que “el condón es útil porque solo así se evita el sida”.

Sin embargo, existen varios factores que forman una brecha entre la teoría y la práctica. Uno de ellos es el hecho de que el condón se rompe. El 91% de los entrevistados había reportado en la encuesta que el preservativo se rompe fácilmente⁶.

⁶ Jacobo Schifter y Johnny Madrigal, **Hombres que aman hombres**, IMEDIEX, San José, 1992.

Una explicación de este hecho es que los travestis tienen más relaciones sexuales y, por ende, las probabilidades de que se rompa el condón aumentan con el número de veces que se usa. Otra razón es la mayor frecuencia del sexo anal, que se considera más propenso para reventar un condón que el sexo vaginal (en estudios sobre el tema se calcula que el condón puede romperse en el 2% de los casos de sexo vaginal y en el 10% de los de sexo anal). Otra es que se utilizan condones baratos, de mala calidad, que los hacen más vulnerables. Otra, que los travestis o los clientes no saben utilizarlo correctamente. En estudios sobre el uso del condón se ha demostrado que éste se rompe usualmente cuando es usado por gente inexperta⁷.

Sean cuales sean las razones, el hecho de que se rompan pone en peligro a los travestis y a sus clientes. Así lo corroboran ellos mismos en sus entrevistas a profundidad.

Apolonia (q.e.p.d.) considera que “no me gusta el preservativo, se revienta y no sirve de nada, me pongo tres o cuatro”. También July siente desconfianza: “me disgusta que se reviente porque se pierde seguridad”. Marlene ha pagado caro por la rotura del condón ya que “un día me metí con un muchacho y se rompió el condón y a los días me sentí mal y salí pegada con gonorrea”. Patricia (q.e.p.d.) también asegura que “el preservativo se me ha reventado más de una vez”.

Algunos clientes tampoco quieren usar condón

Otro obstáculo para el uso del preservativo es el cliente. En las entrevistas se evidencia que éstos ejercen algunas presiones para no usar el condón, como ofrecer más dinero por el acto sexual sin preservativo. Carla lo corrobora: “Algunos clientes no les gusta el preservativo porque se siente feo, pero para evitar cualquier enfermedad es mejor. Algunos hasta le ofrecen más por no usarlo”. Gina admite que si le pagan más, no usa el condón: “Si me dicen ‘le doy plata si no lo usa’, lo hago, pero primero reviso para saber cómo está la persona”. Karina, por el contrario, aunque le ofrezcan más dinero, dice no estar dispuesta a no usarlo: “no les gusta (a los clientes,) pero se los pongo. Sin ‘tapagotera no hay polvito’, aunque no sientan lo mismo”. Así piensa Patricia (q.e.p.d.): “si un cliente me dice que me paga el doble para hacerlo sin preservativo, prefiero no ganarme nada que ganarme algo para morir rápido”.

⁷ R.A. Hatcher y M.S. Hughes, “The truth about condoms”, *Siecus Report* 17 (2): 1-9, Noviembre-Diciembre, 1988.

July muestra un doble estándar, porque si el cliente es conocido y paga más, no lo usa, pero si es nuevo, aunque pague más, no lo hace: “hay hombres que no les gusta. Si es un cliente con años de conocerlo, no uso el condón; si es un cliente nuevo aunque pague el doble para que me se lo ponga, no lo hago”. Marcela también basa su decisión en la confianza: “si confío en el cliente, enciendo las luces para examinarlo, lo hago sin condón”. Leticia, por el contrario, no lo usa si “el hombre me trastorna”.

En el caso de Karla, él no lo usa si el cliente es “rico”, o sea, tiene dinero, ya que “uno conoce la vida que llevan”. Gloria ha aceptado no usar el condón cuando le pagan más, pero sólo en el caso del sexo oral. Julieta acepta no usarlo con clientes que le pagan más, ya que él “confía en las personas que se ven bien”. Pandora resuelve las contradicciones de las presiones con el engaño:

“Como a los clientes no les gusta ponérselo cuando hacen el amor, se los pongo sin que se den cuenta cuando están haciendo el amor, o los engaño porque no me penetra, simplemente me vuelvo boca abajo y la meten entre mis piernas. Ellos creen que están introduciéndome y entonces les hago la pantomina y luego digo qué ardor, cómo me duele para que crean que fue así”.

Otro factor que incide en que no siempre se use el condón es el consumo de drogas. Esto provoca situaciones como la que narra Fabiola:

“Me ha pasado que por estar drogado no he usado el preservativo. Una vez estaba en el bar, me había tomado una pastilla Roche y luego nos vinimos para la casa. No me acuerdo de nada. Un amigo me contó que me eché como tres hombres, uno tras otro, tanta era la emoción que el preservativo se rompió o no lo usé por estar drogado”.

Pero el consumo de drogas no siempre conduce al sexo inseguro, según afirma el compañero de Leticia:

“Uso el preservativo, aún cuando estoy drogado. Siempre lo utilizo; tenemos relaciones una o dos veces por semana; una vez no lo usé y me sentí incómodo porque siempre lo había hecho”.

Aún mucho sexo inseguro

En 1990, el porcentaje de travestis que había tenido prácticas sexuales inseguras durante los últimos 30 días era alto (ver Cuadro 7).

En este período, el 59% de los entrevistados había tenido sexo oral, 41% sexo anal activo y 46% sexo anal pasivo, sin condón. Si se analizan estos mismos porcentajes para los últimos seis meses (ver Cuadro 8), se encuentra que el 50% de los travestis practicó sexo anal activo y el 59% sexo anal pasivo, sin condón.

Tenemos así que en 1990 la mitad había mantenido relaciones sexuales inseguras en los últimos seis meses. En 1997 no realizamos un estudio sobre uso del condón, sin embargo, en las entrevistas a profundidad los travestis revelan que han aumentado su utilización del mismo y que lo usan casi siempre con los clientes. No obstante, admiten hacer “excepciones” con sus amantes o cuando han estado muy intoxicados.

CUADRO 5
NÚMERO PROMEDIO Y SEXO DE COMPAÑEROS DURANTE VARIOS PERÍODOS
Y SEGURIDAD SOBRE DATOS

Variables	Gays	Travestis Trabajadores del sexo
(N	(162)	(22)
Compañeros sexuales*	497	9371
	1.8	0.09
	495	4835.4
Toda la vida		
Mujeres		
Hombres		
Últimos cinco años	157.5	4835.4
Mujeres	0.8	0.0
Hombres	156.7	4835.4
Últimos doce meses	18.2	830.4
Mujeres	0.1	0.0
Hombres	18.4	830.4
Últimos treinta días	2.2	44.8
Mujeres	0.01	0.0
Hombres	2.2	44.8
Ocasionales**		
Número	3.5	35.2
Hombres	3.5	22.9
Seguridad sobre datos de compañeros sexuales		
Último año		
Muy seguro	46.3	4.5
Seguro	28.4	31.8
Regular	21.6	59.1
Inseguro	1.2	---
Muy inseguro	2.6	4.5
Últimos treinta días		
Muy seguro	84.0	45.5
Seguro	13.6	40.9
Regular	---	13.6
Inseguro	0.6	---

Fuente: Jacobo Schifter y Johnny Madrigal, **Hombres que aman hombres**, San José, ILEP-SIDA, 1992.

CUADRO 6

GRADO DE EXCITACIÓN EN LAS PRÁCTICAS SEXUALES

(en porcentajes)

Variables	Gays	Travestis Trabajadores del sexo
(N)	(162)	(22)
Total	100	100
Recibir felacio de un hombre..		
	79.6	72.7
Hasta eyacular	10.5	13.6
Muy excitado	4.9	---
Algo excitado	0.6	---
Neutral	3.7	4.5
Algo disgustado	0.6	9.1
Muy disgustado		
Inseguro		
Sacando el pene antes de eyacular		
Muy excitado	49.4	54.5
Algo excitado	28.4	18.2
Neutral	9.9	---
Algo disgustado	6.2	4.5
Muy disgustado	4.9	9.1
Inseguro	1.2	13.6
Penetrar por el ano a un hombre...		
Hasta eyacular		
Muy excitado	74.7	90.9
Algo excitado	10.5	---
Neutral	8.0	---
Algo disgustado	1.9	4.5
Muy disgustado	2.5	---
Inseguro	2.5	4.5
Usando el condón		
Muy excitado	41.4	72.7
Algo excitado	18.5	4.5
Neutral	19.1	---
Algo disgustado	9.9	4.5
Muy disgustado	8.0	4.5
Inseguro	3.1	13.6
Ser penetrado por un hombre...		
Hasta que él eyacule		
Muy excitado	56.8	68.2
Algo excitado	13.0	13.6
Neutral	10.5	4.5
Algo disgustado	8.0	4.5
Muy disgustado	6.8	9.1
Inseguro	4.9	---

Fuente: Jacobo Schifter y Johnny Madrigal, **Hombres que aman hombres**, San José, ILEP-SIDA, 1992.

CUADRO 7
INVENTARIO DE PRÁCTICAS SEXUALES Y PROMEDIO DE VECES QUE HA
REALIZADO LA PRÁCTICA DURANTE LOS ÚLTIMOS 30 DÍAS
(porcentaje que responde afirmativamente)

Variables	Gays	Travestis Trabajadores del sexo
(N)	(162)	(22)
Penetrando a una mujer por el ano		
Sin eyaculación	---	4.6
Con eyaculación	---	---
Con condón	---	---
Sin condón	---	4.6
Sacando el pene antes de eyacular	---	4.6
Ha penetrado a un hombre...		
Sin eyaculación	29.0	72.7
Con eyaculación	53.7	72.7
Usando condón	49.4	86.4
Sin usar condón	22.8	40.9
Sacando el pene antes de eyacular	17.3	45.4
Ha sido usted penetrado por un hombre...		
Sin eyaculación adentro	23.5	56.4
Con eyaculación adentro	42.6	77.3
Que usaba condón	40.7	95.5
Que no usaba condón	17.9	45.5
Que sacó el pene antes de eyacular	16.7	40.9
Ha penetrado vaginalmente a una mujer...		
Sin eyaculación adentro	0.6	4.6
Con eyaculación adentro	1.2	---
Usando condón	0.6	---
Sin usar condón	1.2	---
Sacando pene antes de eyacular	---	4.6
Ha estimulado oroanalmente a...		
Una mujer	---	---
Un hombre	45.1	27.3

Fuente: Jacobo Schifter y Johnny Madrigal, **Hombres que aman hombres**, San José, ILEP-SIDA, 1992.

CUADRO 8
INVENTARIO DE PRÁCTICAS SEXUALES DURANTE LOS ÚLTIMOS
6 MESES
(porcentaje que responde afirmativamente)

Variables	Gays	Travestis Trabajadores del sexo
(N)	(162)	(22)
Penetrando a una mujer por el año		
Sin eyaculación	0.6	9.1
Con eyaculación	0.6	---
Con condón	1.2	---
Sin condón	0.6	4.5
Sacando el pene antes de eyacular	1.2	4.5
Ha penetrado a un hombre...		
Sin eyaculación	61.1	86.4
Con eyaculación	75.9	90.9
Usando condón	73.5	90.9
Sin usar condón	37.0	50.0
Sacando el pene antes de eyacular	38.9	72.7
Ha sido usted penetrado por un hombre...		
Sin eyaculación adentro	56.2	86.4
Con eyaculación adentro	65.4	86.4
Que usaba condón	67.9	95.5
Que no usaba condón	37.7	59.1
Que sacó el pene antes de eyacular	37.7	72.7
Ha penetrado vaginalmente a una mujer...		
Sin eyaculación adentro	4.3	4.5
Con eyaculación adentro	5.6	---
Usando condón	4.3	---
Sin usar condón	4.9	---
Sacando pene antes de eyacular	3.1	---
Ha estimulado oroanalmente a...		
Una mujer	1.2	---
Un hombre	61.1	50.0
Ha sido usted estimulado oroanalmente por...		
Una mujer	3.7	4.5
Un hombre	76.5	95.5

Fuente: Jacobo Schifter y Johnny Madrigal, **Hombres que aman hombres**, San José, ILEP - SIDA, 1992.

AMANTES Y MARIDOS DEL LÍBANO

Otro factor importante para no usar el condón es la relación de pareja, en la cual tanto los travestis como sus compañeros concuerdan en que muchas veces no utilizan el condón.

Aunque los travestis tienen una gran versatilidad sexual con los clientes y muy a menudo utilizan el condón con ellos, con las excepciones mencionadas, con los amantes la situación es distinta. En 1990 pudimos entrevistar a sus amantes y, al comparar esas respuestas con las entrevistas a profundidad efectuadas en 1997, comprobamos que las relaciones han variado.

Machos

Igual que los travestis, los amantes que entrevistamos en la zona del Líbano son de clase baja. La mayoría son obreros o desempleados, con problemas serios de adicción a las drogas y al alcohol.

En primer lugar, este tipo de amante reporta ser exclusivamente activo en el sexo anal, con unas pocas excepciones. Pablo, compañero de Patricia (q.e.p.d.), dice que él es el “hombre” en la relación. Melvin dice que es tan masculino que no quiere siquiera verle el pene a Lourdes; lo mismo dice Luis, compañero de Silvia, que dice “evitar ver el pene”. David, compañero de Cristina, también indica que trata de “no ver el pene”. En la mentalidad de estos hombres, mirar el órgano sexual del travesti podría significar parecerse a los clientes o hacerse “homosexual”.

Sin embargo, Ricardo, quien también se define como activo, afirma no importarle que Francini tenga pene, “más bien me gusta porque es diferente”. Jorge, compañero de Shairon, asegura que “hago el papel de hombre y ella el de mujer”. Moisés dice que él se “coge a Maquiva” y por eso se define como hombre. Aunque Delio reconoce que Cintia ha tratado de penetrarlo, “nunca me han cogido”; lo mismo afirma Miguel, el compañero de Rebeca, quien dice que “él la coge, aunque ella ha intentado hacerlo y eso ha terminado en peleas”. Ésto mismo dice Juan Carlos, quien le hace el amor “todos los días”. La única excepción es Dino, quien reconoce que Rebeca lo ha penetrado.

Como ya se indicó, la mayoría de los amantes prefiere no usar el condón en la relación, pese a que saben que los travestis se dedican a la prostitución. Para todos los compañeros, el condón reduce o elimina el placer sexual y lo consideran algo negativo. Esta percepción es diferente de la del travesti, que como vimos anteriormente tiene una percepción más positiva. Pero como el compañero no tiene esta visión, él se convierte en un obstáculo para que se utilice.

José, el compañero de Leticia, dice que no usa el condón porque “manteniendo la fidelidad no importa; en tres años no hemos salido seropositivos”. Aún así, él reconoce que le molesta que Leticia se involucre con otros hombres por dinero y está consciente de que lo hace.

Miguel, compañero de Rebeca, manifiesta que a él no le gusta el preservativo y que lo usa de vez en cuando, aunque prefiere “meterla descaradamente, así sin nada”. David, compañero de Cristina, tampoco lo usa: “no me protejo, no uso el preservativo, veo al sida como una enfermedad como la sífilis, la gonorrea o el cáncer: en cualquier momento te la pegan. Todos tenemos que llegar a morir de alguna manera; muchos se cuidan y más rápido se enferman. No me gusta usar preservativo”.

Moisés no usa el condón con Miriam, pero sí lo hace con otros travestis, aunque no le gusta cómo se siente. A Jorge, compañero de Shairon, tampoco le gusta el condón y no lo usa porque “él es fiel”. Si él no conociera a la persona, lo usaría. A Luis, compañero de Silvia, le molesta el condón pero lo usa para protegerse, reconoce que no lo ha usado cuando está drogado. Pablo ve negativamente el condón y lo describe como “una camisa de fuerza” que no usa con Patricia (q.e.p.d.), pero añade que si tuviera relaciones con otro travesti, lo haría.

Las dos únicas excepciones son Ricardo, pareja de Francini, quien usa el condón aunque no le gusta, y Delio, a quien tampoco le gusta pero lo usa.

Debido a que la relación de pareja se torna una fuente de peligro para el contagio del sida, es importante ahondar en los factores que podrían incidir en que los compañeros de los travestis no usen el condón: su poca educación y bajos ingresos, lo cual los ubica en el sector de la población que más rechaza el preservativo, asimismo la adicción al licor y a las drogas, lo que los sitúa en una situación desventajosa con respecto a la prevención, debido a la alta incidencia de muertes e intoxicación que se asocian con éstas.

En vista de su falta de poder y control, los amantes, como veremos más

adelante, buscan tener a los travestis bajo ciertas reglas impuestas por ellos. Una forma de hacerlo es estableciendo límites. En razón de que éstos se dedican a la prostitución, aspecto que sus compañeros no quieren o no pueden controlar, una forma de ejercer poder es asociar el amor con la confianza y el condón con la desconfianza. En otras palabras, los amantes les exigen a sus parejas no usar el condón con ellos. Otro factor que opera en contra del uso del preservativo es que los amantes asocian al sida con los homosexuales, orientación con la que no se identifican.

Oficios

La mayoría de los compañeros entrevistados son obreros con ingresos reducidos y poca escolaridad. Juan Carlos vende gelatinas en el mercado y gana unos 400 colones al día (en colones de 1990), previamente trabajaba como mecánico y zapatero. Delio es obrero industrial y cursó solo la primaria, aunque dice que ahora “estoy de vago” (desempleado). Pablo era contador de una bodega, pero ahora está sin trabajo y se ha dedicado al robo. Luis es dependiente de ferretería. Moisés es salonero, cursó hasta segundo año de colegio, trabaja en un restaurante y gana 3.200 colones por semana, tiene dos hijos pero no los mantiene.

Algunos amantes son mantenidos por los travestis, como Moisés, quien dice que está con Maquiva “por la plata”. Pablo vive de lo que hace Patricia (q.e.p.d.), pero reconoce que se siente mal por eso y asegura que él “antes la mantenía a ella”. Ricardo sí vive de lo que le da Francini y con eso paga todos los gastos. Delio también recibe dinero de Cintia porque está desempleado.

También se da el caso contrario. Por ejemplo, David le da 5.000 colones a su amante travesti. Daniel y Miguel viven ambos con Rebeca y le ayudan con parte de sus sueldos. Lo mismo hace Jorge con su salario, que lo combina con el de Shairon para pagar los gastos de la casa que comparten.

Drogas y alcohol

Únicamente José, compañero de Leticia, no usa drogas actualmente, aunque reconoce que tiene períodos de alcoholismo. Ricardo, compañero de Francini, asegura no consumirlas.

Los compañeros de los travestis están conscientes del peligro del sida. Juan

Carlos sabe que la enfermedad es una amenaza “porque uno anda en ésto” y que la protección es usar el preservativo. Jorge conoce que el sida se transmite por las relaciones sexuales y por la sangre y que no tiene cura. Moisés lo tiene igual de claro y sabe que el sida es mortal y que debe protegerse con el condón. Ricardo, Pablo y Luis están conscientes de que el sida es una plaga mundial y que es necesario usar el preservativo.

El hecho de que la gran mayoría de los compañeros de los travestis sea adicta a una o más drogas y que la inversión en ellas es alta –entre 2.000 a 20.000 colones semanales- hace que ellos dependan de los travestis para consumirlas, ya que el sueldo que tienen no les alcanzaría para adquirirlas, mucho menos para aquellos que ayudan en sus hogares o con la manutención de sus hijos. Esta adicción a las drogas los pone en una situación de peligro, por el estado de intoxicación en que sostienen las relaciones sexuales y porque los hace depender de otros. No sólo dependen del travesti para que se las suministre sino de su prostitución.

No es de extrañar, entonces, que aún sabiendo que la prostitución es un peligro para ambos, tengan que consentirla. Miguel, que gana 6.000 colones por semana (colones de 1990) , gasta 3.000 colones sólo en marihuana, David no usa drogas pero gasta entre 4.000 y 8.000 colones a la semana en cerveza. Moisés invierte 4.000 colones diarios en drogas y no tiene trabajo. Luis desembolsa alrededor de **24.000** colones semanales para comprar cocaína y cerveza, sin contar sus gastos en marihuana, su sueldo es de 6.600 semanales y tiene que entregar 3.000 colones por semana a su familia.

Amantes eran heterosexuales

La historia sexual de los compañeros de los travestis era predominantemente heterosexual, hasta que iniciaron esta relación. Algunos, como José, son hombres casados y tienen hijos.

Miguel había tenido relaciones con cinco mujeres hasta que conoció a Rebeca. Daniel tiene dos años de estar con travestis y antes de eso tuvo relaciones sólo con mujeres. David tiene 29 años y cinco de estar con travestis, antes de eso tenía una práctica exclusivamente heterosexual de la cual engendró dos hijos. Luis tiene 29 años y apenas año y medio de estar en su primera relación con un travesti. Anteriormente a eso, sólo se acostaba con mujeres. Lo mismo pasa con Melvin, quien se inició hace un año con Lourdes y antes sólo tenía relaciones sexuales con

mujeres.

A pesar de sus antecedentes heterosexuales, los compañeros están muy satisfechos de la relación con el travesti y la mayoría, con las únicas excepciones de Luis y Delio, no sostiene más relaciones con mujeres. Todos aseguran que ahora les gusta más el travesti que las mujeres y dan todo tipo de razones: que el travesti es más “ardiente”, más “caliente”, más “apasionado”, más “estrecho” o “cerrado” con respecto a ellas,

No se consideran homosexuales

Con respecto a su identidad sexual, la mayoría de los compañeros de los travestis no se define como homosexual. Algunos se consideran bisexuales, otros homosexuales, otros heterosexuales, pero casi todos se consideran “cacheros”.

El “cachero”, sin embargo, significa muchas cosas a la vez. Pablo se ve a sí mismo como un “hombre” y a Patricia (**q.e.p.d.**) como a una “mujer”, él no se concibe como un hombre al que le gustan los hombres, pese a que se define como bisexual. Jorge también se define como “hombre” y Shairon, su compañero, como “mujer”. Ricardo es el único que se define como homosexual, ya que lo interpreta como aquél a quien le gustan los hombres. Moisés se define como “buga” o sea heterosexual; todos los demás se definen como “cacheros”, aunque el significado de esta palabra varía. Juan Carlos define al “cachero” como el que tiene relaciones sexuales con homosexuales pero afirma que él no lo es, Delio lo ve como “la persona que le da placer a alguien de ese sexo”, Melvin como un homosexual que “hace de hombre”, Luis lo interpreta como el hombre “que se acuesta con hombres y mujeres”, para David es el hombre que “se coge a un playo”, mientras Miguel lo ve como aquél que “le hace el amor a los hombres”.

Pero no sólo los compañeros de los travestis no se consideran homosexuales sino que los mismos travestis no los definen como tales. El hecho de que la mayoría no se defina como homosexual o bisexual podría incidir en que no se identifiquen como grupo de prácticas vulnerables.

Reglas de convivencia

Los compañeros de los travestis, además, se definen como “machos”, pero para satisfacer sus necesidades tienen que consentir en depender de otros hombres, ya sean los travestis o sus clientes. Ésto los lleva a tratar de ejercer control y

canalizar sus celos de dos maneras:

a) Estableciendo reglas distintas para los celos y la socialización: los celos no se canalizan hacia los clientes sino hacia los otros travestis y, por lo tanto, éstos rompen los lazos de solidaridad.

Los compañeros de los travestis tienen que aceptar que su amante se dedique a la prostitución y éstos, a pesar de su oficio, celan a los compañeros. Pablo dice que él “se siente mal” cuando Patricia (q.e.p.d.) se mete con otros hombres, pero que él sabe en lo que anda y “no puedo ser celoso”.

En cambio, Patricia (q.e.p.d.) es muy celosa cuando Pablo habla con otras mujeres. Ricardo admite que él no es celoso porque “si lo fuera, no se vendería como lo hace”, aunque sí reconoce que Francini lo es y lo cela mucho con otros travestis. Él sabe que con los otros es “por dinero y conmigo lo hace por amor”. A José también le molesta que Leticia se acueste con otros hombres, pero “lo hace porque quiere”.

Miguel y Daniel, quienes viven con Rebeca, también se molestan por la prostitución. El primero reconoce que él es más celoso que el travesti y el segundo que no le gusta que Rebeca se prostituya, pero nada “pueden hacer al respecto”. Estos últimos son un caso especial porque ambos mantienen relaciones sexuales con Rebeca y no sienten celos entre sí, aunque no practican estas relaciones al mismo tiempo.

David sabe que Cristina roba y se prostituye, sin embargo, afirma que él no es celoso y que “Cristina no lo haría si yo estuviera presente”, agrega que no le gusta que ella “hable de lo que hace en la zona”. Moisés también cree que cuando Maquiva se acuesta con otros lo hace por dinero, mientras que con él es por amor. Luis se molesta cuando Silvia se acuesta con otros hombres y por eso evita “pasar por el (...) (el lugar donde trabaja el travesti) y que le cuente sus aventuras”.

Silvia expresa que es lo único que sabe hacer bien y que “nos da dinero para nuestros vicios”. Delio reconoce que es celoso, pero que lo que lo pone así no son las relaciones prostituidas sino que “Cintia se acueste con otros cacheros y a ella que me acueste con otros travestis. Con los clientes no, ya que no queda otra cosa”.

El hecho de que los celos de los compañeros de los travestis se canalicen hacia otros hombres como ellos hace que exista poca comunicación y relación entre los “cacheros”. Éstos se miran como rivales y son contados los casos en que

existen amistades. El hecho de que los “cacheros” pueden ser acosados por otros travestis hace que estos últimos tampoco tengan relaciones de amistad entre sí. Esta ausencia de solidaridad caracteriza a los travestis y a sus compañeros, lo cual los ubica como un grupo separado de otros gays, los cuales sí establecen relaciones sociales muy estrechas entre sí.

Con respecto al sida, el aislamiento social del mundo del travesti hace que éste tenga menos acceso a la información sobre el sexo seguro y los patrones que lo refuerzan, **contrariamente al caso de los gays que van a bares y conocen las normas de la comunidad homosexual**. El travesti queda así más expuesto a las decisiones personales y de sus compañeros y a la influencia del “cachero”.

b) Estableciendo reglas distintas para las relaciones sexuales con los travestis, tanto en la práctica (sexo activo) como en la forma (sexo sin condón, o sea sexo distinto de la prostitución).

Como es poco lo que pueden o quieren hacer para evitar la práctica de la prostitución, el “cachero” y su pareja ejercen el control por medio de la práctica sexual. Existe una tendencia a diferenciar ésta de lo que sucede en la relación prostituida. En la primera, como se ha visto, el “cachero” en general desempeña un papel sexual distinto al de los clientes de los travestis. Ellos son los que penetran analmente a su pareja. A la vez, en la relación de pareja no se usa el condón.

La no utilización del preservativo se convierte en una de las demostraciones de amor que la pareja realiza para diferenciar ésta de la relación prostituida. Al travesti, como vimos antes, el preservativo no le molesta en su placer sexual. Pero al “cachero” sí y él es quien presiona para que no se use. En vista del tipo de práctica sexual, es más molesto el preservativo para quien penetra que para quien es penetrado y de ahí que el no uso del condón se vincule más con los deseos de este último.

Sin embargo, esa decisión va más allá de la sensación física. No usar el preservativo es demostrar amor y confianza y en términos de estas relaciones ambos sentimientos adquieren una gran importancia.

Amor es sincero

Un aspecto importante para comprender esta problemática es que los compañeros quieren a los travestis. A pesar de las necesidades y adicciones, ambos

sostienen relaciones en contra de toda la sociedad y las demostraciones de cariño son muy evidentes. Unas son las mismas afirmaciones de los entrevistados. Juan Carlos confiesa que él quiere a Mónica y que no piensa casarse o andar con mujeres porque a él le gustan sus sentimientos. Delio piensa seguir con Cintia porque “es bella persona”, a pesar de que lo acosan las mujeres y a veces se acuesta con ellas, lo prefiere.

Melvin ama a Lourdes y a él le duele que su madre no “la baje”. Luis cree que Silvia le da todo lo que necesita y él se la presentó a su hermano, quien acepta la relación. Jorge piensa seguir con Shairon, quien le parece “superior a todas las mujeres” con las que él se ha acostado. David dice querer tanto a Cristina que se lo presentó a sus padres y, aunque saben que es un hombre, “nunca me han dicho nada, ni me reprochan y una vez que la llevé a la casa, la trataron bien”.

José quiere tanto a Leticia que cuando se la han llevado detenida, él se ha desnudado para que ella “no pase frío”. Ricardo prefiere a Francini “que a las mujeres” con las que estuvo anteriormente. Pablo ha ido a visitar a la madre de Patricia (q.e.p.d..) y a él no le importa besarla y abrazarla en la misma calle.

El hecho de que muchos de ellos salgan a la calle con los travestis, a pesar del acoso que éstos sufren, y de que los mismos “cacheros”, que pasan inadvertidos **como machos**, sean blanco de burla, indica que están dispuestos a asumir riesgos. Si la relación fuera exclusivamente por interés, no lo harían. Varios reconocen que les duele cuando la gente se burla de su compañero y que han tenido que llegar a los golpes más de una vez. Algunos no quieren ser vistos del todo con los travestis debido a que temen perder su trabajo, pero éstos son la minoría. Otros más audaces, como Miguel y Daniel, viven abiertamente con el travesti.

De ahí que para los dos, “cachero” y travesti, el amor se manifieste por las acciones y los riesgos en que ambos incurren para tener una relación, en contra de todas las circunstancias. Para ellos, el sida es uno de los muchos riesgos que tienen y la asociación que se hace del condón con la desconfianza es lo suficientemente fuerte como para no usarlo.

Tenemos entonces que las parejas que se quieren no usan el condón y, para individuos con tan escaso poder, ese riesgo es de lo poco que pueden ofrecerse como señal de amor. Karina reconoce que “con el amante no lo usaba”. Con Leticia pasa lo mismo: “Con mi amante no lo uso, tanto él como yo confiamos en no hacernos daño”. Su compañero lo corrobora: “no me protejo estando con ella, porque manteniendo nuestra fidelidad, no importa”.

Patricia (q.e.p.d.) y su compañero llegaron al acuerdo de que se usa con los clientes pero con él no: “Me protejo del sida, confío en Patricia (q.e.p.d.) en que no lo hace sin preservativo, yo no lo hago con camisa (condón)”. Como él es bisexual tampoco lo hace siempre con las mujeres: “Si me acuesto con una mujer, uso el preservativo si lo ando, si no, no”, aunque sí con otros "homosexuales". Susy, por el contrario, usa el condón aún con el amante, precisamente porque no le tiene confianza: “Digamos que le tengo desconfianza porque él vivió en los puertos”.

De los 11 amantes entrevistados en 1990, se obtiene que sólo 2 de 11 lo usan siempre y 9 de ellos no lo usan con el amante travesti.

EL CIELO ES EL LÍMITE

Electra es un travesti panameño que llama la atención. Su cuerpo es delgado y contorneado, su cara femenina, el pelo largo, la voz aguda y los finos modales lo hacen pasar por toda una mujer. “Voy a ‘Key Largo’ (un conocido bar capitalino de prostitución heterosexual para extranjeros) y nadie cree que pueda ser un hombre”, nos dice orgulloso. Su clientela es tanto heterosexual como bisexual. “A mí me levantan hombres que jamás soñaron irse con un travesti. Me encantan los tipos americanos jóvenes, diestros en la cama con mujeres de verdad”.

Le preguntamos a Electra cómo llegó a Costa Rica y nos responde que es más fácil ganarse el dinero aquí si se es “bella y esbelta como yo”. Ella es una de las decenas de travestis que se han venido a trabajar en la nueva meca sexual del istmo. “Aquí la gente es más tolerante y respetuosa que en otros países de la región”, nos confiesa sin prestarle mucha atención a lo que dice.

Los travestis panameños tienen fama de ser “mujeres perfectas”, o sea de tener cuerpos y caras de modelos femeninas que engañan hasta al más experto. Los travestis costarricenses tienen competencia. Cuando vienen los panameños “las cosas se joden para nosotras”, admite Karla, “porque ninguna puede competir con esos cuerpos”. Sin embargo, los panameños y otros han traído algo más que belleza y sensualidad: una forma antigua, o nueva, de comportarse en la cama.

Electra nos cuenta su “trauma” cuando se acostó con el primer cliente costarricense:

“Estoy acostumbrada a que los clientes sean ‘hombres, hombres’. Cuando me vine a San José no sabía cómo eran las cosas aquí. Pues me levanto al primer cliente en la zona Bíblica, un hombre macho, alto, guapo y bien masculino, como a mí me gustan. Nos vamos a un motel y nos ponemos de acuerdo en el precio. Me empieza a besar apasionadamente. Sin embargo, siento que me toca los genitales. ‘¿Qué le pasa?’, le grito irritada. ‘¡Yo soy mujer, mujer!’, le digo furiosa. El hombre ese no entendía que a un travesti como yo no le gusta que le toquen el órgano. No me hice así para meterme con hombres que buscan pene. Para eso, me hubiera hecho un maricón. En Costa Rica, a los hombres que ligan travestis les gusta que se los cojan o por lo menos mamar pinga. En mi país, los hombres son de verdad. Ningún hombre macho se va poner en esos planes”.

Electra no es la única que no entiende la sexualidad costarricense. Los

travestis de Nicaragua piensan parecido. Esmeralda cree que en su país los roles son más rígidos. Los hombres que son activos sexualmente son tolerados pero jamás los pasivos. “En Costa Rica los machos que buscan travestis son masculinos de apariencia pero les encanta que les den por atrás”, nos dice ella.

Esta actitud distinta crea varios conflictos. Los travestis extranjeros suelen regañar a sus clientes por su “pasividad” y a buscar hombres más heterosexuales. Aunque esto parecería una contradicción, no lo es. Electra ahora busca clientes en lugares heterosexuales, cabarets o centros de diversión nocturnos a los que acuden hombres que quieren mujeres. Sin embargo, la incursión de los travestis complica las cosas y “crea” una nueva clientela:

“A mí me encanta ir a ‘Key Largo’. Me siento con unas amigas prostitutas y espero que me inviten un trago. La semana pasada llegó nada menos que un hombre muy guapo que es dueño de una agencia de carros. Me empezó a coquetear y a hablarme de cosas románticas. Antes que pudiera decirle nada, me besó en la boca. A mí me encantó porque es un hombre joven. La verdad es que tomé mucho y cuando me dí cuenta estaba montada en el carro. Me llevó a su departamento por La Sabana y nos sentamos en la salita para tomarnos otro trago. Ahí fue cuando le dije que era travesti. Al principio, se molestó conmigo y me dijo que me llevaría de vuelta al bar. Sin embargo, cuando me quitó la blusa y vio mis pechos, se tomó un trago más y empezó a besarme de nuevo. Me dijo que era la primera vez que haría el amor con un travestido. Le dije que entendía que estuviera nervioso. ¡Pero qué nervios ni qué nada! Hicimos el amor cuatro veces esa noche. Ayer me llamó para volver a salir”.

El dueño de la agencia de autos, sin saberlo, está dando un paso nuevo en la historia del travestismo en Costa Rica. Quizás, de no haberse topado con Electra en el bar, nunca en su vida hubiese tenido relaciones con otro hombre ni le habría pasado por la mente hacerlo.

Sin embargo, el hecho de que a los hombres que buscan travestis les guste la versatilidad en la cama hace que los travestis que buscan hombres “activos cien por ciento”, como dice Esmeralda, empiecen a hacer incursiones en nuevos territorios. Esmeralda misma se ha dado el lujo de ir a bailar en discotecas heterosexuales como “Infinito” y “Cocoloco” en El Pueblo, un centro comercial muy popular en San José. Varones que ni siquiera gustan de los travestis empiezan a ser blanco de atención. Algunos de ellos, como nuestro protagonista, los prueban y siguen haciéndolo. Los bares eminentemente para heterosexuales dejan así de serlo y nuevos miembros ingresan en el mundo exclusivo de los travestis.

El basquetbolista

Gustavo es un basquetbolista y hombre de negocios. Es muy afortunado porque a su empresa le ha ido muy bien en estos años de globalización. Su esposa y su hija de dos años son su gran orgullo. Cada vez que gana un juego, se lo dedica a ambas. “Me encanta mi familia y estoy orgulloso de Yorleni, mi chiquita. Salió igual a mí y es como mi novia”, nos dice este padre afortunado.

El basquetbolista es bueno para hacer canastas y una la ha metido contra su público, porque ninguno de sus “fans” sospecha que Gustavo es el flamante amante de Miranda, uno de los travestis más hermosos y cotizados del país.

Después de muchos intentos logramos convencer al travesti de que nos concertara una entrevista con él. “¿Para qué querés entrevistar a Gustavo?”, me preguntó. “Pues es que tengo curiosidad de conocer a este jugador, además soy seguidor de su equipo”, le respondí. “Bueno, digamos que sos seguidor del equipo de basket, papacito, porque del ‘otro equipo’ al que pertenece nadie sabe nada”, dijo Miranda en son de broma. “Te lo voy a presentar pero nada de fotos ni descripciones ni insinuaciones, ni siquiera escribas cómo es ni nada que lo reconozca”, es su advertencia. “Nadie sabrá quién es, te lo juro”.

Dos meses después, Miranda me invita a su departamento. Es un cómodo condominio de tres dormitorios, dos baños, un patio y una sala comedor. “Pasá adelante, estás en tu casa”, me dice el travesti, que está vestido de algodón negro, con dos hombreras de satín blanco, una orquídea blanca en el pecho y un collar de perlas del mismo color. “¿Qué linda estás!”, le digo sinceramente y me fijo en el bonito decorado de su sala. Tiene unos sillones de cuero café con una mesita de vidrio negro en el centro. Una foto de Miranda está en la pared, se encuentra vestida de rojo, con su pelo rubio suelto. “El pelo es mío. Gustavo se está dando un baño y ahorita está con nosotros. ¿Te puedo servir un trago?”, me pregunta elegantemente. Pienso que hace unos años Miranda estaría detrás de una cortina en un búnker del Líbano. Sin embargo, las cosas han cambiado. Un exquisito mueble de bronce expone algunos de los trofeos de la dueña. “Miss Perú Travesti 1996” dice uno de ellos. Otro más pequeño tiene la inscripción de “Miss Costa Rica Gay”, otorgado por una asociación homosexual. “Este

trofeo me lo gané en una elección muy reñida. La presidenta de la asociación no me quería e hizo todo lo posible para que perdiera”, me cuenta con tristeza. “Aquí te traigo tu vino blanco”, me dice y se sienta.

- *¿Cómo te ha ido con el libro sobre los travestis?*
- *Pues bien, pero me falta mucho para terminarlo.*
- *Te admiro porque tener que trabajar con tantas locas debe ser difícil.*
- *La verdad es que no porque me han tratado bien. ¿Cómo reaccionó Gustavo con mi propuesta? ¿Le molestó?*
- *Al principio sí. Él no puede darse el lujo de que lo coloreen. Sabés que está casado y tiene una chiquita. Su esposa no sabe de mi existencia y si lo supiera, se muere. Sufro mucho porque estoy muy enamorada de él. Pero le dije que eras vos y que lo ayudarías mucho con tu libro. Además, él te admira bastante. Si no fuera así, jamás dejaría que lo entrevistaras. Ni siquiera me deja invitar a mis amigas cuando él viene al departamento. Solo quiere hacer el amor e irse para su casa, nada más.*
- *¿Cómo se conocieron?*
- *Nada menos que en Zapote el año pasado. Fijáte que me fui a un bar “buga” (heterosexual) con Tina, otra travesti muy femenina. Enfrente de la mesa nuestra estaba él con otros compañeros de equipo. Al principio, no le dí importancia aunque sentía su mirada por todo lado. Él me dice ahora que no sabía que era un hombre. Creo que es verdad porque a primera vista nadie se da cuenta. Sin embargo, mientras bailaba con un tipo, él me guiñó un ojo. Tina fue la que me dijo que era un jugador conocido. Sé tanto de ese deporte como una chancha de aviación así que me daba lo mismo. Unas piezas después me sacó a bailar. Esa noche nos dimos nuestros números de teléfono y el otro fin de semana, me llamó.*
- *¿Cuándo le dijiste que eras un hombre?*
- *Hasta el último momento. A mí me gustaba tanto que no podía dejar que se me fuera. Me hice la mujer difícil, que no quería compromisos, ni irme a la cama de primer momento. Duramos tres semanas antes de hacer el amor.*
- *¿Y nunca sospechó nada?*
- *Te lo juro que no. Ahora sí me dice que le extrañaba el tono de mi voz pero que no le había dado importancia.*
- *¿Te es difícil saber que es un hombre casado?*
- *Sí. Lo quiero y me encantaría vivir con él. Pero no creo que se vaya a dar. Él me dice que no está enamorado de su mujer, que se casó muy joven, que la tipa es muy simple y que no lo comprende. Sin embargo, hay una chiquita de por medio que son sus ojos.*
- *¿Qué opina él ahora que sabe que sos un hombre?*
- *Podés preguntárselo a él mismo. Durante las primeras relaciones, no me*

tocaba por delante. No quería saber que tenía pene. Pero después ha sido más fácil. Aún así, es un macho, macho, te lo juro. No le gusta que lo toque por detrás. Le encanta poseer a las mujeres. ¡Es todo un burro!

El macho se rebela

Gustavo entra en la sala. Es un hombre de 27 años, alto, guapo y masculino. Me saluda con mucha naturalidad y se sienta a la par de Miranda, la abraza y le da un beso. No puedo dejar de impresionarme, este hombre sale por la televisión con frecuencia y muy pocos creerían lo que estoy viendo.

- *Gustavo, ¿cómo creés vos que la gente reaccionaría si supiera de tu romance con Miranda?*
- Vos sabés lo que es este país. Me crucificarían inmediatamente. Saldría alguna cura frustrada y me haría un escándalo. No puedo darme el lujo y estamos de acuerdo en que nada de información, ¿correcto?
- Claro que sí, vos sabés que te agradezco tu confianza. No utilizaría jamás ninguna información que pudiera dar la más mínima sospecha de quién sos. Mi deseo es escribir en general sobre las relaciones de los travestis. ¿Estás contento con Miranda?
- Ella sabe que la quiero mucho. Para mí es la mujer ideal: femenina, suave, delicada y de buenos sentimientos. Jamás hubiera creído que así me iría a sentir con un hombre. Sin embargo, quiere hacerse la operación en el extranjero. Me gustaría que se hiciera totalmente mujer. Creo que es una lástima que con este cuerpo tenga un pene. Miranda es una mujer de verdad, sólo que le salió el órgano genital equivocado.
- ¿Cómo la comparas con tu esposa?
- Mi mujer es una muchacha de campo, sencilla. Está acostumbrada a tener a un hombre que la mande y a cuidar a la chiquita. Es una buena mujer.
- ¿Y en qué se diferencia de Miranda?
- En todo. No es tan sensual, bonita e inteligente. Miranda es como una actriz de Hollywood. Además, ambos somos muy calientes. Cuando estamos juntos es como una explosión. Siento que cuando le hago el amor, estoy celebrando una canasta de campeonato mundial. Este travesti me ha hecho sentir como ninguna mujer. Ella sabe cómo tratar a un varón.
- ¿Sospechan tus compañeros que sos así?
- ¿Así cómo?
- Pues, que te gusta la relación con un travesti.
- Mirá, he conocido a varios jugadores y comentaristas que son playos. Uno se da cuenta cómo lo miran a uno en la regadera. Varias veces me he fijado cómo éste o aquél se le queda a uno viendo la verga, como con

ganas. Un día hasta le dije a un reportero de la tele: ‘Mire, la que metió la canasta fue mi brazo, no mi verga, ¿no podés poner la vista en otro lado?’ A mí jamás se me ha ocurrido volver a ver a otro hombre, ni por atrás ni por delante. Así que más podrán sospechar de otros.

- Pero vos sos famoso, ¿no te da miedo que te vean entrar en este departamento?
- Miranda sabe muy bien que por ahora esta relación debe mantenerse en forma muy discreta. Le doy toda la felicidad del mundo, que sólo un hombre le puede dar, pero le demando discreción a cambio. Cuando vengo, entro rápido. Tal vez más adelante, cuando se haga la operación y mi chiquita esté más grande, nos casemos. Pero por ahora tenemos que guardar las apariencias. Le he dicho que en el extranjero algunos jugadores viven con travestis, pero no aquí en Costa Rica. No es posible.

La tristeza de Miranda

Miranda se ve triste y resignada. Por el momento, en la Costa Rica de fines de siglo, un hombre famoso no puede vivir abiertamente con un travesti. No obstante, trato de consolarla: “Hace unos diez años ninguna travesti podía soñar ser la novia de un hombre como Gustavo. ¿No crees que si ahora es posible, ésto significa que algún día la relación de ustedes podría ser tolerada?”, le digo. “Para cuando me pueda casar en una iglesia posiblemente no tenga ya ni dientes ni culo ni tetas”, me responde con amargura. “¿No ves que aquí todo el mundo hace lo que quiere, pero a la hora de dar la cara nadie se atreve”, añade. “Bueno mija, tal vez debés contentarte con ser la madrina del equipo”, le digo con el fin de hacerla reír. “¡Ay no seas majete!”, me responde, “ese equipo ya tiene una y no es otra que el que trabaja en un canal de televisión y que se mete como desesperada a entrevistarlos cuando se están bañando y que se equivoca y agarra los ‘micrófonos’ de los jugadores dizque porque no ve bien”.

A pesar de que Miranda tenga que esperar, su relación demuestra cambios importantes. No sólo ha ido abriendo campo en los bares y sociedad heterosexuales para los travestis “femeninos” sino que su pareja simboliza un hombre distinto al de los de la zona del Líbano. Gustavo no se diferencia de ningún vecino. No es marginal ni consumidor de drogas ni mantenido, tampoco suele tomar riesgos como la penetración sin condón. “La verdad”, dice, “es que uso el preservativo con toda mujer que me meto. A veces suelo ir a ligar al Pueblo y uno no puede confiar en ninguna mujer. El condón se ha vuelto indispensable para hombres como yo”.

Aunque informados, a veces sin condón

Otros jóvenes amantes de travestis pueden ser de extracción también media pero menos conscientes que Gustavo. Los travestis más finos han podido darse el lujo de “comprarse” hombres atractivos por medio de la droga y el dinero. Se trata de heterosexuales tanto como de bisexuales u homosexuales. Lo que los une es el interés en travestis para diversión, drogas y sexo. A diferencia de los de la zona del Líbano, los nuevos amantes están más conscientes del sida y de la necesidad del sexo seguro. También saben que sus amantes son prostitutas y que deben protegerse. En teoría, pocos aducen “tomar riesgos” en la penetración. Sin embargo, suelen tener también relaciones con mujeres y con otros hombres que a veces los ponen en peligro:

“Sé que tengo siempre que usar el preservativo. Pero la otra noche me metí en una orgía con Esther y con un cliente. Con éste sí usé el condón y le hice el amor dos veces mientras él besaba al travesti. Pero cuando me llegó el turno de amar a Esther, no tenía ya más condones. Los dos los había gastado. Tampoco había condones para el cliente. Entonces hice un trato: le dije que amaría a Esther para que él viera pero que él no podría poseerla sin condón. El tipo me dijo que pagaría más para que lo dejara hacerle el amor a Esther. Lo pensé y le dije que no, que o le daba show o que no había nada y que era su culpa ser tan caliente y no traer suficientes condones. Suficiente riesgo nos tomamos Ether y yo de hacer el amor para él sin preservativo”.

Alberto es el caso del amante bisexual que suele olvidarse del condón cuando está intoxicado:

“No te puedo jurar que siempre uso el preservativo. Existen ocasiones en que la loquera es tal que se me olvida hasta mi nombre. La otra noche me fui con Tere, un travesti, a un motel y nos hicimos varias rayas de coca. Me pidió que nos bañáramos juntos y nos enjabonáramos. Me llevé la cerveza al baño y la bañé con ella para lamerla toda. Después, sólo me acuerdo que Tere prendió el celular y llamó a su amante. Parece que habían peleado y lo quiso herir con esto. Pues le dijo exactamente lo que estábamos haciendo y hasta los tamaños y formas. El tipo me empezó a insultar y amenazar de muerte. Entonces, se me salió lo sádico que llevo adentro y empecé a decirle cosas a Tere para que él oyera. Luego, tomé el teléfono y le dije lo que iba a hacer en su nombre. Le dije que la tenía desnuda y enjabonada y que la iba a tratar como nadie lo había hecho. Le grité,

además, que ella me decía que era más grande que él y que conmigo sentía mucho más. Lo único que oía del otro lado era que el tipo lloraba de la rabia o de la tristeza. Finalmente, le dije que mi celular no era una línea caliente y que me estaba saliendo muy caro y le colgué ¿Qué me iba a acordar de ponerme el condón con esta locura?”.

¡Taxi, taxi!

“Cuando estábamos descalzas y mendigas”, me cuenta Esmeralda, “la relación con los taxistas era distinta”. Según ella, en la época del cine Líbano, los travestis no utilizaban frecuentemente a los taxistas. “Siempre ha habido una relación, porque el travesti, para hacer una visita, tenía que montarse en un taxi, ya que en los buses no los aceptaban o les hacían la vida imposible. Pero la relación con los taxistas se haría más intensa en la zona de la Clínica Bíblica”.

Curiosos por la nueva relación, indagamos con Esmeralda al respecto:

- *¿Existen relaciones especiales entre los taxistas y los travestis?*
- “¡Claro que sí! Fijáte que una es buena cliente de los taxistas. Para ir a los moteles o lugares en dónde hacer el amor una los utiliza mucho. Antes no tanto porque los prostíbulos quedaban en el mismo lugar del Líbano. Pero ahora que estamos en las calles, necesitamos de ellos para que nos traigan y nos lleven a la zona y a los moteles. Una les dice a qué hora quieren que pase y ellos lo hacen. Es un buen negocio”.
- *¿Existe homofobia entre los taxistas?*
- Uno que otro será muy evangélico y toda esa idiotada, pero la mayoría está por el dinero. Además, están acostumbrados a llevar gente a los moteles y algunos hasta a surtir de prostitutas y prostitutos a los extranjeros. Así que más bien son buena nota con nosotras. Si hay redadas, nos esconden y nos protegen de los policías, porque somos sus mejores clientas.
- *¿Y qué de relaciones entre ustedes y ellos?*
- ¡Ay mi amor, eso es lo más común! La semana pasada iba a mi casa a las tres de la mañana. Paro un taxi y le digo que me lleve al barrio González Lahmman. Me monto y empiezo a hablar con él. Me cuenta que ha tenido un día largo y que ha estado llevando gente a los moteles desde hace tres horas. Me fijo y me doy cuenta que es un hombre joven, de unos 24 años. Me pregunta cómo ha estado mi negocio. Le respondo: ‘Solo dos ligues me he hecho esta noche’. El tipo me ve por el retrovisor y me dice: ‘¡Qué lástima! Porque estás muy linda’. Hago como que no le oí nada.

Me sigue la conversa y me dice: 'Mi amor, ¿por qué no se viene adelante y no le cobro nada?', me paso y me siento a la par de él y le dije: 'Vea, valgo mucho más que un viajecito de taxi y si me paso es porque usted me gusta'. Nos fuimos por el cerro Zurquí y ahí hicimos el amor. Llegué a mi casa a las 6 de la mañana.

Otros travestis nos confirman que las relaciones emocionales y sexuales con los taxistas son muy frecuentes. "Es el gremio que más nos apoya porque somos consumidoras de sus servicios", nos explica Laura.

En realidad, de todos los grupos de hombres heterosexuales, los taxistas constituyen uno de los que más se beneficia de la prostitución travesti. José, por ejemplo, surte de travestis a los hoteles homosexuales que requieren sus servicios. "Chepe, ¿es Pana!, ¿tiene usted un travesti joven, bien femenino para un grupo de gringos que están aquí en el hotel?", entra una llamada a su celular. "Las únicas que están en la esquina son Dolores y Lola", replica él. "¡Buscate a Marilyn que es más joven!", "¿De cuánto estamos hablando, campeón?", pregunta el taxista. "Le cobramos \$200 a los gringos por dos horas, pero son tres a los que les tiene que servir". "Veré qué puedo hacer", dice Chepe. Eduardo, otro taxista, no sólo da servicios similares sino que sirve de motel ambulante: "Muchas travestis hacen su cosa atrás mientras manejo. Es más seguro porque estoy en todas y saben que están bien protegidas. Cobro por la vuelta más dos mil colones por cuidar. Si hay penetración, cobro tres mil colones por el deterioro del asiento". Luis, por su parte, no sólo ha lucrado del negocio sino que se enamoró de una de sus clientas:

"Al principio era comercio con Lesly. La llevaba a los moteles y nada más. No te voy a decir que no me fijaba en ella porque está muy rica. Una vez, se montó con un cliente y los llevé al Zurquí. El tipo ese no se alborotó y no pudo hacer nada. Como no tuvo satisfacción, no quería pagar. Me puse del lado de Lesly porque había perdido más de una hora y merecía que le pagaran. Como el tipo se puso necio, la cosa terminó a puro golpe. En una, le dio una trompada a Lesly en la cara. Le di un buen cascarazo, lo saqué del taxi y lo dejé tirado en la carretera. Lesly lloraba de la rabia. Me la llevé a tomar un trago en Heredia y luego me entusiasmé tanto que terminamos en el motel por el Río Virilla. Desde entonces somos pareja".

Otros, como Mario, quizás no leguen a tanto pero sí han aprendido a apreciar a sus clientes:

“Jamás pensaría en acostarme con un travesti, simplemente no me gustan. Pero sí me caen bien y me hacen gracia. Ellos tiene un buen sentido del humor. Una noche se montó Lulú con un gringo viejo que se le movía la mandíbula, seguro tenía una enfermedad nerviosa. Ella me pidió que la llevara a un motel y me dijo ‘No creas que a este gringo se le cayó la mandíbula de tanto mamar, es que tiene el baile de San Vito en la boca’. A mí me hacen gracia las idiotadas y locuras que hablan. Esa misma Lulú me echa los cuentos a cada rato: ‘Diay mi amor, ¿cuando le hacemos un cambio de líquidos a su órgano de locomoción?’, me dice. Me muero de la risa y le sigo el vacilón: ‘Cuando usted cierre el chinamo hablamos, ¡sádica!’, le digo”.

Algunos taxistas llegan a identificarse con los problemas que viven los travestis y a entender que la gente los humilla sin razón. “Antes era el primero en decir que deberían matar a todos los playos. Ahora, después de conocerlos, he cambiado de opinión. Mas bien me da cólera cuando veo a los comemierdas que vienen a insultarlos y me he agarrado con más de uno. Cuando uno conoce a la persona, no puede seguir odiándola sin razón”.

Tal vez el futuro de los travestis sería mejor si este pequeño grupo de taxistas llegase a ser representativo de todo el país.

Pero, ¿qué enredo es éste?

Los hombres heterosexuales no han sido el último grupo en caer en las redes de los travestis. Un último e insospechado sector ha iniciado la compra de sus servicios y no es otro que el de las mujeres heterosexuales. “¿Qué qué?”, exclamamos sorprendidos cuando Esmeralda nos lo reveló. “Pues sí, las últimas veces me han recogido mujeres y me he acostado con ellas”, responde sin inmutarse. “¿Cómo ha sido eso, nos podés explicar?”, le pedimos en medio de nuestra incredulidad.

- No hay nada que explicar. La noche anterior me levantó una pareja. El hombre quería tener la experiencia de estar con un travesti y una mujer al mismo tiempo. La compañera sentía curiosidad por saber cómo era que se veían, actuaban y eran los travestis. Pues nada, nos fuimos a un motel y nos entregamos al amor.
- *¿Tuvistes relaciones con los dos?*
- Claro que sí. Primero el hombre le hizo el amor a la mujer, luego él me lo hizo a mí, para que, al final, también se lo hiciera a ella. Fue todo muy morboso.
- *¿Qué más pasó?*
- Nada del otro mundo. La mujer y yo hablamos de cómo hacía para desarrollar

el busto y para verme tan contorneada. Le enseñé algunos trucos como usar hasta 10 panties uno encima del otro para abultar el trasero y hacer que la cintura se vea pequeña. Después conversamos sobre los hombres: cómo les gustaba que les hicieran, cómo eran, cosas así.

- *¿Qué hacía él?*
- Él nos oía interesado. Me dijo que había sido la primera vez que había estado con un travesti y que le había gustado mucho verme hacer el amor a su compañera. También le preguntó a ella cómo había sentido y qué diferencias había notado entre cuando él le hizo el amor y se lo hice yo. Su compañera le dijo que había sido diferente pero que lo prefería a él porque yo no conocía bien el cuerpo de la mujer y no sabía cómo estimularla.
- *¿Cómo te sentistes vos haciendo el amor con una mujer?*
- Es muy raro describirlo. Estaba como mujer haciéndole el amor a otra mujer. ¿Eso me hace lesbiana o no? A mí no me gustan las mujeres, ni conozco nada de su chucha. Pero como el hombre me estaba viendo y se excitaba con ello, también me excitaba. Cuando la poseí, miraba de fijo en los ojos al macho. Era como que ambos seguíamos haciendo el amor pero ahora, indirectamente.
- *En realidad vos sos un hombre y estabas con una mujer, ¿no te hace eso un macho que posee a una hembra?*
- ¡No, no, para nada! Te dije que estaba vestida de mujer. Mi actitud era femenina, no agresiva. El macho, por su parte, nos poseía a las dos con los ojos. Hacíamos lo que él quería que hiciéramos, él nos dirigía, la relación era de las dos con él.
- *Pero vos poseíste a su compañera como lo haría un macho.*
- Sí, pero no importaba quién poseyera a quién, las dos éramos presa del varón.
- *¿Cambiaría esto?*
- Por eso te insisto que en esa ocasión las dos éramos víctimas y carnada del macho. Sin embargo, la semana pasada la mujer vino sola.
- *¿A qué vino?*
- Pues a montarme en el carro. Me preguntó si quería irme con ella y me dije: ¡Plata es plata!
- *¿Se fueron las dos juntas?*
- Al mismo motel, pero esta vez solas. Ella me contó que había terminado con él porque era muy perro. Se había metido nada menos que con su hermana en su propia casa. Creí que lo que quería era consuelo. ‘No llores’, le dije, ‘los hombres son todos unos mentirosos, no valen la pena’. La pobre lloraba como desesperada. Sin embargo, me di cuenta de que quería algo más.
- *¿Cómo te diste cuenta?*
- Me puso la mano en el busto y me dijo: ‘Siempre he querido estar con una amiga íntima en la cama que pudiera hacerme como un hombre’. Le dije que no

podía complacerla porque no era su amiga, ni siquiera una mujer, que tal vez buscara una lesbiana. ‘¡No, no!’, me dijo ella. ‘¡A mí no me gustan las lesbianas! Quisiera tener intimidad con una mujer pero con el cuerpo de un hombre. Necesito el miembro masculino para poder tener orgasmos’. Me pidió que la ayudara y que pagaría diez rojos por el sexo. Hasta puso la plata en la cama. ‘Eso sí’, me dijo, ‘vamos a hacerlo por partes. Primero, con vos vestida de mujer, nos acariciamos y nos besamos. Luego, te vas al baño y te quitás el maquillaje y la ropa y te venís a la cama. Te traigo maquillaje para que luego te volvás a pintar’.

- *¿Y qué pasó?*
- Al principio me daba asquillo hacerlo sola con ella. Pero me emocioné porque me imaginé que éramos dos lesbianas que estábamos solas y que pronto nos pillaría su marido y terminaríamos los tres juntos. La besé apasionadamente y me sentía como toda un ‘tractor’. Luego, me fui a bañar y a quitarme el poco de ropa que quedaba. Después, me metí en la cama y le hice el amor. En este momento, estaba más machona, sin quiebres. Ella me dijo que le encantaba estar conmigo y que había sido mentira lo que había dicho la vez anterior: yo era mejor amante que su antiguo compañero y que sabía cómo estimularla. Así terminó todo.
- *¿Pensaste algún día que terminarías en la cama con una mujer?*
- Ni me pasaba por la mente. No lo habría hecho en otra situación, o sea, porque había plata de por medio. No me gustan las mujeres.

Esmeralda no es la única que ha experimentado ésto. Otros travestis afirman haber estado en tríos o en grupos, en los cuales hay tanto hombres como mujeres. Una vez en las habitaciones, la interacción es compleja. A algunas mujeres les gusta observar a sus compañeros, otras disfrutan participando y las más osadas utilizan dildos, pepinos y hasta chorizos para penetrar a los travestis. Algunos clientes no permiten que éstos posean a sus mujeres y otros sí. En algunos momentos, los hombres se entretienen con los hombres y las mujeres con las mujeres. En estos instantes a solas, se hacen citas posteriores. “Me quedé en la cama con dos mujeres”, nos dice Pepa, mientras los hombres iban a servirse un trago y a traernos unas boquitas. En ese momento una de ellas me dijo que me recogería la semana entrante, a la misma hora, en el mismo sitio”.

Ni las lesbianas escapan

Existen casos de mujeres que acuden sin hombres. Artemis nos cuenta su encuentro:

- La última moda es que vengan mujeres solas y lesbianas por nosotras.
- *Cuéntame algo de esto.*
- La noche anterior me invitaron a irme dos mujeres. Eran lesbianas, una era muy machona y la otra más femenina. Me pagaron 8.000 colones para que les hiciera un pequeño show en su departamento. Después, la más ‘cuadrada’ me dijo que me desvistiera y que besara a su compañera. Ella haría que entraba de repente en el departamento y que nos encontraba haciendo el amor. En ese momento, me diría qué hacer. Pues empezamos el manoseo y la compañera se encerró en el baño. Después de unos cinco minutos, salió de ahí vestida de cuero, con botas y gorra negras y con un chilillo. Me dio varias veces con él y también a su amiga. No muy duro, pero sí dolía algo. Después, sacó un dildo y me lo metió por atrás.

¿Qué buscan estas mujeres en los travestis? Cosas opuestas. Una es un hombre sensible. Para una mujer heterosexual, el travesti es un tipo intermedio entre la heterosexualidad y el lesbianismo. Al estar con él, no se siente lesbiana. Por un lado, está con un hombre, y por otro, con un hombre que no rechaza su lado femenino. El travesti es más “dulce, cariñoso, sensible y lleno de humor”, como dicen algunas clientas, que los machos. Las mujeres pueden sentir más intimidad con ellos que con sus propios compañeros sexuales. Además, los travestis conocen lo femenino, aprecian la ropa y el maquillaje.

Otras, al contrario, buscan una sexualidad masculina con apariencia de mujer. Algunas lesbianas, por estar construidas socialmente como mujeres, tienen problemas con su sexualidad. Es más fácil para ellas la intimidad y la confianza que una relación erótica. Como los travestis son mujeres con alma y sexualidad de hombres, tienden a experimentar y practicar una sexualidad más libre, lo cual los hace atractivos para algunas mujeres. Sin embargo, los hombres heterosexuales, atraídos por mujeres “fállicas”, también sucumben por las mismas razones. Varios machos reportan que les gusta la agresividad en las mujeres y eso explica su gusto por los travestis.

Sean las razones que sean, los travestis tienen ahora relaciones con individuos de todas las orientaciones sexuales y de ambos sexos. Si no usan el preservativo, como sucede a veces, pueden transmitir o recibir el virus del sida de cualquier sector de la población. “El cielo es el límite”, nos dice Marilyn. “Ahora no hay ningún sector de la población libre de nuestras redes”.

CONCLUSIONES

Uno de los objetivos de este estudio ha sido analizar los riesgos de contagio con el VIH de los travestis que laboran en el comercio sexual. Otro es dar a conocer esta cultura sexual, sus problemas y sus sueños. Hemos visto cómo la baja autoestima, el uso de drogas, la actitud de los amantes, la discriminación, el alcohol y los comportamientos y presiones de los clientes y los amantes inciden en que éstos no siempre utilicen el condón.

También hemos visto que la prostitución es la única alternativa de trabajo para los hombres que quieren travestirse. Si no existiera discriminación en su contra, ésta no sería su única profesión. Otro de nuestros objetivos ha sido estudiar cómo factores como un simple traslado de lugar, asociado con el fenómeno del “paqueteo”, pueden producir cambios tanto en la vida de los travestis como de sus clientes. Estos cambios han hecho que distintas clases sociales practiquen tanto el travestismo como la compra de servicios sexuales, así como que los individuos varíen su práctica sexual en lo genital, lo afectivo y lo imaginario.

Contrariamente a lo que sostienen las tesis esencialistas, este libro proporciona evidencia suficiente de que la sexualidad es más elástica de lo que creemos, y de que algunos grupos pueden realizar modificaciones importantes, aparentemente independientes del tamaño de su hipotálamo, constitución genética u hormonal y de sus relaciones familiares.

El travestismo contemporáneo en Costa Rica se inició con los grupos marginales de la zona del cine Líbano. Luego, algunos travestis se ubicaron en el área de la Clínica Bíblica y ganaron clientes en los sectores de clase media. El incremento de la demanda y de los precios incentivó a jóvenes de clase media a integrarse al negocio.

La participación de travestis con más educación y recursos facilitaría una mejor utilización de los recursos legales en defensa de sus derechos, lo cual les depararía victorias en las cortes. Gracias a sus acciones en este campo se pondría fin a los arrestos masivos y arbitrarios por parte de la policía. Los travestis lograron ampliar sus lugares de socialización e incluir nuevas clientelas de hombres y mujeres heterosexuales.

Finalmente, la mayor tolerancia sexual que existe en Costa Rica atraería a

travestis centroamericanos y caribeños, los cuales volverían a “paquetear” en sectores de la población hasta entonces vedados.

¿Es revolucionario el travestismo?

Si pudiéramos encontrar la fórmula que determina la orientación sexual, tal como pretenden algunos de los estudios esencialistas, ¿nos convertiríamos en una sociedad más justa y respetuosa de los derechos humanos si elimináramos la homosexualidad, el travestismo u otras prácticas sexuales? No lo creo.

Aquellos que no tememos al cambio, que respetamos la diversidad, que consideramos que las sociedades se benefician más de la innovación que del estancamiento, que admiramos a los diferentes, que nos encanta el libre juego de pensamiento, que apreciamos otras culturas y otras formas de hacer las cosas, tenemos mucho de que regocijarnos por el hecho de que los travestis hagan su propia revolución. Quizás una de las causas principales del subdesarrollo de este país es la cárcel mental que nos ha impuesto el pensamiento tradicional y que nos ha impedido pensar creativamente. El que un grupo de hombres se vista de mujer y se tire a la calle ha sido un cambio positivo en cuanto a abrirnos las mentes a todos.

¿Qué daño moral, espiritual, político, ecológico puede ocasionar el hecho de que un hombre se ponga una falda?

En un mundo de miseria, envidia, guerra, odio y corrupción, ¿a quién debería importarle que un macho se pinte la boca? Tal vez será ésto lo que los dueños de la moral y de los medios de comunicación quieren que hagamos para no analizar, en su lugar, la verdadera lacra moral: la burla de las instituciones públicas de las necesidades populares, el continuo robo de los dineros del pueblo, el contubernio electoral de los partidos políticos tradicionales, la prepotencia de las religiones organizadas, el desastre ecológico y demográfico que estamos creando, la falta de solidaridad y muchos otros pecados capitales.

La discriminación que establecemos contra los travestis es la que los lleva a la prostitución y las drogas. Si pudiéramos permitirles que vestidos de mujer laboraran en lo que quisieran, no habrían cientos de ellos parados en las esquinas. Pero ésto tampoco significa que ellos no tengan que hacer cambios en su propia comunidad. Su lucha no puede limitarse a conseguir una zona de tolerancia en cinco esquinas del país donde prostituirse. Ésta debe orientarse a abrir todos los

espacios y todas las oportunidades de trabajo. El día que un travesti pueda laborar

en la construcción, ser la secretaria ejecutiva de una empresa, diputada o presidenta del país, podrán entonces sentirse todos satisfechos. Para ello, deben dejar las calles y las drogas como única forma de vida. La prostitución no debe ser la única actividad que ejerzan. Existen muchos otros campos a los cuales se puede contribuir como travesti.

Uno de los programas que el ILPES desea impulsar es precisamente la venta de espectáculos culturales travestis a los hoteles y restaurantes orientados al turismo europeo y norteamericano. Otro son las cooperativas de manufactura de ropa y de corte de pelo. Como requisito de ingreso a estos programas, se les pedirá que dejen las drogas, su verdadero enemigo. La lucha por la igualdad deberá ir de la mano, entonces, con el mejoramiento de sus relaciones públicas.

Una presidenta travesti

Para dejar claro que las pretensiones son verdaderas, Ana Karenina nos hizo el discurso que leerá cuando sea electa Presidenta de Costa Rica:

Conciudadanos y conciudadanas y conciudadanos vestidos de conciudadanas y conciudadanas vestidas de conciudadanos:

Cuando era chiquito nunca soñé que llegaría a ser presidenta de Costa Rica. Eran tiempos difíciles en que los travestis éramos vistos como una calamidad para la sociedad. Recuerdo la vergüenza que sentía mi padre cuando me encontraba con una faldita de niña. ¡Y los castigos que me dio! No se me olvida cómo los curas nos despreciaban y alentaban a las turbas. Mucho menos las terribles redadas de un gobernador que moriría después de haberse mordido su propia lengua o los insultos de un candidato a la presidencia. Este pobre perecería durante la explosión del volcán Irazú a finales del siglo anterior, con su pequeño cráneo aplastado. Tampoco puedo no recordar a las muchas valientes travestis que murieron jóvenes por la homofobia y la discriminación. ¡Que Dios las tenga en la gloria y mis palabras no les hagan bulla! Sin embargo, siempre soñé con hacer política y llegar a ser algo en mi vida.

En los últimos años del siglo XX los costarricenses sufrimos un gran trauma político. Después de haber confiado en los hombres, nos dimos cuenta de que éstos sólo nos robaban. No había una sola institución política que estuviera libre de corrupción. Se robaban los fondos de las emergencias

nacionales, de los bancos, de las carreteras, de las armas para la defensa, de los aviones y, en fin, de todo a lo que le echaran mano. No sólo eran ladrones sino que mantenían a las pobres mujeres bajo el zapato. La violencia doméstica, el incesto, el abuso y el acoso sexual estaban a la orden del día. ¡Era un país insoportable! Fue entonces que las valientes mujeres, apoyadas por varias minorías, hicieron la revolución de 1998, cincuenta años después de la última.

La lucha fue dura y cruel. Las mujeres tuvieron que hacer una guerra de guerrillas y retirarse a las pocas zonas selváticas que quedaban. Hubo momentos en que la moral estaba baja y creíamos que perderíamos la guerra. Sin embargo, como las mujeres tenían que pelear, la única forma de levantar la moral en el frente de batalla era por medio de los shows de travestis. Muchas de nosotras nos fuimos al frente de batalla para entretener a los soldados. Corrimos riesgos enormes y varias murieron por la patria. No en combate pero sí electrocutadas por la mala calidad del equipo de sonido y de las luces. Éstas serían enterradas después como heroínas. Una de las más recordadas sería la camarada Lulú, que alentó al Ejército de Liberación en la toma final de San José. Lulú moriría aplastada al enredarse uno de sus tacones y caer debajo de un tanque blindado. Naranjita se ahogó cuando de un susto se tragó una salchicha durante un bombardeo. Zaratuza se resbaló y cayó en un precipicio cuando jineteaba una yegua.

Una vez liberada San José, las mujeres declararon una república verdaderamente democrática, en que la gente llegaría al poder sin que supiéramos su sexo. Cada candidato sería obligado a vestirse de hombre y de mujer para que adquiriera conciencia de lo que es pertenecer a cada género. Las travestis, por haberlo hecho desde siempre, fuimos nombradas ciudadanas de primera.

Les prometo seguir esta tradición pacifista costarricense que nos ha hecho ejemplo para el mundo y un país desarrollado en los últimos años. Muchas de mis amigas han sido responsables de haber transformado a Costa Rica. La Chepa, por ejemplo, revolucionó la agricultura al modificar genéticamente los pepinos, yucas y otros tubérculos y hacerlos supergrandes, lo que causó un gran desarrollo económico. Eveltina inventó

programas de computación especial para travestis en los que las ventanas de “Windows” estaban bellamente decoradas de flores y guirnaldas. Pepa revolucionó a LACSA al ofrecer millas gratis a los clientes de los travestis en la Zona Bíblica. Desde ese momento, nunca hubo un asiento vacío. Karla aumentó las exportaciones de plátanos al rifar viajes en los bares gays. Marilyn convirtió a Puntarenas en la nueva meca del cine cuando puso su clínica de liposucción y convirtió a las trabajadoras del sexo en despampanantes mujeres. Lola patentó un nuevo armamento mundial que iniciaría la industria militar: los jocotes. Sus “jocotazos” a los chiquitos fresas que venían a molestarla probarían ser de lo más efectivos para contener turbas.

Mi compromiso es seguir esta brillante labor en un futuro. Las travestis hemos logrado hacer que este país se convierta en un foco de desarrollo mundial. Hemos enseñado a todos los costarricenses cómo la tolerancia, el respeto a los demás, la creatividad y el ingenio nos diferenciaron del resto de la región. A Costa Rica, gracias a nosotras, se le llegó a conocer como un paraíso de los derechos humanos, del respeto ecológico y del desarrollo autosostenible. El turismo creció y así nuestros ingresos. Todos querían venir a ver cómo un país pobre había logrado tanto en el campo de los derechos humanos. Las artes y las ciencias florecieron.

Una vez que se eliminaron los últimos reductos de machismo, nuestra sociedad vivió una revolución cultural. El país se convirtió en centro crítico en América Latina. Al quitarnos la **carga de** la censura religiosa, pudimos explotar nuestras muchas cualidades. Logramos detener el crecimiento demográfico gracias a la planificación familiar. Ésto se debería a la labor de otra compañera, Vaselina, quien puso condones en todas las esquinas. Con ésto eliminamos el desempleo, la pobreza y el analfabetismo. El sexo dejó de ser visto como un pecado y la gente aprendió a disfrutarlo sin culpas y sin remordimientos. Al desvincularse de la enfermedad, se convirtió en un deleite como la comida, la cual la gente ha aprendido a consumirla con moderación, sin ser vista como mala. Pudimos deshacernos de los sexólogos y de los psicólogos. Muchos de ellos optaron por la profesión más cercana: el bateo. Un conocido sexólogo del siglo pasado se hizo un famoso beisbolista

*Les prometo continuar esta lucha y convertirme en Presidenta y Primera Dama al mismo tiempo, lo cual nos ahorrará muchos problemas y millones. Además, en vez de usar la presidencia para hacer ligue, les aseguro que **cada uno** será pagado e incluido en los ingresos por concepto de microempresa. Finalmente, mi gestión impulsará la redecoración total de nuestra horrible capital. En vez de depender del mal gusto de los políticos tradicionales, nombraré una comisión exclusiva de travestis para que diseñen, pinten y siembren plantas. La zona de la Clínica Bíblica será declarada zona histórica por haber sido el origen del movimiento de liberación travesti. Los vecinos que tanto se nos opusieron al principio podrán venderles sus casas al Estado como joyas históricas.*

Muchas Gracias.

Ana Karenina Primera, Presidenta de Costa Rica.